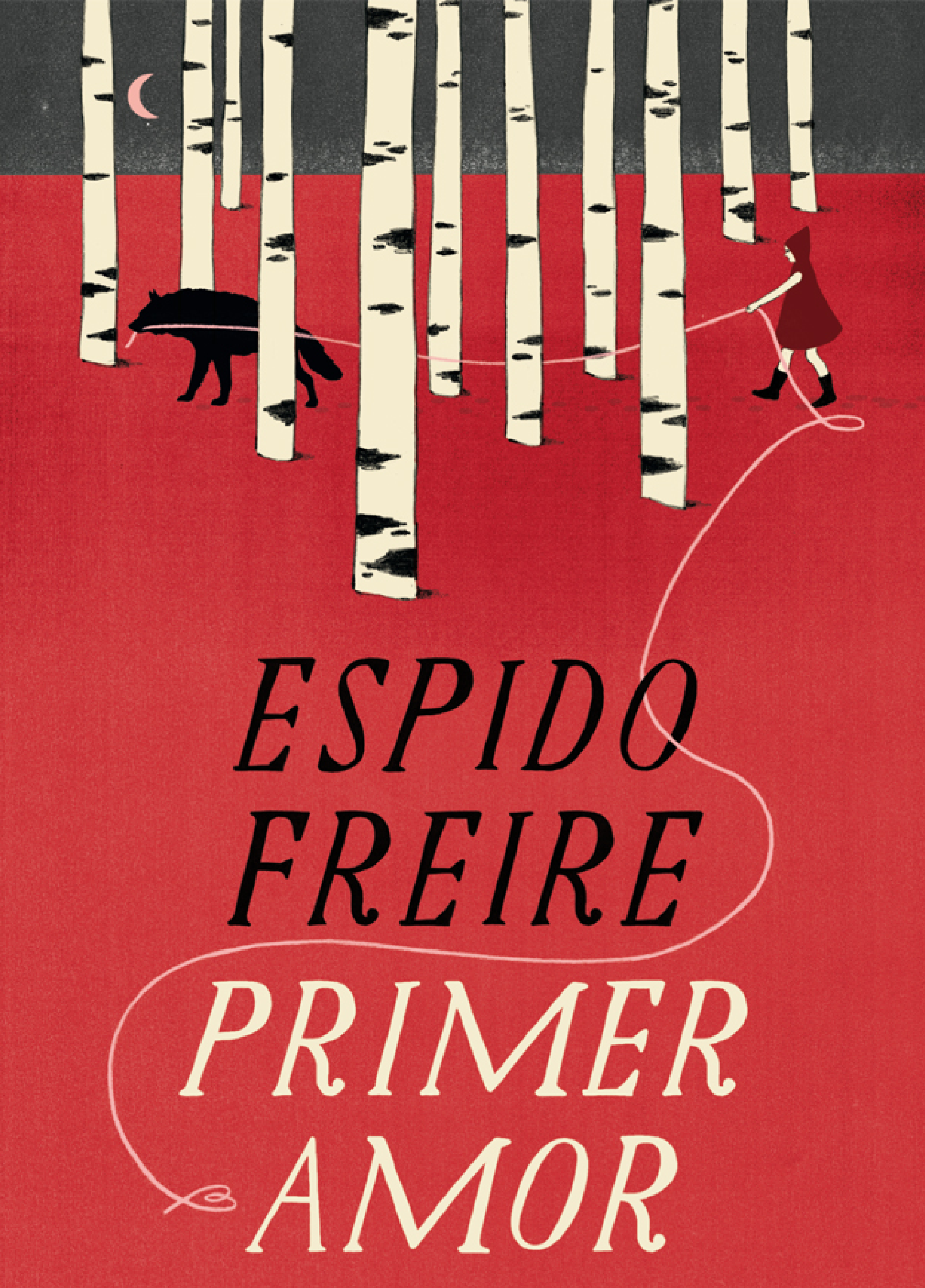
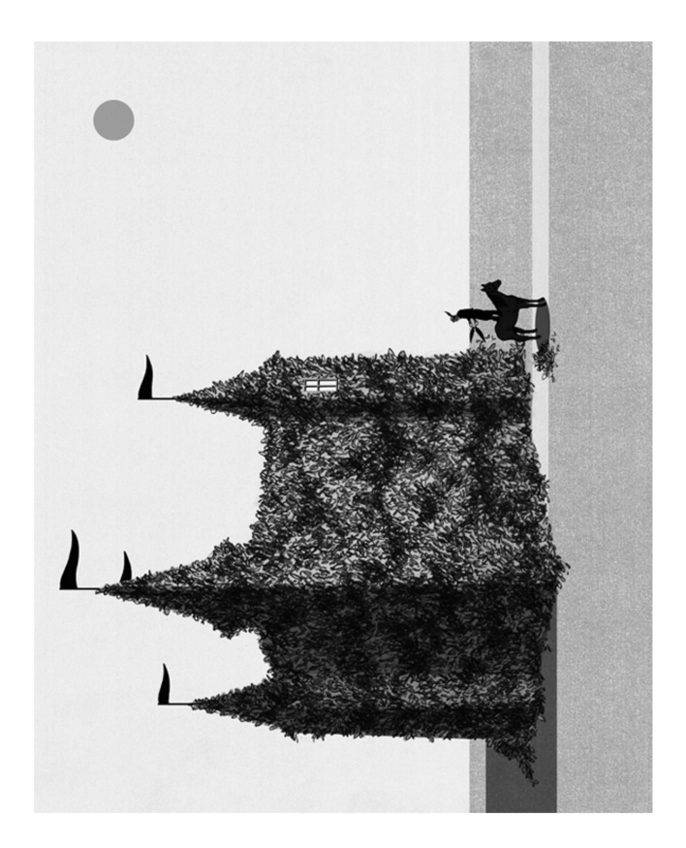
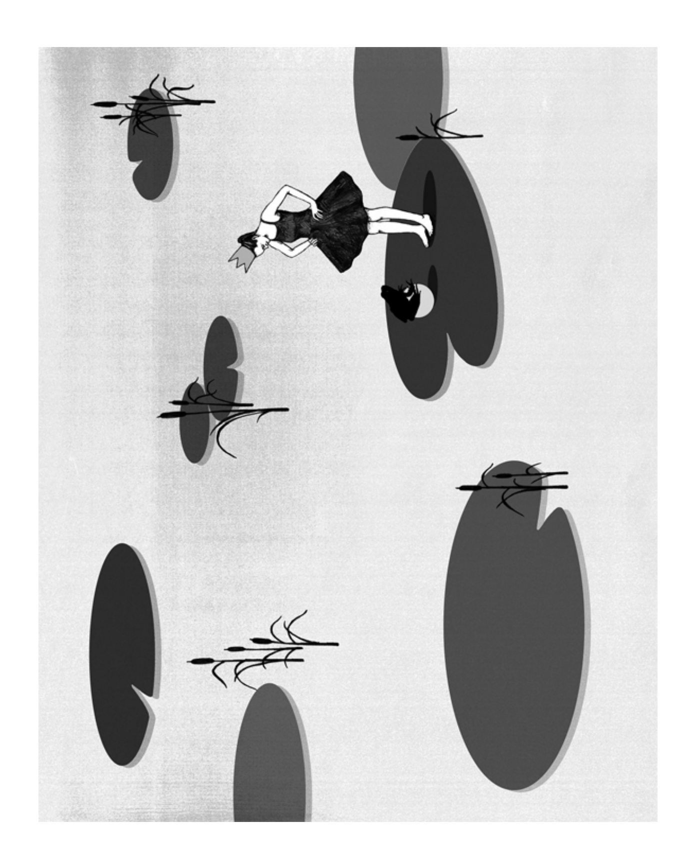


Ariel

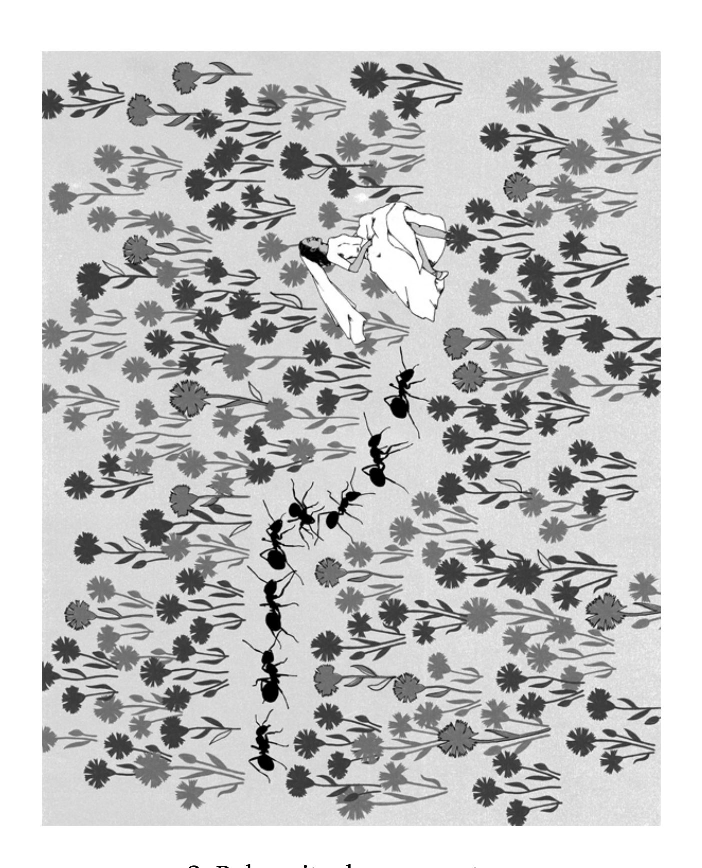
Índice



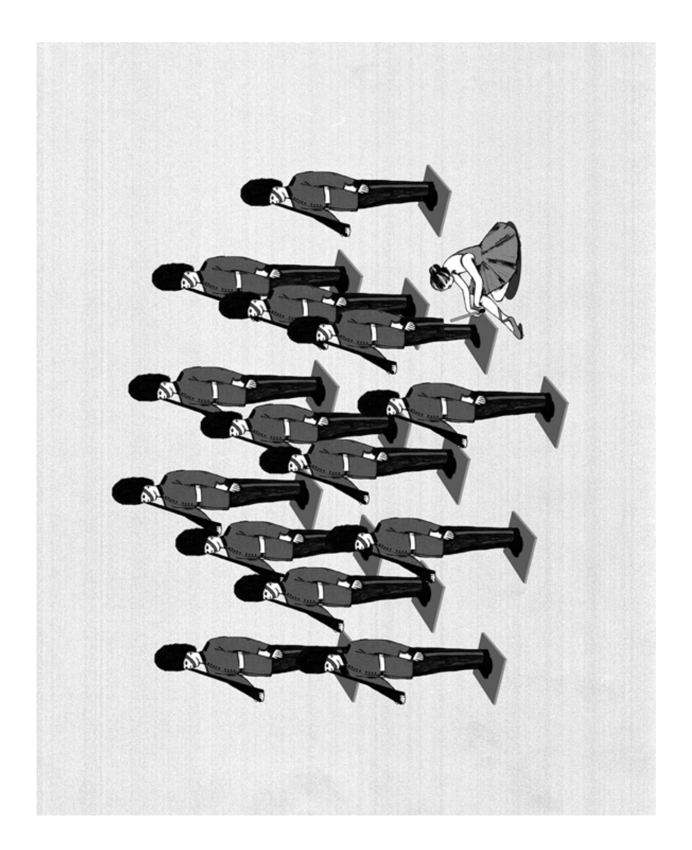
1. La Bella Durmiente: príncipe azul soltero busca



2. La princesa y la rana: la chica mala



3. Pulgarcita, la casamentera



4. El soldadito de plomo: cuando no se es como todos

Para mis amigos, príncipes en otros cuentos:

Darío, chica conoce chico.
David, el siniestro.
Iuán, príncipe a secas.
Javi, chico conoce chica.
Juan, el tímido.
Michael, el imposible.
Ricardo, el convencional.

y para Vetle, que prefirió ser rana.

El amor no basta para romper
el maleficio que ha caído sobre
ciertas personas.

HENRY JAMES

Introducción

Mis primeros años de colegio transcurrieron en un palacio que había pertenecido a un marqués. Las clases de gimnasia se impartían en el Salón de los Espejos, el viejo recinto de cristal y columnas de mármol donde se celebraban los bailes, y para ir de una clase a otra recorríamos pasillos de madera crujiente y tallada. Jugábamos en el inmenso jardín, que se dividía en tres: los laberintos de arbustos y plantas bianuales, con sus arcos llenos de rosas antiguas y fuentes en forma de cisnes, el parque propiamente dicho y la lejana zona más allá del estanque de los nenúfares.

Las novias se hacían retratar con sus velos y sus ramos en aquel palacio los sábados de sol y las madres nos daban la merienda en los bancos cercanos a las fuentes. No había columpios; no hacían falta. Nos quedaban las flores y los árboles. Uno de los marqueses, muy aficionado a la botánica, había plantado cedros del Líbano, moreras, ciruelos púrpura, magnolios y otros extraños árboles retorcidos que tardamos mucho tiempo en reconocer. La capilla ya no se utilizaba, y las dos torres que remataban el palacio en forma de U parecían esconder secretos de novela rosa.

Los marqueses, misteriosamente asesinados, ya no poseían aquel palacio: era mío, o lo fue, al menos, hasta que las inundaciones de 1983 arrasaron aquel reino encantado. Yo tenía ocho años, y un vestido blanco de seda, largo y bordado, en un armario: tres meses antes había tomado la Primera Comunión.

El río dio problemas de olor y recorrido desde entonces. El laberinto de setos amplió sus sendas y perdió encanto. Gran parte del palacio, ya cerrado, se inutilizó.

Con ese permiso tácito que las personas obtienen para destrozar lo ya tocado por la ruina, apedrearon las paredes, tapiaron vanos y llenaron de pintadas los muros. Las hadas huyeron de aquel lugar.

El resto del año transcurría en Galicia, en una tierra de robles y niebla. En nuestras tierras. Me escapaba al bosque, escuchaba impávida las historias de lobos y de bandidos, y comprendía sin esfuerzo que los animales y las plantas hablaran. Los riachuelos pululaban de vida, los renacuajos se convertían en ranas y las ranas en posibles reyes encantados, y en todos los gusanos aguardaba la promesa de las mariposas. El pasado en Galicia era tan mío como el palacio de Llodio, y cedía bajo mis dedos como cera derretida.

Vivía entre dos mundos, me convertía en princesita y en pastora, y estaba convencida de que un cuento me esperaba. Cuando el príncipe azul apareció, era ya demasiado tarde. Le había esperado desde hacía muchos años, desde los lazos rosas de mis faldones y el vuelo de mis vestidos bordados, desde los juegos de saltar a la comba en los que los brincos determinaban el número de novios que tendríamos. Formulé deseos a la luna y tramé hechizos en la noche de San Juan, pero el amor no llegaba. Tardé mucho en descubrir que el amor nos estaba vedado a las niñas, que habíamos de crecer para experimentarlo. Y mientras tanto, perdí la ingenuidad, y me harté de esperar caballeros de plateadas armaduras. Cuando llegó la adolescencia era demasiado tarde.

Recuerdo ahora mi primer novio, hace más de veinte años. Hoy tengo veinticinco, de modo que pueden hacerse a la idea de lo mayor que era. Se llamaba Mariano (suspiro), era mi vecino, diez días mayor que yo, y tras una temporada de relativa felicidad me abandonó por una rubia fatal: mi mejor amiga, y, por añadidura, mi vecina de enfrente, Elsa. Eso marcó una idea indeleble en mi mente infantil: de las rubias no había que fiarse. Luego dejó a Elsa por mí, y vuelta a empezar. Cuando Elsa y yo descubrimos que Mariano se valía del privilegio de ser el único niño de

nuestra edad conocido, decidimos unir fuerzas y no hacerle ni caso. Y una segunda idea se abrió paso: de los hombres tampoco había que fiarse. Elsa y yo seguimos siendo amigas, lo que desmiente mis prejuicios sobre las rubias, y de Mariano supimos que siguió haciendo estragos entre las muchachas... lo que refuerza, al menos en broma, la segunda hipótesis.

Según fui creciendo, me enamoré con idéntica pasión de Hamlet, taciturno y vestido de negro, de Sigfrido, el héroe nibelungo, y de Robin Hood. Pero me sentía encorsetada en aquellas historias ya contadas, en las que existía una Ofelia, una Brunilda o una Marian con las que rivalizar o identificarme, y tras leer *Los últimos días de Pompeya* creé un novio imaginario a mi medida. Lydon, el gladiador. Yo era ciega, vivíamos en la antigua Roma, y nuestro amor se presentaba de lo más complicado, más que nada porque aparte de ciega el Destino me había hecho esclava, y a él podían matármelo cualquier día, porque no contento con ser apuesto y bondadoso, y más atento de lo que ha sido cualquier novio real de los que he tenido, era pacifista, y me dirán ustedes el plan que se me presentaba.

Lydon se esfumó en la nada al llegar a los catorce años. Entré entonces en el cruel mundo real, en la vida en la que las relaciones amorosas son punzantes, y esconden tantas otras cosas: ansias de poder, manipulación, dependencia, miedo, ambición. Lucha entre hombres y mujeres.

Es lógico, por tanto, que para ilustrar el espinoso tema del primer amor haya recurrido a los cuentos de hadas, a los cuentos infantiles que tejieron puentes entre la realidad y la imaginación. Es lógico que me haya asomado a estos espejos de sabiduría. La elección de los mismos ha procurado obedecer a un listado exhaustivo de posibilidades y situaciones, pero sin duda no habrá sido suficiente.

Algunos de ellos, como *Los tres cerditos* o *El flautista de Hamelin*, faltan por razones obvias: hablamos del primer amor. *Blancanieves* ha sido también eliminado, porque su historia se narra, básicamente, en *La Bella Durmiente del*

bosque. La Cenicienta y *Piel de asno*, dos variantes del mismo cuento, han sido mantenidas, sin embargo, por el claro cambio de talante de la heroína. En algunos casos, he recurrido a ejemplos literarios o míticos, cuando he creído que explicaban de mejor manera las situaciones, o cuando ningún cuento me convencía del todo. Esos casos son los de *Robin Hood*, *Hamlet*, *Apolo y Jacinto*, *Peter Pan*, *Los Nibelungos* y *Narciso*.

Para quienes deseen refrescar las tramas de los cuentos, o desconozcan algunos de ellos menos populares, he incluido en las páginas finales un breve resumen de los que he empleado. Se pierde gran parte de su magia y su encanto, pero al menos puede conservarse la trama argumental.

La fama de los cuentos infantiles, su eterna juventud a lo largo de los siglos, en distintos países del mundo, en culturas muy diversas, indican que sus enseñanzas no se limitan únicamente a los niños, sino también a los adultos. Que no sólo habitan los cuartos infantiles, sino que también se han infiltrado en el subconsciente de los mayores.

¿Qué es un cuento maravilloso? No se limita a un relato de unos hechos. Es un ambiente, una situación, unos personajes. Algo que tenemos muy claro cuando somos niños, y que se pierde al crecer. Cuando se da un milagro, cuando vivimos unas vacaciones espléndidas o un romance delicioso termina en boda, solemos exclamar que «parece un cuento de hadas», sin reparar en que la mayor parte de los sucesos en esos relatos destacan por su crueldad y su infortunio; en algunos de ellos el final no es feliz, y muchas veces el héroe, o la heroína, no escapa con vida.

Por lo general, el cuento comienza con el protagonista en desgracia o una situación injusta: se desarrolla fuera del hogar paterno y existe un objeto o ayudante mágico por el que logra lo que desea. Luego se entabla un duelo con el adversario, una persecución y el regreso a casa, habitualmente con final feliz. Aparecen príncipes y princesas, aunque muy pocas historias de amor verdadero. Aparecen madrastras y brujas, pero muy pocas veces se nos

revelan las razones de su maldad.

A diferencia del mito, el cuento no basa su interés en la acción ni en el desarrollo intelectual. A diferencia de la saga, el tiempo no existe, y no se inspira en hechos históricos. Es irracional, sentimental, sobrenatural, mágico. Con final feliz. La muerte carece de importancia, y si el héroe muere, en cualquier momento puede regresar a la vida. Y, sobre todo, es el arquetipo en sentido puro: puede aplicarse a cualquier persona, con cualquier nombre, de cualquier clase social. En ellos se les permite a los mendigos ser reyes.

Otra característica asumida de los cuentos de hadas tal y como los entendemos hoy en día es que aunque no tienen por qué aparecer directamente hadas, elfos ni gnomos, deben incluir un hechizo, enfrentamiento o elemento sobrenatural claramente fantástico.

Los caracteres son planos: buenos o malos, sin evolución psicológica. Reciben nombres genéricos o descriptivos (Bella, Cenicienta, Blancanieves, Rojaflor). En los cuentos de hadas prima la acción sobre los personajes, y pertenecen siempre a un nebuloso pasado. Describen hechos que tuvieron lugar cuando otras normas regían la realidad. Siempre «hace mucho tiempo». Se abren y cierran con fórmulas mágicas.

Por otro lado, los argumentos, las variantes de los temas, no son muchos, y guardan características similares entre sí.

No he visto a mi alrededor otra cosa que no fueran variaciones de mis cuentos, de mis leyendas. Damas que se niegan a entregarse, que plantean una relación distinta a la habitual, jóvenes guerreras dispuestas a cortar la cabeza de cualquier pretendiente. Caballeros demasiado ocupados como para dedicar tiempo a cultivar los afectos. Príncipes que no osan acercarse al dragón que custodia a la doncella. Mujeres que duermen a la espera del hombre que será su sueño. Historias en las que se comieron perdices y fueron felices para siempre. O casi para siempre. Toda historia de amor, afirmaba Hemingway, finaliza en tragedia si se

prolonga lo suficiente. Si no se rompe por el camino, la destruye la muerte. Tal vez, en el fondo, no anden tan desencaminados los orientales al no incluir un final feliz en sus cuentos.

Pero la muerte llegará, sin amor o con él. Y es grato haber vivido. Es agradable volver la vista al pasado y recordar el primer beso, el primer amor, que no siempre son los primeros que se dieron, los primeros que se vivieron, sino aquellos que traspasaron el alma como las flechas de las postales de San Valentín. Ese recuerdo conforta el corazón cuando el tiempo pasa, templa la memoria, y con el paso de los años descubrimos que podemos encontrar en nuestro álbum de fotos, en nuestros recuerdos, piedras en forma de corazón, los fósiles del amor.

Chico conoce chica

No se vive más amor que el primero: a partir de ahí, comienzan a amontonarse. De hecho, no se siente más amor que el primero, rememorado una y otra vez. En el amor buscamos convertirnos en inmortales, hacernos inolvidables para la otra persona, y muchas veces lo único que conseguimos es que el fantasma del amado no nos abandone jamás. Los ojos de aquella muchacha, que se buscan incansablemente en las demás. El tono de voz, maravilloso en el recuerdo, del chico del primer beso, que nunca ha vuelto a saludarnos.

Estos amores resumen lo mejor y lo peor de la experiencia sentimental: delirios y promesas, expectativas y decepciones, manipulaciones por los dos lados, refuerzo de los roles tradicionales, o rechazo de los mismos. En ellos se arrastran creencias que provienen de la familia, de los amigos, de la costumbre, o las películas. En la mayor parte de las ocasiones, el comportamiento se rige por lo que se espera de las dos personas, o lo que el grupo circundante demanda, no por el auténtico sentir de ambos. Se vive como una partitura ejecutada por dos, pero no siempre escrita para dos: los instrumentos raramente concuerdan, aunque la música no tiene por qué ser desagradable.

Hasta ahora no se han dado explicaciones satisfactorias que desvelen el fenómeno misterioso del amor: ni las feromonas, ni las atracciones químicas, ni los cánones de belleza, ni las percepciones inconscientes, ni la marca indeleble de los modelos paternos y maternos ofrecen una respuesta satisfactoria. El ser humano no puede vivir sin afecto. Sin embargo, el cariño y el afecto pocas veces encajan con la pasión deslumbrante, la furia, la *manía* que supone el primer amor, y que deja el cuerpo exhausto y

preparado para los siguientes.

Aún no ha desaparecido la compasión que se les dedicaba a las solteronas, y que se ha trasladado sin más preámbulos a las mujeres solas. Los hombres gozan de cierto margen de confianza: un hombre, si se lo propone, puede conseguir una mujer que le cuide a cualquier edad. Sin embargo, una mujer pierde posibilidades a medida que envejece, aunque sea ella la destinada a cuidar al otro. Como carga añadida, la mujer soltera, a la que se ha negado durante siglos la capacidad de elegir (aunque no la de decidir, como luego se verá en los cuentos), estaba sola *porque nadie la había elegido.* Sus prendas naturales (belleza, dulzura, obediencia) no habían seducido a ningún varón, y por tanto, se la suponía inexperta, una eterna niña. Se la compadecía porque no conocía el amor, el auténtico amor, el que provenía de un hombre que la deseara.

Al varón, en cambio, se le suponía ciertos escarceos, pero un carácter difícil, o una vida azarosa, o un acusado espíritu de independencia. Sea como fuera, el solterón se encontraba en un estado transitorio. La solterona se hallaba apalancada en el celibato, que se había convertido en su esencia.

La idea del amor tal y como se entiende en la actualidad es muy reciente, y ha evolucionado tremendamente a lo largo de los siglos. Se ha banalizado, también, debido a la falta de obstáculos. El amor debía superar determinadas pruebas que han desaparecido: pruebas de fidelidad, de persistencia, de continencia. Las teorías sobre el amor libre dinamitaron las dos primeras, y la libertad sexual la tercera. El amor actual, muy lejos de aquel amor cortés que le dio origen en las cortes provenzales, valora muy positivamente la consumación del mismo y el contacto de los cuerpos.

Ha perdido también parte del elemento de maldición que poseía en los dos últimos siglos, posiblemente porque las bodas no suponen ya una unión de patrimonios, y por lo tanto, que unos muchachos se enamoren no rompe con los planes de la familia del mismo modo que podría hacerlo en

el siglo XIX.

Por otro lado, la relación entre los dos sexos es más fluida; las niñas no estudian en convento y los chicos se van librando incluso de la mili. La educacion mixta y la total interrelación entre hombres y mujeres aumentan las posibilidades de entablar relaciones amorosas: se dan en el instituto, o incluso antes, en el colegio; en la universidad o en el centro de trabajo. Se conocen en discotecas, bares, conciertos, o por internet. Las situaciones son incontables.

El primer amor puede surgir desde la primera adolescencia hasta la tercera edad. Se dan casos de ancianos que han descubierto, ya en la residencia, que nunca habían estado enamorados como en ese momento. Repito de nuevo que el primer amor no es siempre el primero que se experimenta, sino el que queda fijado de forma indeleble, el que sirve de referencia y guía para las relaciones posteriores. El que algunos han dado en llamar «el gran amor», o «el amor de la vida» o «el amor verdadero».

Se han popularizado las películas, o las novelas, en las que el argumento puede resumirse de manera muy sencilla:

Chico conoce chica.
Chico se enamora.
Chico pierde chica.

Pero no todas las chicas, ni por supuesto, todos los chicos que se conocen, son iguales. El muchacho, el protagonista del cuento, por llamarlo así, tiene que enfrentarse a situaciones muy diversas, y a princesas de todos los colores. A veces, y muy contrariamente a lo que puede esperar, serán ellas las que vendrán a buscarle.

Los hombres actuales se quejan de cierta desorientación: las chicas desean que se las corteje, pero se ofenden si se comportan como machos tradicionales. Rechazan algunas muestras de cortesía, pero añoran ser tratadas como princesitas. Reclaman su independencia, pero a partir de cierta edad parecen morirse por una

relación estable y unos hijos. No soportan a los machistas, pero acaban siempre con los canallas mayores del reino. ¿Quién entiende a las mujeres?

Existe alguna explicación a todo ese barullo: para comenzar, las mujeres han evolucionado tremendamente en poco tiempo, y los hombres no han cogido su paso: ya no se educa a las niñas como hace veinte o treinta años, pero los cambios en la educación de los niños han sido mínimos. Por otro lado, un gran número de hombres confunden la cortesía con las normas de urbanidad básicas. Por otro, muchas mujeres no saben realmente lo que desean, como la gran mayoría de los hombres.

El papel tradicionalmente asignado al varón era el activo: el hombre escalaba montañas, conquistaba tierras, partía a la guerra, corría peligros pero también aventuras. Si se negaba a ello, era una nenaza. La mujer, mientras tanto, se quedaba en casa. Si se negaba a ello, era un marimacho. La sociedad no toleraba cambios evidentes de rol: el príncipe en su caballo blanco, la princesita en la torre.

El héroe triunfaba, derrotaba; la heroína debía esperar y vivir su vida a través de las experiencias de su amado. El mundo funcionaba así, como siempre había funcionado, y a decir de algunos, las cosas parecían ir mejor cuando todos sabían a qué atenerse. Hombres machos, mujeres muy femeninas y una familia unida.

La experiencia demuestra que no era así. Ni los hombres estaban siempre satisfechos de su papel, ni las mujeres podían demostrar sus capacidades. Una relación no basada en la igualdad entre los dos miembros sólo puede estar condenada a la ruina. La mayor parte de los príncipes y las princesas lo saben, y eso sí que puede darnos esperanzas de que el mundo funcionará así, y que las cosas podrán ir mejor.

La Bella Durmiente: príncipe azul soltero busca

Cuando nace Ana, sus padres se vuelven locos de

alegría. Puede que sea hija única, o la única niña de los hermanos. Crece sobreprotegida, un poco mimada, pero ¿quién no mimaría a una muchachita guapa, cariñosa, despierta, buena hija, y que no presenta problemas en el colegio? Recibe las advertencias que se le dan a todas las niñas: que no se manche la ropa, que no regrese a casa despeinada y sudorosa, que no se entretenga en juegos demasiado violentos, pero no hace falta insistir demasiado. Ella misma tiende a las muñecas, a la lectura y a permanecer sentada muchas horas.

Pasa el tiempo y los consejos cambian de tono, para ocuparse de temas abiertamente sexuales. Se espera de ella el comportamiento adecuado a una niña buena. Con la adolescencia, Ana se retrae; ya no es la niña comunicativa y dulce. Pasa cada vez más tiempo en su cuarto, apenas cuenta nada de interés a sus padres.

Entonces, de la noche a la mañana, Ana se echa novio. Ríe, habla continuamente, pide consejo a su madre, con la que a ratos mantiene feroces discusiones, pasa horas charlando con sus amigas, y sale de su letargo. Rodrigo es hijo de unos conocidos, buen chico, educado; no puede decirse nada malo de él. Cuando Rodrigo consigue un trabajo estable (hablar de «fijo» es una quimera en la actualidad), compran un piso y se casan. La boda, máxima ilusión de la madre, queda inmortalizada en varias fotos preciosas, y en un vestido blanco cuidadosamente elegido.

Durante los años siguientes, Ana y Rodrigo viven felices, con los más y los menos de unos recién casados. Tienen dos hijos, una niña y un niño, y Ana deja su trabajo para dedicar todo su tiempo a las criaturas. No atraviesan dificultades económicas, porque Rodrigo ha ascendido en la empresa, e incluso pueden contratar a una canguro que cuide de los niños mientras salen a cenar alguna noche.

El padre de Rodrigo muere, y su madre viene a vivir con la joven pareja. Parece una buena solución: cuidará de los niños y Ana podrá trabajar de nuevo, en un principio a media jornada. A Rodrigo lo trasladan al departamento de comerciales y pasa fuera prácticamente toda la semana. Las

disputas entre Ana y su suegra comienzan; según la abuela, Ana malcría a los niños, es demasiado coqueta, no sabe administrar una casa… la lista de acusaciones es inacabable. El chantaje emocional se extiende a los niños, y Ana se siente extraña en su propia casa. Uno de sus compañeros de trabajo, paño de lágrimas y quizás enamorado platónico, le aconseja plantar cara a la vieja. Ana duda… los maridos suelen apoyar a sus madres frente a las esposas.

Al fin, los problemas se ponen sobre el tapete y, muy a regañadientes, la suegra deja la casa. Ana abandona definitivamente el trabajo y la situación parece complacer a todos.

Ésta sería, aproximadamente, la vida de una Bella Durmiente actual. Una historia común, la educación de una mujer, desde niña, para entregarse a un marido y unos hijos a cambio del romance.

Durante años, la opción de la Bella Durmiente era la única socialmente aceptada: la muchacha aguardaba al príncipe azul, plácidamente dormida, sin posibilidad de rechazar al hombre que se interesaba por ella, y mucho menos de elegir a quién la convertiría en visible a los ojos del mundo. La hazaña del hombre se reducía a esperar que el hechizo de la niñez se disipara, y cortar un par de zarzas (timidez, recelos, falsos pudores) que protegían a la chica.

Había dos días importantes en la vida de la mujer: el de la Primera Comunión, y el de la boda. El resto de los fastos la consagrarían en su papel de madre, o la relegarían a un segundo plano, a favor de mujeres más jóvenes. Sabía, por tanto, que el único momento de brillar con luz propia era su boda. El vestido de boda era *el* vestido por excelencia. Aún en la actualidad, la mística que rodea la ceremonia de esponsales no ha perdido importancia. Incluso las bodas por lo civil tratan de paliar su brevedad y su frialdad con flores, poemas y trajes tan complicados como en las religiosas. La boda sacraliza el pagano flechazo de Cupido, otorga respetabilidad y disciplina a una pasión que se caracteriza por el rechazo a las leyes humanas y divinas.

Casarse con el novio de toda la vida, con la novia de la infancia, todavía se considera en determinados sectores una garantía de autenticidad, de honradez, de fidelidad a unos principios demasiado torturados por las veleidades del sexo fácil y la modernidad. La comunidad gitana tradicional repudia a la mujer que no llega virgen al matrimonio, o que ha pasado por más de un hombre antes de la boda. y en el imaginario popular, la pareja capaz de encontrar el amor al primer intento es digna de envidia.

La realidad contradice de manera cruel esas previsiones. Los cuentos no siempre van más allá del «comieron perdices». En la mayor parte de las versiones de *La Bella Durmiente* se omite la brutal ferocidad de la suegra ogresa; y cabe pensar que con el tiempo la dulce princesa se convertirá en una madrastra inflexible.

El romance que hizo verter ríos de tinta, la boda del siglo, el vestido nupcial más copiado de los últimos veinte años pertenecieron a una Bella Durmiente, una chica despertada por un príncipe auténtico, y cuya vida, brillante y breve, transcurrió entre palacios y suegras hostiles. El cuento truncado de Diana de Gales hizo soñar durante dos décadas a las mujeres de todo el mundo, y la mala suerte hizo que muriera cuando abandonaba su camisa de Bella Durmiente y saltaba a otra historia en la que poseía las riendas de su vida.

Su muerte, como su existencia, encajó perfectamente con una leyenda: la dulce princesa compasiva con niños y enfermos murió a lomos del mecánico corcel negro del príncipe oriental que la había rescatado de un palacio gélido; ambos perdieron la vida mientras huían de las aves carroñeras que les perseguían. La popularidad, el fervor casi religioso que se desencadenó con la Princesa de Gales, están plenamente justificados: responden a un arquetipo firmemente implantado en el inconsciente colectivo.

¿Qué ocurre con el príncipe? ¿Con el chico que conoce a una chica que no se burla de él, ni de sus inseguridades, con la que se siente a gusto, aunque tal vez no corresponda al ideal que ha imaginado según las revistas pornográficas,

los cómics, o sus propios sueños personales?

Durante siglos, los hombres se preocuparon muy poco por conocer a las mujeres. De hecho, sólo mantenían contacto estrecho con ellas durante los primeros años de vida; cuando el niño crecía, se le apartaba del ambiente de madre y hermanas, y comenzaba a tejerse a su alrededor una red de relaciones masculinas, de las que aprendía que lo peor que podía pasarle en el mundo era que lo confundieran con una mujer, o que dudaran de su virilidad.

Aprendía a despreciar a su madre por ser sentimental y variable, por dejarse someter frente a su marido, por ser débil. Sin embargo, se le enseñaba a venerar su papel de madre abnegada, y se le instaba a buscar un modelo similar, al que toda lógica dicta que despreciaría con el tiempo.

Existían mujeres buenas y malas mujeres. Una mujer que accediera a sus requerimientos sexuales era mala. La que se negara (la que, por tanto, le hiciera sufrir) era buena. Una esposa debía pasar inmediatamente del estadio de virgen a madre, sin pasos intermedios. Las malas mujeres, en cambio, campaban a sus anchas en ese lugar de tránsito.

Esos comportamientos y esas ideas, aunque atenuadas, perduran. Las Bellas Durmientes se despiertan de vez en cuando y echan una ojeada a su alrededor, y los príncipes se demoran un poco en despertarlas, o se las encuentran ya con los ojos abiertos de par en par, pero la historia aquí narrada es la de un romance típico. Incluso cuando se rompe, se habla de «final del cuento de hadas».

Desde luego, una gran parte de estos amores perduran en el tiempo. Si los dos componentes de la pareja se conforman con los roles típicos, si los dos se pliegan a lo que se espera de ellos, las fricciones sociales disminuyen, y con ello los problemas. Las voces que clamaban que la desintegración de la familia surgió cuando la mujer se incorporó al mercado de trabajo respaldaban esa idea: la Bella Durmiente, casada o soltera, no puede ni debe actuar. Pero las Durmientes actuales se están pinchando con las

zarzas que las rodean, y los hombres no vienen a auxiliarlas.

Algo está cambiando en el cuento en los últimos años: algo sumamente inquietante, y que no estaba previsto. Todos los personajes permanecen a la espera, paralizados, esperando que el otro dé el primer paso. Parece que la maldición del hada se ha extendido también al príncipe y que falta tiempo para que alguien, quien sea, venga a despertarles.

El porquerizo: la niña pija

No siempre las elecciones están tan claras. No siempre un príncipe se encuentra con una dulce muchachita dormida. Las ayudas del Destino no suelen ser tan contundentes. Y desde luego, no siempre las niñas están encantadas de ser las destinatarias de un amor que no buscaban ni deseaban.

El porquerizo se fija en la princesa más rica, más bella, la más vistosa de cuantas conoce. Es pobre, pero le sobra seguridad. Al fin y al cabo, es un hombre, y ha escuchado hasta la saciedad que un hombre, aunque no sea el soñado, siempre es mejor que ninguno. Tal vez pueda coger a la chica (la más guapa de la clase, la que mejor viste, la que posee ese aire superior de los elegidos; no sale con muchos chicos, pero los que escoge son guapos, un poco mayores que ella, y con dinero) por sorpresa.

Una de las opciones que se le presentan es impresionarla, pero hay demasiados pavos reales a su alrededor. Otra, hacerse su amigo y confidente, consolar sus penas, echarle una mano en matemáticas, o con la mudanza, cuando no sepa poner enchufes, y así, poco a poco, entrarle por los ojos.

He escuchado hasta la saciedad decir que la amistad entre hombre y mujer no existe, y he constatado que en muchos casos el dicho es cierto: se rompen las barreras, o en el objetivo inicial no figuraba la amistad, sino la conquista. Cuido a mis amigos como a perlas raras, pero

instintivamente tiendo hacia una posición maternal con ellos. Pese a todo, la sospecha de que una atracción de otro tipo pueda romper la amistad, o que mi interés por ellos pueda malinterpretarse, continúa ahí, escondida, en algún lugar de mi mente.

El porquerizo, decíamos, se aproxima a la chica por esos senderos tortuosos. Es un asaltante con bandera blanca, que finge que ella puede contarle sus secretos y abrirle su corazón sin temer malas intenciones. La reacción más habitual suele ser que la moza, un tanto desorientada por ese chico que no muestra interés en ella, ni siquiera se plantea la posibilidad de salir con él.

Pongamos que una de sus mejores amigas se encapricha del tímido aspirante y logra seducirle, o al menos, estrechar su amistad. Inmediatamente, el porquerizo cambia: se corta el pelo, varía de estilo de ropa, adopta hábitos corteses hasta entonces desconocidos, endereza la espalda y aprende a sonreír entornando los ojos. Tiene una chica que no le interesa demasiado con quien practicar hábitos de seducción, y va progresando a ojos vista. La princesita perfecta ya no le parece tan perfecta: acaba de descubrir que tiene la piel grasa, y que le gustan Alejandro Sanz y las comedias románticas que él no soporta. Y no termina de perdonarle el tiempo inútil que ha empleado en intentar conquistarla. Si pasa ante ella, apenas la saluda.

Cuando le llegan noticias de que ella saldría de buen grado con él, rompe a reír y se niega en redondo. Tampoco continúa con la otra chica: ha descubierto su atractivo, y en su mente se ha instalado una salvaje desconfianza hacia las mujeres. Su experiencia le ha enseñado a fingir, a mostrar una identidad que no es la suya. Ha interiorizado que no hay como ser un poco castigador para conseguir sus objetivos. De nada sirve mostrarse cortés, amable y atento, por lo que ha visto. Los guapos y los caraduras logran lo que buscan. Si no se es así, hay que parecerlo. Al fin y al cabo, al antiguo porquerizo no le hubieran considerado digno de ninguna mirada femenina.

Si para las mujeres medievales la reputación social

descansaba en los actos de sus hombres, en la actualidad muchos chicos consideran que su valía depende de las chicas con las que salen. El prestigio se contagia rápidamente. Recuerdo que en mi pueblo se daban, de vez en cuando, conversaciones de este tipo:

> —Fulanita sale con Menganito (siendo Menganito uno de los guapos y crudos del lugar).
> —¿Con Menganito? ¡Anda ya!
> —Te lo juro. Los vieron juntos en fiestas de Orduña (primera fiesta del buen tiempo, donde cuajaban los amores primaverales, una especie de baile de fin de curso).
> —Ostras. Pues si sale con él, tiene que estar buena. Y yo que no me había fijado...

Curiosamente, una vez que se sale, o que se ha logrado salir con la niña elegida, la guapa, la pija, el objeto de tantos desvelos, la cosa no suele continuar adelante. ¿Para qué? Era un reto, y había que demostrar que podía conseguirse. Una vez superado, otros desafíos aguardan. Y si se puede desairar a la antaño dulce enemiga, mejor que mejor: hay que demostrar que ya no importa, que es una etapa quemada. Que el daño que produjo al no dejarse conquistar a la primera lo sufra ella ahora. La obsesión no había nacido del amor, sino del orgullo, y suele ser un mal modo de iniciar un romance verdadero.

La cajita de yesca: la pasión

Uno de los cuentos más exitosos escritos en los últimos años fue obra de William Goldman. Además de popular, cosa que debe en gran medida a la película basada en él, es también uno de los más deliciosos, más llenos de amor y ternura que he tenido el placer de leer. La historia es tremendamente compleja («Esgrima. Lucha. Torturas. Venenos. Odio. Venganzas. Gigantes. Cazadores. Hombres malos. Hombres buenos. Las damas más hermosas. Serpientes. Arañas. Bestias de todas clases y aspectos. Dolor. Muerte. Valientes. Cobardes. Forzudos.

Persecuciones. Fugas. Mentiras. Verdades. Pasión. Milagros.» De esta manera define el padre del narrador el cuento), pero el tema es uno y solo: el amor verdadero.

Buttercup es una joven granjera con potencial para ser la mujer más hermosa del mundo, pero que de momento se conforma con tratar a patadas a Westley, el mozo de labranza. Una condesa flirtea con Westley, y durante una noche de insomnio y celos, Buttercup se da de cabezazos por no haberse fijado antes en el macizo que tenía al lado. Se planta en la puerta de su cabaña al amanecer:

> Él esperó. Ella le miró y después apartó la vista. Era demasiado apuesto.
>
> —Te amo —le dijo Buttercup—. Sé que esto debe de parecerte sorprendente, puesto que lo único que he hecho siempre ha sido mofarme de ti, degradarte y provocarte, pero llevo ya varias horas amándote, y a cada segundo que pasa te amo más. Hace una hora creí que te amaba más de lo que ninguna mujer ha amado nunca a un hombre, pero media hora más tarde supe que lo que había sentido entonces no era nada comparado con lo que sentí después. (...) Ahora te amo más que hace veinte minutos, tanto que no existe comparación posible. Te amo mucho más en este momento que cuando abriste la puerta de tu choza. (...) Sé que no puedo competir con la condesa ni en habilidades ni en sabiduría ni en atractivo, y vi la manera en la que te miró. Y vi cómo tú la miraste. Pero recuerda, por favor, que ella es vieja y tiene otros intereses, mientras que yo tengo diecisiete años y para mí sólo existes tú. Mi querido Westley... nunca te había llamado por tu nombre, ¿verdad?... Westley, Westley, Westley, Westley, querido Westley, adorado Westley, mi dulce, mi perfecto Westley, dime en un susurro que tendré la oportunidad de ganarme tu amor.
>
> Dicho lo cual se atrevió a hacer la cosa más valerosa que había hecho jamás: le miró directamente a los ojos. Y él le cerró la puerta en la cara. Sin una palabra. Sin una palabra. Buttercup echó a correr (...) e inundó el mundo con sus lágrimas.
>
> Ni una sola palabra. No había tenido esa decencia. Pudo haberle dicho «Lo siento». ¿Se hubiera arruinado si le decía «Lo siento»? Pudo haber dicho «Demasiado tarde». (...) Que era guapo no cabía duda, pero ¿acaso era tonto? En cuanto hubiera puesto la lengua en movimiento, todo habría acabado.
>
> —Gagagaga.

Eso es lo que habría dicho. Era el tipo de cosas que Westley decía cuando se sentía realmente brillante.

—Gagagaga, gracias, Buttercup.

Pero Westley no es tonto. Su declaración supera en pasión, fuego y constancia a la de Buttercup, y con un hatillo al hombro se marcha a América a hacer fortuna. Toda su vida ha girado en torno al amor de Buttercup, y será capaz incluso de regresar de la muerte por ella.

Buttercup es encantadora, pero bastante tonta. Westley es adorable, pero tiende a la impulsividad. Lo saben, se aceptan como son, se aman. Su pasión resulta tan excluyente, tan intensa, tan compartida como la de Romeo y Julieta, pero con un final bastante menos sangriento, aunque no del todo el esperado. Terminan juntos, pero el autor opina que debían de discutir continuamente, y que en fin: «El amor es lo mejor del mundo, después de los caramelos para la tos. Pero también debo decir, por enésima vez, que la vida no es justa. Sólo es más justa que la muerte. Es todo».

La pasión, el llamado amor verdadero, esa quemazón dolorosa e imprescindible que devora al pobre enamorado cuando se encuentra lejos del objeto amado, y que le destroza cuando está cerca, es, según mucha gente, la única razón para vivir. Cuando esa pasión desaparece, cuando muere el amante, o llega el abandono, también se desvanecen las fuerzas para continuar viviendo. El amor, enfermedad completa y sin remedio, inflama los pechos y acelera el pulso. Y, como casi todas las dolencias, hay gente que muere con ellas.

A Inés de Bobadilla la casaron a los diecisiete años con Hernando de Soto, gobernador de Santiago de Cuba. Parece que aparte del acuerdo entre familias y la conveniencia de la unión, los dos esposos se amaban con extraña fuerza. Inés partió con Hernando al Nuevo Mundo, donde el marido tuvo que dejarla en el fuerte creado para continuar con la conquista.

Es de imaginar el desconcierto, la monotonía de los días lejos del amado, y el miedo continuo a las

insurrecciones, la impaciencia ante la falta de noticias que sufrió Inés. Y los malos tragos del hombre, el pánico a aquellas selvas hostiles, llenas de seres con idiomas y costumbres desconocidas, el remordimiento de conciencia por haber abandonado a su esposa durante tanto tiempo.

La niña se había quedado al frente del asentamiento y tuvo que hacerse cargo de mantener la paz con los indígenas; al parecer, lo hizo con astucia y profesionalidad, porque no hubo jamás incidentes. Pero al recibir la noticia de la muerte de su esposo se llevó las manos al pecho y cayó redonda al suelo. Cuando murió, la pobre sólo tenía veintitrés años, y posiblemente supiera muchas más cosas del mundo, la soledad, el sentimiento y la violencia que muchas otras mujeres contemporáneas.

La pasión salta sobre todo y arrasa todas las barreras, especialmente las convenciones impuestas por padres y autoridades. De no mediar la prohibición de ver a la princesa, es muy posible que el soldado hubiera continuado de largo, sin prestar más atención. Y de no saber la princesa que hacía algo malo, la ruptura de su obediencia no le hubiera resultado tan picante. En los tiempos en los que amar era una rebeldía, no hacía falta luchar por los derechos humanos, ni por el ecologismo; para colgarse el sambenito de la insurrección no había más que enamorarse.

Los jóvenes justifican la oposición de sus padres de todos los modos posibles: son viejos, no recuerdan qué se sentía, nunca se han enamorado, pertenecen a otra época. Sienten envidia, son mezquinos, no conocen al ser amado, se dejan llevar por los prejuicios. Si el mundo se pone en contra, el enamorado da la espalda al mundo y decide continuar viviendo sin él. Contigo, pan y cebolla.

Algunos prejuicios serios rodeaban la primera boda de Alfonso XII con su prima María de las Mercedes, la de la copla de a ver dónde iba Alfonso XII, dónde iba triste de él. Dulce, tuberculosa y delicada, falleció a los dieciocho años tras una historia de amor adolescente y emotivo. Todos habían advertido al joven de su enfermedad, de su previsible final, de lo insensato que podría ser ligarse a una

mujer enferma, de agravar la consanguinidad. Alfonso XII se salió con la suya, al menos por una corta temporada.

El pueblo de Madrid adoraba a la joven, y del mismo modo que vivió como propio el romance del rey, se volcó en su muerte y en su entierro. A su sucesora no se le presentó un papel fácil. Debía luchar contra su frío carácter, contra la predisposición del pueblo, la indiferencia de su marido y, sobre todo, contra algo invencible: la existencia de un mito de amor y muerte.

El amor, ya lo hemos dicho, es una enfermedad, mortal a veces. Sin embargo, cuántas personas cambiarían su vida por una muerte así.

El sastre: más vale maña que fuerza

Pero el héroe al que le pareciera demasiado sencillo limitarse a conseguir una muchacha desvaneciendo un encantamiento, el que quería probar su ingenio o su valor, tenía también su oportunidad.

Por mucho que a algunas les sorprendiera, existían casos de mujeres que no deseaban casarse. Poseían suficientes recursos propios, o deseaban mantenerse cerca de sus padres, no sentían aprecio por la maternidad, o valoraban sobre todas las cosas una independencia que, aunque sesgada, desaparecería por completo tras un matrimonio. O bien se sabían feas y sin dinero, y no deseaban rebajarse a casarse con quien se conformara con ellas.

Eran mujeres sospechosas, princesas autónomas y duras en un mundo de Bellas Durmientes. Su decisión era vista como un desprecio hacia los hombres, y las convertía en seres peligrosos, capaces de cualquier cosa con tal de conservar su libertad. Si, por alguna circunstancia, accedían por presiones a casarse, ellas mismas decidían qué pruebas debían superar sus pretendientes: acertijos, si buscaban un consorte astuto, o combates, si les iba más el modelo «paquete de músculos».

Pese a que me referiré a *Los Nibelungos* de manera más

extensa en el capítulo «Los siniestros», creo conveniente que Brunilda se cuele en estas líneas por unos momentos. Cuando el rey Gunther de Burgundia desea casarse, se entera de que:

> Había una reina que vivía allende los mares. No se sabía que en parte alguna otra pudiera igualarla. Era de hermosura sin límites, y su fuerza, muy grande, la medía arrojando la lanza en pugna con los caballeros que la pretendían. Lanzaba una piedra, y detrás saltaba ella. Quien aspiraba a su amor debía ganar, sin fallo, tres pruebas a la noble señora. Si fracasaba en una, perdía la cabeza.

Quien venciera en esa prueba se llevaba no únicamente una esposa y un nuevo reino, sino también la fama de diestro en la lucha. Gunther se encapricha de Brunilda, y pide a su amigo Sigfrido que le ayude a conquistarla. Sigfrido, que no se lo aconseja, accede, a cambio de una esposa para él: Krimilda, la hermana de Gunther. La historia continúa, en versión de María Luisa Gefaell:

> El rey Gunther se colgó del cuello su escudo de oro, se echó encima su manto de perlas, se puso sus joyas. Nunca se había visto sobre el agua del mar tanto brillo. Sigfrido le miraba con tristeza, y le dijo:
>
> —¡Estamos a tiempo! Mira qué ancha es la mar; aún podemos volver a Burgundia.
>
> —¿Cuándo has visto que un rey de Burgundia regrese cabizbajo a su palacio? ¿Con qué honra volvería al lado de mi hermana, y qué cosas diría mi pueblo?
>
> —Brunilda ya ha matado a reyes valerosos. Piénsalo bien, Gunther, antes de tocar tierra.
>
> —Un burgundio jamás retrocede —dijo Hagen de Tronek—. Ya tendrás ocasión de aprenderlo.
>
> —¡Ea, burgundios! A tierra. Yo os he traído, y os advierto que Brunilda siempre ha sido un peligro.
>
> —Un cantar es sólo un cantar, y una muchacha es sólo una muchacha, aunque sea una reina —dijo Folker.
>
> —¡Escucha tú, cantor! La muchacha Brunilda no se quiere casar. Si se casara, perdería su fuerza, su reino y su dignidad.

No quiere casarse, en efecto, pero ha escuchado hablar

de Sigfrido, y de ser vencida, quiere serlo por él. Sigfrido ha decidido hacerse pasar por un siervo de Gunther, y ayudarse así, con la capa de la invisibilidad, a conseguir a la esquiva doncella.

> —¿Conoces tú mi ley, rey Gunther? Es igual para todos: tendrás que hacer tres pruebas, y desde ahora te advierto que no podrás ganarlas. Si las ganas, seré tu mujer, y si pierdes, morirás con tus hombres. (...)
>
> La reina echó hacia atrás su espadón: Sigfrido (invisible) se plantó delante de Gunther y le ayudó a sujetar su escudo. Separaron las piernas y esperaron. La doncella lanzó su espada; se oyó un golpe espantoso. Del escudo del rey saltó un chorro de chispas. La espada lo rasgó como si fuera un lienzo y se estrelló contra Sigfrido, que vaciló y cayó sobre el rey. Se levantó, recogió de la hierba la enorme espada y dijo:
>
> —Procuraré no matarte la novia. Quiero ir a vuestra boda y a la mía. (...)
>
> Sigfrido levantó la piedra y la arrojó más lejos todavía. Y entonces saltó más allá de la marca llevando en sus brazos al rey de Burgundia. La prueba había terminado. Brunilda estaba ya vencida. Miraba fijamente al rey Gunther, que se arreglaba el manto, algo aturdido. De pronto, Brunilda gritó:
>
> —¡Venid, guerreros! ¡Venid, doncellas! ¡Que vengan mis parientes y vasallos! Estoy vencida... ¡Ya sois vasallos del rey de Burgundia!
>
> Las doncellas se quedaron atónitas; los guerreros no sabían si debían bajar las espadas en señal de acatamiento. Y sólo la hierba requemada de la última tierra se dobló ante Gunther, porque soplaba el viento.

Gunther ha mentido desde el principio a Brunilda, y por eso no vivirán más que desgracias. Ella y Sigfrido hubieran sido pareja de cumplir la ley, y cuando el desorden irrumpe en la realidad, ocurren cosas terribles.

En la actualidad hay muchas muchachas que no desean casarse, o que no desean hacerlo aún, al menos. Prefieren aguardar a terminar unos estudios, a formarse, a obtener un trabajo, a vivir una temporada por su cuenta y conocer el mundo. Los héroes que desean convencerlas raras veces recurren a la estratagema de vencerlas, sino más bien a la de convencerlas, demostrarles con ademanes, actitudes y

gestos que merece la pena abandonar el castillo en la última tierra y compartir vida con ellos. Otras veces, el tiempo y la constancia se convierten en los mejores métodos para conquistarlas. Sin duda, son Sigfridos mucho más honestos, que han descubierto, como el sastre, que la maña y la habilidad les valdrán de mucho más que la fuerza.

Riquet el del copete: el que a feo ama…

La sociedad se ha mostrado siempre mucho más comprensiva con el aspecto físico del hombre que de la mujer. La belleza era patrimonio femenino, la cualidad que debía transmitir a la prole, y para los hombres quedaban muchos otros elementos: el valor, la riqueza, el poder… «Yo tenía un hijo, hermoso como su madre, fuerte como yo… », rezaba una copla que solía tararear mi padre, con el animado tema de un niño que moría en la infancia.

El príncipe podría nacer pobre, o ser un porquerizo, como en el caso anterior, pero no importaba, porque con su inteligencia, su suerte o su animal guardián lograría sus objetivos, unas metas tangibles, bien delimitadas y no condicionadas por nacimiento. La princesa ha sido siempre bella. Era necesario suponerla bella, por contrapunto al rechazo que su cuerpo y sus flujos despertaban.

Existe toda una tradición literaria y filosófica sobre el tema de la mujer hermosa y tentadora cuyo interior está podrido. Esa idea parece haber sido muy frecuente ya antes de Cristo. De alguna manera, los perfumes y las pinturas femeninas no tendrían sentido si no fuera que intentan camuflar la fealdad y la corrupción.

Por lo tanto, la única belleza auténtica, la única inocente, es la belleza natural. Nada más difícil que ser natural. Conservar una piel perfecta exige cuidados, exfoliantes, depilación, cremas y masajes. Dinero y tiempo. Y aun así, los años la ajan. A diferencia de las modelos en las revistas, en la vida real el tiempo existe, y existen las ojeras, o las imperfecciones físicas, una nariz ganchuda o unos dientes mal puestos. Ésa sería la naturalidad. Para

colmo, la belleza actual impone modelos cada vez más jóvenes: rostros aniñados, figuras muy esbeltas con pechos altos y caderas estrechas. Mujeres imposibles, sin arrugas ni celulitis, sin michelines ni asomos de flaccidez.

Esas mujeres delgadas, esas adolescentes eternas no ofrecen ninguna amenaza para los hombres. Son poco más que niñas grandes: puede deducirse de ellas que se mostrarán torpes, indecisas, encantadoras, caprichosas y dependientes de sus relaciones con los hombres.

Las mujeres gordas, además, producen reacciones contradictorias: burlas, por un lado, sentimientos de nostalgia materna, por otro, sensación de pena porque no encontrará quien la quiera. Es más, conozco casos de hombres no especialmente atractivos, ni especialmente afortunados, que cuando lograron una mujer se dedicaron, literalmente, a cebarla. Su actitud parecía decir: «Te engordaré tanto que ningún hombre volverá nunca a mirarte y serás sólo mía...». Sin saber que a cierto número de rivales masculinos las mujeres entradas en kilos les resultan mucho más hermosas que las delgadas, a las que consideran poco femeninas y frías.

En la lista de los hombres más atractivos del mundo, los elegidos pocas veces bajan de los treinta años. En la de mujeres, en cambio, se dan pocos casos de mayores de treinta, y por lo general, son siempre actrices que fueron bellísimas y que simbolizaron una época.

El caso contrario, el de la mujer curvilínea, queda reservado casi en exclusiva a la pornografía. Esas mujeres rotundas, de grandes pechos y caderas amplias, están reñidas con la elegancia. La mujer delgada se identifica con la hermana, la novia, la inocencia y la satisfacción. La mujer curvilínea trae a la mente la novia del otro, la amante, el carácter fogoso y, sobre todo, el juicio sexual. Es fácil pensar que el primer tipo de mujer será virgen o pasiva. Con las segundas, sin embargo, el hombre se enfrenta a que su capacidad sexual resulte cuestionada o superada.

Y, por último, aparece un tercer grupo de mujeres, de

las que es fácil olvidarse, porque literalmente no existen: las feas y las viejas. Parece como si hubiera un complot para hacerlas invisibles. La publicidad se ha olvidado de ellas, el cine y el arte no las refleja. Se les dedican pocas canciones, y las revistas y los desfiles que las muestran son una excepción. Las críticas que deben soportar son infinitamente mayores a las de los hombres. En el prototipo de hombre en publicidad encontramos a un varón de mediana edad, más bien tirando a alto, de constitución media, discreto atractivo, y traje y corbata. El prototipo de mujer en publicidad ronda los veinticinco años, más esbelta y más alta que la media, con pecho, pelo largo, tacones y falda corta. El hombre inspira respeto. La mujer, deseo.

¿Ha existido algún momento en el que la belleza no haya sido esencial para la mujer? No. ¿Ha existido algún momento en el que la belleza haya sido esencial para el hombre? Tal vez la antigua Grecia, donde los hombres ansiaban el equilibrio entre un cuerpo hermoso y una mente cultivada. En la actualidad, la coquetería masculina se ha revitalizado, y la dictadura de la belleza se ha extendido también a ellos. Algunos arrojan la culpa del caso a la creciente influencia *gay*: les parece impropio de hombres «de verdad» tanto cuidado, tanto aspecto físico y tanta mariconería.

Eso queda para las mujeres, completamente entregadas al culto a su belleza y a la opinión sobre sus cuerpos. De un diez a un quince por ciento de las mujeres son anoréxicas o bulímicas. Dado el alto índice de mortalidad de esas enfermedades, podemos hacer cálculos: millones de mujeres enfermas, de las que una parte morirán, y cerca de los dos millones sufrirán para siempre enfermedades relacionadas con la comida.

Todo ha cambiado, y nada ha cambiado, en realidad. Sea cual sea el ideal de belleza, se encontrará siempre alejado de la realidad de la mayoría de las mujeres y se continuará considerando esencial. ¿Por qué Riquet no se enamora de la inteligente y aguda hermana fea, con quien haría tan buena pareja, y que es la reina de las fiestas

cuando se han cansado de admirar a la bella? La pobre hermana lista desaparece oscuramente de la historia, imaginamos que para vestir santos, tal y como las gastaban los autores de la época.

El mensaje que se transmite a la mujer es, invariablemente, el mismo: «Tal y como eres no sirves para nada. La sociedad no va a cambiar, de modo que arréglatelas para ser aceptada. Cambia tú». Pero no hay nada más aburrido que la perfección. Nada que esclavice más. Y nadie quiere ser esclavo.

Rapunzel: la mosquita muerta

Es una de las imágenes más conocidas: una jovencita en una torre, un caballero flirteando con ella, o cantando lindas tonadas de amor. Ella le arroja su cabellera, y el mozo trepa por la trenza. Es un modo cómodo de conseguir pareja, áunque un tanto reducido si lo transformamos en hechos contemporáneos, no sólo porque las torres habitables escasean, sino porque, excepción hecha de mensajeros, repartidores de pizza y el cartero, de vez en cuando, en caso de carta certificada, no son muchos los hombres que llaman a las puertas de las damas… y el tópico del butanero ha conocido ya demasiadas versiones.

Pero Rapunzel, con su terca técnica de araña inmóvil en la red, lo logra. Nadie diría que una araña pudiera derrotar nunca a la mosca movediza, con alas, inquieta, y sin embargo, las arañas terminan por atrapar una u otra mosca. El método Rapunzel consiste en sentarse, sonreír y vencer. Y sorprendentemente, vence.

¿Por qué? Tal vez el misterio radica en su torre. Rapunzel es inalcanzable. Esa muchachita a la que no deberían ni mirar supone un reto para el hombre. ¿Por qué escalar la montaña? Porque está ahí. ¿Por qué elegir una chica más complicada, alejada de las demás por alguna razón? Porque su espera es una provocación.

También, posiblemente, porque su pasividad se confunda con feminidad. Una criatura frágil, desvalida,

incapaz de abrir una puerta por sí misma, atónita ante las instrucciones de un taladro, inspira, por contraste, una gran sensación de seguridad y fuerza en el hombre. Es su muñequita, un cachorrito que no sabría sobrevivir si él no estuviera ahí para protegerla del cruel y vasto mundo. ¿Cómo desechar la oportunidad de ser un héroe?

En la novela de J. F. Cooper *El último mohicano*, dos hermanas bien avenidas se pierden en los bosques en mitad de una peligrosa coyuntura: una guerra. Por suerte, varios caballeros se ofrecen a protegerlas: un militar, un músico, un explorador y dos indios. Cora es morena, fuerte, serena, eficaz. Alicia, rubia, angelical, quebradiza. Cora y uno de los indios mueren. Alicia se casa con el militar. Su único mérito aparente es estar, y desmayarse en el momento adecuado. Ni siquiera parece sentir demasiado apego por su amado. Aparentemente, no ha hecho nada para atraerle. Alicia finaliza de vuelta en Inglaterra, feliz y casada, tal vez porque es la «chica» de la historia, tal vez en premio a una conducta que se consideraba la única aceptable. Tal vez por suerte, porque quien no se arriesga no corre peligro.

Y, por otro lado, esa muchacha ofrecía, desde un principio, la imagen ideal de la esposa clásica. Tucídides afirmaba que la mejor esposa era aquella de la cual la gente no podía hablar, ni bien ni mal. A diferencia de otros casos, que veremos en el capítulo «Los invisibles», no parecen a disgusto con su situación. No viene impuesta por la sociedad: es un recurso que emplea voluntariamente.

Pese a lo que parezca, no es un tipo de chica difícil de cortejar. Básicamente, deja todo en manos del hombre. Él es libre de escoger, de decidir y de censurar. Incluso en un momento de cierto desconcierto como es el actual, una chica Rapunzel hace soñar al hombre con un estilo de vida perdido, en que los hombres eran fuertes y seguros, y las muchachas dulces y agradables, con unos romances tradicionales, en los que la princesa no se ofendiera porque le cedieran el paso en una puerta. Rapunzel, como vestigio del pasado, es también una llamada a la nostalgia. Y, no nos engañemos, también los repartidores de pizza, los

mensajeros y el cartero lo saben.

El retrato: los idiotas santos

El cuento que he escogido para ilustrar este caso es japonés, y muy poco conocido, pero podría ser ruso perfectamente. Pocos países, aparte del ruso, han venerado de ese modo a los imbéciles, a los tontos. La idiotez es un signo de santidad, y los que han sido tocados por esa desgracia se encuentran cerca de lo divino. El caso de un Rasputín iluminado, ignorante, que llega a ser consejero de la zarina y logra crearse tantos enemigos por su poder que un príncipe se rebaja a matarlo (chapuceramente, pero asesinato al fin), sólo podría darse en Rusia.

En los cuentos, los tontos casi siempre terminan bien. También terminan bien los débiles, los hijos pequeños, los huérfanos. Hay una divinidad de guardia que cuida y guía sus pasos. En la realidad, parece que no debe de ser siempre así. De otro modo, no se explica por qué tantas películas, tantos anuncios, insisten en la idea de que el tonto, o el feo del grupo, puede llegar a triunfar.

Lo que ocurre es que en la publicidad al tonto (casi siempre feo, o al menos poco agraciado) le basta una colonia, una bebida determinada o una marca de cigarrillos para saltar al rango de objeto codiciado. Regresamos al mismo tema de la belleza: el hombre, por el hecho de serlo, puede conseguir todo lo que se proponga. Y, aunque no se lo proponga, no importa. El amor consiste en aceptar a las personas tal y como son, ¿no es cierto? Alguien le aceptará. Miren si no a Homer Simpson.

De hecho, la torpeza despierta cierta ternura. Es como un niño grande, se dice; como un enorme peluche. El instinto maternal se desata, y se refuerza la idea de que esa pobre criatura necesita a alguien que cuide de ella.

Un caso un poco distinto es el despistado, el cándido, el buenazo alma de cántaro sin demasiada traza, pero con un corazón de oro. Son príncipes que casi se las arreglan para que las chicas les rescaten a ellos, y no a la inversa. Siempre

hay alguna Piel de Asno dispuesta a la tarea… Son parejas que cuando la gente se pregunta cómo puede estar una chica tan estupenda con un hombre así, reciben como respuesta algo similar a la que dio la explosiva Jessica Rabbit: «Me hace reír».

Chica conoce chico

Entre los pueblos primitivos no existen mujeres adultas solteras. Cada muchacha encuentra marido y, por lo general, se casa a una edad muy temprana, en cuanto ha llegado a la pubertad. La mujer en la sociedad moderna puede elegir entre casarse o no casarse. Incluso una vez casada puede combinar su vida familiar con una actividad profesional. A la mujer primitiva no se le ofrecían alternativas: y, en todo caso, las tareas de la casa, la búsqueda de comida y el cuidado de los hijos no le dejaban tiempo para intervenir en la vida pública. Uno de los hechos más chocantes para las culturas no occidentales es que existan mujeres solteras, o sin hijos, que decidan trabajar y no dedicarse al hogar, o que superan los treinta y no han conseguido o buscado marido.

Por supuesto, eso exige determinados retoques en las relaciones hombre-mujer en esas mismas sociedades. Los desequilibrios demográficos han de salvarse de alguna manera. Una solución práctica es la de la poligamia: debido al mayor número de mujeres, se asegura de ese modo que a cada una le corresponda un marido.

Sin embargo, aunque se dan noviazgos y amoríos, no existe el concepto de amor romántico tal y como se entiende en Occidente. Algunos nativos sudafricanos se quejaban de que el amor fue introducido por los europeos, con los trastornos que eso suponía en las relaciones normales. Desde hace varios cientos de años, se ha extendido entre nosotros la idea de que el amor ha de preceder al matrimonio, que es la única razón que lo justifica, y que en él debe basarse.

A la mujer primitiva, que desde luego tiene sus preferencias, le resultaría difícil entender la idea de pasión

occidental y asociarla al matrimonio. Si bien pierden cierta aura sentimental, gozan de una gran ventaja: no idealizan el matrimonio, ni mucho menos al cónyuge: se trata de una unión entre dos personas, y no entre la representación idealizada de dos personas. Las antípodas, como vemos, de un amor romántico.

Si durante años las niñas han soñado con héroes que las rescatan de peligros, con declaraciones a la luz de la luna con apuestos y aguerridos adanes, con fugas a caballo de padres injustos y con un amor de las grandes leyendas, ese tipo de concepción amorosa puede hacer que se les caigan las alas del corazón. Mejor continuar creyendo que el matrimonio mata el amor, y que para casarse aún falta mucho.

¿Cómo combinar una tradición histórica que ha convertido a la mujer soltera en una muchacha pasiva, dormida, lánguida, de una suavidad de terciopelo, con los tiempos modernos? ¿Cómo reprimir los deseos de tomar las riendas de la propia vida y decidir, escoger o desechar hombres, y continuar siendo al mismo tiempo la princesa que todos esperan?

Habrá que decepcionar a mucha gente, o tragarse las ganas, al menos en ocasiones. Muchas mujeres se quejan de que los hombres se asustan si ellas toman la iniciativa, que les cogen miedo, pero que ellas no tienen tiempo para perder guiñando ojos y lanzando suaves indirectas. Esas técnicas conllevaban un aprendizaje largo y penoso: era el famoso *ten con ten* que las tías de la Regenta se afanaban por enseñar a Anita Ozores. Sugerir, insinuar, inflamar deseos, pero sin que éstos rebosaran nunca. Desdeñar, y consolar luego con una sonrisa. La caza del amor es de altanería.

La Cenicienta: nos vamos de caza

Nuestra primera heroína no lleva una vida fácil: trabaja en casa, como tantas otras, pero no se le reconoce su papel como señora del hogar. Pluriempleada, peina y viste a sus

hermanas, barre, limpia, cocina, y asume desde muy joven unas tareas por encima de su edad. Es el destino no muy agradable de algunas princesas huérfanas.

Pero no ocurre nada: está también dormida, como la Bella Durmiente. Sabemos que algo va a ocurrir, que una vida entre fogones no nos garantiza la emoción que todo cuento de hadas incluye. Llega una noticia que revoluciona la casa y lanza a las hermanastras de cabeza al armario y a la modista: el príncipe da un baile para las mozas casaderas de la zona, y se rumorea que de ahí saldrá la futura princesa. Alboroto, revolución en la casa; la oportunidad de pasar de ser una niña sujeta a sujetar a otros. La madrastra alienta a sus hijas a que se hagan la manicura y muestren su belleza. No tendrán muchas más oportunidades.

La danza, el baile, es un modo de exhibición. Los chicos, y sobre todo las chicas, se valen de ella para coquetear, para ofrecerse y negarse a continuación. Recuerdo cómo, durante mi adolescencia, las chicas formábamos un círculo para bailar, más o menos como las yeguas para defenderse de los lobos, y los chicos se quedaban alrededor de la pista de baile, tomando una copa y eligiendo entre el muestrario femenino. A casi todos les daba vergüenza bailar, o no lo consideraban propio de hombres. Se arriesgaban, una vez que habían escogido acompañante, a invitarlas a bailar un lento, en el que los más correctos envolvían en un abrazo engañoso a la chica, y los aprovechados palpaban sin demasiado recato. Si comprobaban que había plan, el siguiente paso solía ser tomar una copa. De ahí, el cariz que la conversación tomaba era abiertamente sexual. No había mucho de baile romántico, ni demasiadas posibilidades de convertirse en la reina de la pista porque nos tocara en suerte un bailarín fantástico.

La sociedad no permitía que esas insinuaciones se llevaran a cabo abiertamente. Por lo general, en las discotecas actuales, hombres y mujeres bailan sueltos, siguiendo la música y el ritmo como buenamente pueden, sin pasos de baile prefijados. A menudo se ven espectáculos

de osos pisando uvas, pero al menos se ahorra el bochornoso trago de no ser elegida, morirse de ganas de bailar y tener que sentarse mirando fijamente el suelo.

El baile incita a exhibirse y esconderse. Allí los sueños son más susceptibles de convertirse en realidad. Hombres y mujeres se engalanan. Las chicas juegan a *ser femeninas.* La fragilidad y belleza de sus trajes no hacen sino potenciar las cualidades de la propietaria, y a la vez delatan su gusto y su posición social. No hay nada más terrible que tener una fiesta, abrir un armario repleto y no encontrar nada que ponerse. Presentarse vestida de manera inadecuada es un pecado difícilmente perdonable.

Las adolescentes escogen ropas en grupo, prendas que las hacen indistinguibles: es una actividad ritual, como el entrenamiento de los muchachos. Definen su carácter y crean vínculos con el grupo, al mismo tiempo. Cuando se visten, especialmente si son muy jóvenes, no se exhiben ellas, muestran el traje. Adoptan la personalidad que el atavío les presta, sea la falsa niña con trencitas y uniforme de cuadros escoceses, o la *femme fatale* de vestido de leopardo. Poseer una prenda supone adelantarse a las demás. El concepto de agradar a los hombres (que casi nunca aprecian la moda de esa forma) vendrá más adelante.

Cenicienta no parece obsesionada con su atuendo. De hecho, tal vez ni siquiera le gustara el príncipe. Son sus hermanastras y su madrastra las obsesionadas con él. Ella quiere asistir por curiosidad, porque tiene derecho a codearse con sus iguales. Es la heredera de su casa, y se siente víctima de una terrible injusticia. Quizás quería conocer únicamente el lujo de palacio, la belleza de las damas. «Dadme uno de vuestros vestidos viejos y estaré quietecita en un rincón, sólo mirando», dice. Pero la presentación en sociedad la convierte en una muchacha casadera y, lo que es más, en la elegida del príncipe.

Reconozcamos que Cenicienta tiene una suerte como para morirse de envidia; porque el hada, aparte de su labor como avezada estilista, no es que se hernie a trabajar por ella. Cualquier modisto de alta costura le prestaría sus

creaciones para que las luciera en el baile y fuera la envidia de la noche. No, la auténtica suerte va con ella. El hada madrina no la ha convertido en una niña hermosa, no ha hechizado los ojos del príncipe ni le ha enseñado a bailar. O bien Cenicienta poseía genios y talentos ocultos, o lo que hizo aquella noche fue entrar con el pie derecho.

Como maestra del *ten con ten*, cuando tiene al príncipe entregadísimo, desaparece. Ésa era la consigna de las muchachas intrépidas que no se resignaban a esperar: se asoman, muestran, incitan e inmediatamente huyen. Toda huida es una provocación para la persecución. Para colmo, le deja una prenda para que demuestre si su interés va en serio. Nada de una dirección: si el príncipe quiere conquistarla de verdad, que se rompa la cabeza. La ha aceptado vestida de tules y cristal, que la acepte ahora cubierta de harapos y ceniza.

Las hermanastras, las pobres, tienen poco que hacer. En la versión tradicional, una se corta un dedo y la otra el talón, con el afán de meterse el zapatito, y van dejando un delator rastro de sangre, lo que ha hecho correr ríos de tinta sobre la presunta pérdida de la virginidad de Cenicienta en el baile. Eso nos daría un príncipe un poco menos puro, pero más puesto en materia, después de haberse despachado a las dos hermanastras... Sea como sea, la verdad triunfa: Cenicienta es la única y verdadera elegida del príncipe, que no debía tener muy buena memoria para los rostros, pero que no olvidaba un pie. Me temo que nos está quedando un príncipe fetichista.

Las Cenicientas modernas continúan acudiendo a los bailes, a las universidades y a los lugares públicos con una actitud muy similar: muestran el zapato y echan a correr. La bola de nieve se ha puesto en marcha, y con una respuesta adecuada se convertirá en una avalancha. Su conducta es irreprochable: es él, al fin y al cabo, quien ha venido a buscarlas. Ellas asistieron al baile porque estaban invitadas, porque pasaban por allí... Luego, cuando el baile ha terminado y la carroza se convierte en calabaza, queda esperar, queda tirar del anzuelo firmemente clavado. Las

Cenicientas son hábiles cazadoras, y parte de esa habilidad radica en parecer, en todo momento, que son la presa.

Las hadas: *Miss* Princesa

Las hermanas en los cuentos sólo pueden llevarse mal; si no rivalizan entre ellas por belleza y amor de padres o amantes, resultan indistinguibles. Son dos, tres, siete, o incluso doce, y de ellas la menor o la mayor parece la más linda, con lo que acaba por atraer la atención del muchacho. En *Las hadas* tenemos el caso más sencillo: una hermana bella, bondadosa y atenta, y una horrenda que acumula todos los defectos. No hace falta decir quién se casa con el príncipe. La hermana hermosa es, por lo tanto, una heroína moral.

Cierto que la moral de los cuentos es un tanto retorcida. No muestran piedad hacia los duros de corazón o los malvados. Su destino es recibir el mal que han infligido a otros, y nada, ni escupir víboras y sapos a cada palabra, parece suficiente castigo. En algunas versiones Cenicienta casa a sus hermanas con sendos nobles, pero en otras los pajaritos que le han ayudado con el ajuar las dejan tuertas a picotazos. En las interpretaciones más moderadas de Blancanieves, la madrastra es perdonada, pero en otras la preferida del espejo, espejito mágico, no mueve un dedo cuando los enanos le colocan a la reina unas chinelas llenas de brasas que hacen que muera quemada.

Las historias de hadas, como estamos viendo, casi nunca son amables, y jamás sentimentales. La recompensa la obtiene la belleza, no la virginidad, la riqueza, no los estudios, el éxito social y no los medios mediante los cuales se obtiene. Las virtudes que reciben un premio son la presencia de ánimo, la amabilidad, mostrarse receptivo hacia los consejos y, sobre todo, el valor. Y los premios no son otros que la opulencia, una vida confortable y la pareja ideal.

Es más, a no ser que se nos diga lo contrario, las personas bellas son siempre bondadosas. Esa idea ha

llegado hasta nuestros días, aunque lastrada por otra; las personas guapas son, inevitablemente, estúpidas. El arquetipo de la rubia deseable y tonta se refuerza día a día en el cine, en la publicidad y en los distintos medios de comunicación.

Sólo una medida del cuerpo de la mujer no ha variado desde el Neolítico hasta nuestros días: la relación entre cadera y cintura, que coincide con el índice óptimo para la fecundidad femenina. Tradicionalmente los hombres se sienten atraídos por mujeres de menor estatura que ellos, jóvenes, esbeltas pero con curvas, con rostros aniñados, cabellos claros (que remiten de nuevo a la infancia), pies y manos pequeños. Todos esos rasgos (salvo el de la edad) indican una ausencia de testosterona, una predisposición hacia la fertilidad llamativa tras la demonización de la fecundidad.

La fascinación por esa belleza ha enriquecido en el siglo XX a empresas cosméticas, laboratorios, cirujanos, peluqueros y expertos estéticos, amén de a la industria de dietética y los gimnasios. La juventud y la belleza no siempre son sinónimos de felicidad amorosa, pero lo contrario augura malas perspectivas para lograr pareja. Curiosamente, de una muchacha que conoce las artes del embellecimiento se dice que «se sabe sacar partido», y de una que logró un matrimonio ventajoso que «consiguió un buen partido».

Al fin y al cabo, en el juicio de Paris el corrupto juez se negó a dar el título de belleza a Hera o a Atenea frente a Afrodita, la diosa del amor. Amor y belleza. E inmediatamente, una guerra por el amor de la mujer más hermosa del mundo.

El amor, según Platón, es el deseo de engendrar en la belleza. Digamos que los tiempos han cambiado y que en la actualidad el amor no se considera precisamente el deseo de *engendrar* en la belleza, pero sí los meritorios esfuerzos que podrían llevar a ello. Dejémoslo en que es el deseo de tener una posibilidad de engendrar en la belleza.

Si Cenicienta jugaba al juego de «ser femenina», la

muchachita de *Las hadas* juega a ser «la más femenina». Es, sin embargo, una virtud real, incluso económica (imaginemos la súbita prosperidad del tesoro real como la nueva princesa fuera mínimamente comunicativa), la que la convierte en la elegida, no la simple cualidad de «estar», como Rapunzel, o la de ser la más frágil, como la princesa del guisante. Esta chica posee recursos propios, e incluso, aunque el don de los diamantes y las perlas se agotara, su amabilidad y sus dotes naturales le permitirían salir adelante. Rapunzel, sin pelo, termina en el desierto, y la del guisante, tras un caso de psoriasis, perdería su único privilegio.

Pero la tradición dice que los barqueros van por ahí cantando que las niñas bonitas no pagan dinero. Se espera, o se desea, que paguen en especie. La respuesta de la chica, de todos modos, deja claro que ella ni es bonita ni lo quiere ser. Ella paga, como todas. A ver qué se cree el barquero de las narices. Hasta ahí podíamos llegar. Ella, desde Santurce a Bilbao luciendo la pantorrilla, eso sí, pero *mu honrá.*

Resulta curiosa esa distinción entre ser o no ser bonita. En el instituto odiábamos a las chicas guapas, o mejor dicho, a las guapas oficiales. Había dos por clase, ni una más, ni una menos. Si algún año se juntaban tres, los chicos se frotaban las manos. Todas ellas eran amigas, o fingían serlo. Algunas no eran guapas, pero habían llegado a estar en ese grupo, entre ese nombre. Ser de las guapas significaba que encontrarías pareja, que serías tomada en cuenta, aunque no lo revelaran, que entre ellos («éstos») hablarían de ti.

Poco tiempo más tarde aquello perdió importancia. Como todo cansa y los príncipes son caprichosos, también aquellas guapas fueron olvidadas. Las vimos tal y como eran, chicas al igual que nosotras, que trataban de aprovechar sus ventajas, que se enfrentaban al mundo como podían, y que habían vivido el breve sueño de creerse bellas.

Las razones para considerar bella a una mujer no siempre obedecen a la lógica de unos rasgos correctos. Es

linda una mujer llamativa, de curvas y pelo largo. Lo es la que viste bien. Lo es quien pretende serlo. Marguerite Duras, en *El amante*, explica bien ese proceso:

> Podría engañarme, creer que soy hermosa como las mujeres hermosas, como las mujeres miradas, porque realmente me miran mucho. Pero sé que no es cuestión de belleza sino de otra cosa, por ejemplo, sí, de otra cosa, por ejemplo, de carácter.
>
> Parezco lo que quiero parecer, incluso hermosa, si eso es lo que quieren que sea, hermosa, o bonita, bonita por ejemplo para la familia, solamente para la familia no, puedo convertirme en lo que quieren que sea. Y creerlo. Creer, además, que soy encantadora. En cuanto lo creo, se hace realidad para quienes me ven y desean que sea de una manera acorde a sus gustos, también lo sé. Así, puedo ser encantadora a conciencia, incluso si estoy atormentada por la estocada a muerte de mi hermano. Para la muerte, sólo una cómplice: mi madre. Empleo la palabra encantadora como la empleaban a mi alrededor, alrededor de los niños.
>
> Ya estoy advertida. Sé algo. Sé que no son los vestidos lo que hacen a las mujeres más o menos hermosas, ni los tratamientos de belleza, ni el precio de los potingues, ni la rareza, el precio de los atavíos. Sé que el problema está en otra parte. No sé dónde. Sólo sé que no está donde las mujeres creen.

La frase típica del marido: «Cariño, ponte guapa que te llevo a cenar», revela esa voluntad de la belleza. No es que la esposa no sea bella en su traje de diario (no vamos a caer en el tópico de la bata y los rulos), sino que es necesario un «revestimiento» para que esa belleza se ponga de manifiesto. Un revoque, como si dijéramos.

Para ser reina por un día, sólo hace falta una corona. El patito feo puede convertirse en cisne, o al menos, eso dicen. Mientras tanto, el reino continúa perteneciendo a las más hermosas.

Piel de Asno: no nos moverán

Hay pocos casos en los que un hada sea tan inepta como en el cuento de *Piel de Asno*, y eso que las hadas, por

lo general, no le arreglan la papeleta a nadie. La magia de los cuentos consiste en que las personas y los animales recobran su auténtico ser o apariencia. Cuando no es así, tiene fecha de caducidad. Incluso los hechizos arrojados sobre un príncipe malvado, como en *La Bella y la Bestia*, pueden eliminarse si se dan las circunstancias adecuadas. Las calabazas son vegetales, y lo seguirán siendo, pese a su fase de carroza. Los cuentos de hadas no suelen cumplir del todo los deseos de sus protagonistas: es más, les dan a éstos bastante mala vida, aunque sean recompensados al final. Además, antes de que un deseo se conceda, se deben cumplir determinadas exigencias: hay que dormir con una rana, hay que entregar a un recién nacido...

Cuando ante las lágrimas de los padres de la Bella Durmiente el hada más joven les dice que lo único que puede hacer es dormirla durante cien años, es de sospechar que los reyes, en lugar de llorar resignados y prohibir todas las ruecas del reino, exclamaron algo como: «Pues sí que salimos ganando. Menuda hada de las narices».

El mensaje de los cuentos de hadas es que la transformación, la ruptura de un hechizo no puede ser llevada a cabo por arte de magia, sino por el coraje de personas que siempre han sido nobles y a las que el encantamiento no ha afectado en el alma, sino en el aspecto interior.

En realidad, Piel de Asno no parece tener mucha suerte con las mujeres: su madre muere, dejándola sujeta, aunque con la mejor intención, a un requisito absurdo para poder casarse. Y el Hada de las Lilas no parece capaz de ayudarle. Pero con los hombres es aún peor: su padre parece medio bobo, y se empeña en casarla con un criado jorobado y maligno, y el criado miente para lograr su mano. Incluso el príncipe enamorado no resulta muy brillante, y da todo tipo de tumbos antes de conseguir descubrir la identidad de su amada.

Piel de Asno es una chica tozuda, mucho más que Cenicienta. Sabe lo que quiere, o al menos, sabe lo que no quiere, y si para escapar de ello hay que rebajarse a cuidar

pavos, se cuidan los pavos y a correr. Su seguridad en sí misma se nos figura aplastante, y una vida ruda no le priva del gusto por el refinamiento. Ya no trabaja duramente en casa, como Cenicienta, no es ama de casa: abandona su país para trabajar en un puesto de hombre.

A Piel de Asno nadie le dice lo que tiene que hacer. Como buena hija, rehúye el enfrentamiento directo con su padre, y por ahorrarle un disgusto se marcha. Vive sola, imagino que aburrida entre tanto pavo, y sin pensar en más que en cómo salir de aquélla.

De hecho, no se muestra, no se ofrece en espectáculo a los demás. Si el príncipe la descubre, se debe a que es un príncipe cotilla que se dedica a mirar por los agujeros de las cerraduras. Ella no está buscando novio, ni se ha planteado salir de allí mediante un matrimonio. Al menos, no hasta que escucha las palabras mágicas: el príncipe ha enfermado de amor, tal y como dictaba la profecía de su madre. A ver si va a ser el príncipe el hombre de su vida.

Aun así, no se presenta para ser reconocida frente a todos: usa un método mucho más sutil. Piel de Asno es fuerte y obstinada, pero no «poco femenina» en el sentido convencional. Su gusto para la ropa es exquisito, se muestra coqueta y no se desprende de sus anillos, y sus dedos continúan siendo delicados.

Imagino la expresión que tendría mientras esperaba a que el príncipe le probara el anillo. Una mezcla de «ya era hora» y de «¿he dado de comer a los pavos?». Espero que también, entre tanta preocupación, tanto pastoreo, hacer pasteles y probarse anillos, hubiera tenido tiempo de fijarse en lo apuesto que era el príncipe, y lo muy enamorado que estaba de ella. Sin duda se había fijado. Al fin y al cabo, estamos en un cuento de hadas, y necesitamos que termine bien.

No hay tanta diferencia entre Cenicienta y su prima Piel de Asno, salvo la actitud frente al sufrimiento. Piel de Asno nos resulta mucho más moderna, mucho más decidida. Las dos se criaron sin madre, las dos no se entienden con un padre que sin duda busca lo mejor para

ellas, pero que no está a la altura de los acontecimientos, las dos saben lo que es trabajar duro y obtener después una recompensa. Pero la de Piel de Asno se me antoja más merecida que la de Cenicienta.

Piel de Asno se arriesga. Cenicienta sólo corría el riesgo de ser reconocida en la fiesta, y el hada se encarga de que no sea así. La amiga feérica de Cenicienta parece prácticamente perfecta, como Mary Poppins. La de Piel de Asno nos recuerda más bien a la Bruja Novata, pero Piel de Asno no pierde la calma, ni con ella ni con el hada. La complicidad entre las dos va más allá de un triunfo o un fracaso. La amistad femenina, tan rara en los cuentos de hadas, se salva aquí. Cuando pueda, el Hada de las Lilas le echará de nuevo una mano. Piel de Asno no debe nada a la magia, sino a su propia voluntad.

Y, por esta vez, le sale bien.

Robin Hood: el chico malo

Las princesas tienden a salir bastante poco de sus castillos, por lo general. Es una lástima, porque viajando se ve mundo, se atisban situaciones inesperadas y, sobre todo, se conoce gente. En un paseo rutinario por Sherwood, sin ir más lejos, una doncella de vida aburrida como Marian puede encontrarse ni más ni menos que con un bandido como Robin Hood, el terror del condado. Esas cosas no ocurren mientras una borda en el castillo. A Rapunzel puede rescatarla un buen chico, pero a los chicos malos hay que buscarlos.

Una de las cuestiones más interesantes acerca de Robin Hood es su posible existencia como persona real en un tiempo determinado. Sin embargo, existen pocos datos que lo prueben. Robin, o Robert, era uno de los nombres medievales más comunes, y el Hood abundaba como apellido, especialmente en la zona de York, donde se originaron la mayor parte de las leyendas sobre Robin Hood. En consecuencia, se han encontrado datos sobre varios Robin Hoods históricos: Un Robyn Hood en 1320, un

Robert Hood hacendado en Wakefield, York, un Robert Hod, fugitivo, llamado también Hobbehod, al que costó Dios y ayuda matar, Robert Fitz Odo, de Loxley, Warwickshire, el conde David de Huntingdon, Robert Hood, criado del abad de Cirencester, Robert de Kyme…

Posiblemente, «Robin Hood» era un alias para los criminales. Cuando un bandido cometía alguna fechoría y marchaba al bosque, y vivía cazando venados reales, recibía inmediatamente el nombre de Robin. Pero no solamente eso: Robin Goodfellow, Puck, o Robin, simplemente, era un personaje mitológico que formó parte importante de los Juegos de Mayo. Robin era tenido por un rey mítico del verano, que guiaba una procesión por el bosque. Un Hombre Verde, un dios báquico de la fertilidad y el deseo. En la Edad Media Robin era un nombre común para el demonio, y varios historiadores míticos lo han asociado con el elfo teutónico Hodekin, Wodan (el Odín germánico).

Los dos Robins tienen ciertos puntos en común: los dos gustan de los trucos, y los dos extravían a los viajeros. Puck puede convertirse en animales, como el caballo, y Robin Hood luce diversos disfraces, incluido el traje de Guy de Gisborne hecho con piel de caballo. Robin viste habitualmente de verde, el color celta de la muerte, que en algunas historias se asocia con el demonio; y el color más habitual de las hadas. De hecho, las mallas verde *lincoln* de Robin no se alejan mucho del típico disfraz de Peter Pan.

No existe tanta diferencia entre un proscrito que con voz acariciadora sugiera una vida de libertad en el bosque y un dios de los bosques que siente debilidad por el desenfreno. Los dos resultan tremendamente inquietantes para una buena chica, que siente el inmediato impulso de obedecerle, como hacen sus otros amigos: Little John, Fray Tuck, Will Scarlet, Gamelyn, el joven Much, Richard at the Lee…

El primer pensamiento es que una, entre tanto mozo y en el bosque, será tratada como una reina, rescatada de todos los peligros, y en especial del cruel *sheriff* de Nottingham o del rijoso Guy de Gisborne. La sensatez y la

atenta observación de la realidad nos hacen pensar que, en realidad, quienes iban a vivir como reyes a partir de entonces eran los bandidos. Al fin lograban criada, cocinera, enfermera y amante. En una de las películas más bellas sobre el mito, Marian es la abadesa de Kirklees que, hasta el gorro de tanta trastada y tanto sinvivir de Robin, lo envenena, y a continuación se suicida. Antes de fallecer, le dice:

> Te amo. Te amo más que a todo. Más que a los niños. Más que… a los campos que sembré con mis manos. Más que a la plegaria de la mañana, o que a la paz. Más que a nuestros alimentos. Te amo más que al amor, o a la alegría… o a la vida entera. Te amo más que a Dios.

El chico de barrio, con su pandilla de amigos y su fama de mal bicho, ha sido siempre un imán irresistible para determinadas mujeres. O su versión más suavizada, la del jardinero, el inferior en rango pero cuyo trabajo manual le presta un aura de virilidad que otros hombres, más pulcros y menos dados a fijarse en chicas aburridas, han perdido. El famoso chico de las once y media, que popularizó una marca de bebidas, no sólo presenta el atractivo físico de un rudo muchacho capaz de satisfacer los apetitos de una mujer: su desventaja económica y social lo convierte en un objeto sexual, en un superior-inferior tremendamente fascinante.

El chico malo, a diferencia de la chica mala, no es únicamente un muchacho sexualmente activo; es también alguien al margen de la ley, o al menos de la sociedad, por alguna razón. Despierta la admiración de quien se sacude yugos impuestos, el instinto maternal y de protección, por su peligrosa vida, y coquetea con el término «valentía». Durante siglos las madres enviaban a sus hijas a las tiendas de los guerreros más conocidos, para que la raza cobrara fuerza de esos hombres. Al igual que los soldados o los toreros, aunque en un plano muy distinto, esos chicos malos se la juegan, se arriesgan. Prometen aventura, aseguran emoción y una relación viva, animada, complicada, en las

antípodas de lo tradicional.

Algo más que suficiente para la princesita que sólo pretendía darse un paseo por el bosque.

La princesa y la rana: la chica mala

Las chicas malas también resultan atractivas, cómo no, pero los matices, ay, los matices… Las chicas buenas van al cielo. Las malas, a todas partes, pero en todas partes hablan de ellas.

Hablemos, por tanto, de esta princesa, que parece tenerlo todo; es caprichosa, testaruda, mentirosa, manipuladora, llorica, escrupulosa y cambiante. Es, digámoslo de una vez, una chica normal, un poco mimada, que trata de salirse con la suya sin arriesgar demasiado. Esa chica está esperando un príncipe azul en condiciones: alto, guapo, con caballo, palacio propio, trabajo y residencia de verano en la sierra. Aún no ha aparecido, pero no pasa nada: ya vendrá. Los chollos no caen del cielo todos los días.

De hecho, su chollo surgirá de un pozo, y no tiene nada que ver con lo esperado: una rana. Viscosa, fría, verde, con ojos saltones. Una rana que, por un favorcito insignificante —rescatar una pelota de oro de nada—, quiere meterse en su cama. En la de ella. La de la princesa. Vamos. Sólo faltaba. La princesa opta por la técnica del «sí, sí, sí, lo que tú digas», con escaso éxito. Lo nunca visto ocurre.

¡La rana le cae bien a su padre! Su padre, el mismo que encontraba fallos en todos los príncipes que ella le presentaba, incluso aquel licenciado en informática, que a ella la volvía loca y que al final le puso los cuernos con su mejor amiga (está bien, hay que reconocer que el rey tenía razón en este caso), sonríe, se marcha de copas con la rana y le dice a su hija que una palabra es una palabra.

¿Cómo quitarse a la rana de en medio? Al parecer, cumpliéndole el capricho. Sin demasiado entusiasmo, la princesa se lo lleva a la cama. Corramos un tupido y recatado velo. A la mañana siguiente, el milagro se ha

realizado.

Después de la noche juntos, la princesa comienza a descubrir que el tono verdoso de su piel se asemeja más bien a un moreno aceitunado. Los ojos no son tan saltones... más bien grandes... y azules, sea dicho de paso. No es frío, sino más bien un poco tímido. Y respecto a lo de viscoso... bien, no opinaremos, pero... ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo pudo creer alguna vez que este príncipe de tomo y lomo era una rana? Ay, qué razón tenía papá.

Este cuento termina en boda, pero a veces el príncipe se transforma de nuevo en rana (ya hemos dicho que la magia caduca a corto plazo) y a la princesa, caprichosa o simplemente curiosa, se le antoja probar de nuevo. La vida está llena de ranas, y de princesas que desean besarlas, por si suena la flauta y se transforman en príncipes. Aunque, piensan algunas, pudiendo tener una buena colección de ranas, ¿quién necesita un príncipe?

Se precisa si se tiene un acusado sentido social y poco aguante, y no se desea la etiqueta de chica mala. O por cansancio, porque a veces da pereza explorar un cuerpo y otro, sin acabar de sentirse en casa en ninguno. Porque la edad acecha, y no siempre es fácil encontrar nuevos amantes.

Al menos, ahora las chicas malas pueden serlo sin que eso suponga una vergüenza para ellas o para la familia. Defienden que su vida privada les pertenece, ni más ni menos que su cuerpo, y que pueden otorgarlo o negarlo a quien les parezca. y aparentemente, eso es así. Aparentemente.

Las palabras que designan el aparato genital femenino ya no son tabú, como lo eran en otra época en la que se tapaban las mesas y las sillas con tapetes para que no mostraran las piernas. Son abiertamente despectivas, o técnicas. No engrandecen, como a los hombres, a su propietaria. No se compara, no es visible, sino velado. Nunca ha sido lo mismo algo *cojonudo* que *un coñazo.* La sexualidad de las adolescentes y su previo paso hacia la pubertad resultan mucho más delicados y vergonzosos que

en los varones. Posiblemente la vergüenza disminuiría si las mujeres escucharan alabanzas destinadas a su sexualidad, como las que se prodigan a los hombres, pero de momento eso no es así.

Por otro lado, la sexualidad de la mujer continúa siendo algo oscuro, y sobre ella pesan muy distintas creencias que han surgido y han desaparecido en la cultura occidental: las mujeres no pueden concebir sin orgasmo, tienen orgasmos pero no los sienten, las mujeres que expresan deseo sexual son unas zorras. Las mujeres gozan más que los hombres, pero son más complicadas. A las mujeres hay que ponerlas a tono durante horas antes de que logren el orgasmo.

Se repite una y otra vez que los hombres pertenecen a un género más sexual que las mujeres. Según eso, el hombre tiene impulsos incontrolables, necesidades, de las que la mujer carece. Un varón no puede vivir sin sexo; resultaría antinatural. Una mujer, sí. Sin embargo, anatómicamente, las mujeres pueden sentir más orgasmos que los hombres.

Aparte de las teorías sobre el orgasmo vaginal y el clitoriano, otro mito viene a cortar las aspiraciones de placer femeninas: al llegar a cierta edad, y tras la menopausia, una mujer ya no es sexualmente válida. Al haber pasado su época fértil, pierde atractivo, y también los deseos sexuales. Resulta exactamente a la inversa. La edad mejora la recepción sexual de la mujer: tras un parto, más sangre afluye a la vagina, con lo que el placer se consigue más fácil e intensamente. La mujer conoce mejor su cuerpo y sus recursos, y por lo tanto, su conciencia corporal aumenta.

Todo eso se adereza con la convicción general de que la mujer vive un momento excepcionalmente respetuoso con su sexualidad; en parte, es así, pero hay que relativizar esos datos. De continuo se dan abusos, malos tratos, utilización de su imagen como reclamo comercial… Una muchacha desnuda vende geles, otra coches, otra rubia, cerveza, otra se muere por determinada colonia masculina.

La atención del hombre queda en teoría fijada de ese modo. El mercado económico se vuelca, por tanto, con los varones.

Hace falta ser muy buena para ser una princesa. O muy mala. Lo único que de verdad importa es descubrir que las calificaciones morales no sirven de nada en los cuentos, ni en la vida.

La Bella y la Bestia: el hombre y el oso

Te amo. Te amo hasta la locura. Ahora, cambia.

Ésa parece ser la teoría principal que sustenta *La Bella y la Bestia.* A las fierecillas hay que domarlas con palo, pan y agua. Para los hombres fieros, en cambio, es necesario tiempo, paciencia, cariño y toneladas de comprensión para que su cáscara irascible revele el corazoncito que llevan dentro.

Al menos, así se entra. Las mujeres que tienen a sus hombres en un puño, que deciden por ellos y que han convertido al marido en una copia más o menos afortunada de lo que deseaban en un principio son una figura bien conocida: mujeronas enormes, como las de Forges, junto a hombrecitos escuchimizados que sólo pueden emplear el bar, la ironía y el mus contra ellas.

Hay una frase básica en la relación amorosa: «Te amo tal y como eres», que con demasiada facilidad pasa a ser «Tal y como eres no puedo amarte». Bella transforma a la Bestia a fuerza de amor. Si no lo hubiera logrado, tal vez nos encontráramos con un Barba Azul con hipertricosis. La Bestia responde a ese amor con otra frase clave: «Cambiaré porque te amo».

El amor revela el ansia de fusión, de que los dos cuerpos y las dos almas se fusionen y conviertan en uno. Parte del dolor de esa relación se origina en la imposibilidad de esa unión. Pero la civilización occidental siente demasiado pánico ante la idea de perder la identidad. Nuestro Paraíso nos contempla en carne y espíritu, cerca de Dios, pero no fundidos con él. El Cielo es una vida terrestre,

pero eterna y sin dolor ni enfermedades. En el Cielo ideal de la mayoría no tocaríamos la cítara luciendo alas, sino que trabajaríamos en la misma empresa, pero seríamos el jefe, o nos beneficiaríamos a la secretaria. Las labores del hogar se harían solas, y luego daríamos largos paseos por los Campos Elíseos. La vida espiritual se ha contagiado de ese pragmatismo cotidiano.

Como no deseamos cambiar ni perder la identidad, como se ha reforzado constantemente la idea de que lo más rico en cada uno es su diferencia, el mayor terror puede sobrevenir ante el descubrimiento que otra persona o una relación nos está cambiando. ¿Quiénes somos? ¿En quién vamos a convertirnos?

Existe, por lo tanto, dos tipos de cambios: uno, la manipulación consciente de un individuo sobre otro, en que se le imponen aspectos como la ropa, las comidas o los hábitos, el modo de hablar, el comportamiento. Se les convierte en actores o en seres civilizados, según el punto de vista. Otro, la transformación profunda que se produce frente al amor y el ser amado que cambia, que descoloca la vida conocida hasta entonces. No es el otro quien nos cambia: se es consciente de atravesar una etapa conmovedora y llena de matices, que no nos dejará indiferentes.

La Bella y la Bestia es un cuento adulto, moderno, que introduce elementos tradicionales como la elección de Jefté (el padre, por una promesa atolondrada, entrega a su hija en sacrificio) y el amado monstruoso (como el mito de Eros y Psique), y los combina con la ternura y la constancia. Bella es una heroína valerosa que escoge el sacrificio de su vida como un mal menor. Protege a su padre y a su familia, y más adelante cuidará de la Bestia sin dejar, en ningún momento, de ser ella misma, y sin someterse.

Como la rana, pero sin un contacto tan estrecho con la princesa, la Bestia no es lo que aparenta. Si se vencen los reparos ante su aspecto feroz, si se le brinda el amor incondicional que su actitud cortés merece, el hechizo, una vez más, se rompe. El aspecto físico de un hombre nunca ha

contado demasiado, y si no, atengámonos a la peculiar concepción de hermosura respecto al hombre y el oso. Una versión muy reciente de este cuento clamaba que la belleza se encontraba en el interior. La belleza del hombre, se entiende. La de Bella, su propio nombre lo indica, resulta más que evidente.

Una chica normal no asciende a princesa todos los días, ni siquiera en los cuentos de hadas, y no lo hace con tan poco esfuerzo. A esta heroína no se le exige que trabaje duramente, como a Cenicienta, ni que sufra a manos llenas, como a Griselda. Su dignidad, su paciencia y su amable guía hacia la verdad y el amor reciben su recompensa. Al fin y al cabo, el amor, que crea vidas, es también capaz de transformarlas.

Los tímidos

Después de una exhaustiva encuesta femenina, he llegado a la conclusión de que hay dos situaciones insoportables para una enamorada: una, estar esperando junto al teléfono a que el objeto de tanta devoción llame. La música permanece apagada y todas las puertas que conducen al aparato abiertas desde dos horas antes, y si algo similar a un timbre suena en la calle, se produce una carrera hacia el teléfono. Cada uno de los desplazamientos mínimos son seguidos de la pregunta: «¿Ha llamado alguien?».

Si hay que bajar la basura, se pone el contestador, y las horas no hacen sino agravar el SAT (Síndrome de la Abandonada por Teléfono).

El segundo caso es el de un enamorado tímido, ese muchacho adorable que enrojece hasta las orejas con un simple saludo, de quien se sabe que guarda como reliquias las notas que la chica envía en la oficina, pero que moriría soportando torturas zulúes antes que confesarlo. Ése al que parece que habría que poner la zancadilla, para ver si al fin se decidía a caer en los brazos de la chica, harta de demostrarle con sonrisas, gestos, indirectas y mensajes por terceros que se encuentra dispuesta y receptiva para una posible relación amorosa.

(Curiosamente, la misma encuesta pero entre el bando de los hombres dio resultados opuestos: no soportaban que la muchacha se pasara horas colgada del teléfono, o que llamara de continuo para decir alguna nimiedad, ni que fuera una lanzada que no le diera tiempo para respirar o reponerse.)

Contra la alergia telefónica y la ausencia de demostraciones de afecto, nada puede hacerse. Contra la

timidez, lo único recomendable es no visitar con demasiada frecuencia el País Vasco, so pena de caer presa de un terrible caso de CINAT (Chico Interesado que No se Acerca ni a Tiros).

Euskadi ostenta el dudoso honor de ser uno de los escasos lugares de la civilización occidental en los que los chicos se mantienen separados de las chicas en bares, o incluso en los lugares públicos. Existen pandillas, o peñas, de chicas, y pandillas de chicos. Si a una chica de un grupo le gusta el mozo correspondiente, más le vale que alguna de sus amigas se haya fijado en un chico de la misma peña. El ataque en grupo es siempre más efectivo que los ataques kamikazes en solitario.

Los piropos no existen. Eso da una gran libertad psicológica a las mujeres, que pueden vestir de la manera que les apetezca y reciben a cambio una temerosa mirada de reojo. No es que se potencie de modo exagerado la coquetería femenina, pero la mujer vasca ha buscado otros métodos de sentirse valorada: muchas de ellas son empresarias, mujeres de negocios, autónomas, fuertes, y con una actitud irónica frente a los chicarrones del norte.

Por otro lado, hay circunstancias que se favorecen de esa discreción masculina. He vivido con dos edificios en construcción junto a mi casa durante año y medio, y lo más que les hemos escuchado a los obreros ha sido advertir amablemente a una señora que salía del supermercado que iba perdiendo las lechugas por el camino.

Nada de piropos, por tanto, y nada de pecaminosas salidas en pandillas mixtas, por lo general. Es lógico que las personas que logran pareja se sientan más que orgullosas de ello. Como la psicología marca el lenguaje, al cabo de cierto tiempo de relación, el otro pierde su nombre y pasa a ser denominado «Éste» o «Ésta». Pierde el nombre. Ha logrado suficiente importancia como para conseguir que nadie les confunda. Están marcados, algo así como las vacas con el hierro. La conversación puede ser tan difícil de seguir como la siguiente:

—No sé si quedarme con este jersey o con este otro.

—Yo creo que éste te queda mejor.

—Ya, pero éste no le va a gustar a éste. No le hacen mucha gracia los nikis con tanto escote.

—Pues yo que tú me quedaba con éste y mandaba a éste a la porra.

—Ya, eso se dice pronto. *Hmmmm,* no sé qué hacer. Vamos a tener bronca. Pero tampoco te creas que estoy muy segura de si alguna vez voy a encontrar otro como éste.

—Mujer, de hombres está lleno el mundo. —No. Hablaba del jersey.

Pese a las dificultades que supone salvar los escollos de ese mar de lejanía interpersonal, el caso es que los vascos continúan formando parejas, si bien de un modo un tanto extraño. Son noviazgos por horarios. La chica sale con su pandilla de amigas, como si no se le conociera ningún novio, y el chico obra de igual manera. Si por casualidad se cruzan en algún bar, ella finge conversar con sus amigas, impertérrita, y él fija la mirada obstinadamente en su vaso. Entre las doce y la una, los grupos se disgregan. Ellas han quedado con «éste», y ellos se van a buscar a «ésta».

Sin embargo, las cosas parecen haber mejorado. Mi hermana mayor recuerda cómo cuando necesitaba pedir algo, las láminas de dibujo técnico, por lo general, a algún chico en el instituto, había que inspirar, reunir valor y acercarse rauda y veloz. Ella, una Piel de Asno convencida y de notas brillantes, además hubiera muerto antes que rebajarse a pedirles algo a «éstos» (en plural no denota relación amorosa), pero acababa de elegir dibujo técnico aquel año, y se encontraba en inferioridad de condiciones respecto a la clase, que calculaba y dibujaba desde hacía tres, de modo que el profesor le indicaba a quién debía copiar los ejemplos.

En pleno proceso de acercamiento, uno de los mozos daba la voz de alarma: una mirada bastaba. En unos momentos, mi frágil y diminuta hermana se encontraba pidiendo los dibujos a un equipo de rugby abnegadamente apiñados en torno al interesado. El grupo se consultaba entre ellos durante un instante, entregaba los dibujos, gruñía cuando les daba las gracias y a continuación, y tras

mirar cautelosamente a derecha e izquierda, se disolvía hasta que otro del clan se encontraba en apuros.

Diez años más tarde, cuando yo pedía los ejercicios de matemáticas (nunca cometí el error del dibujo técnico, pero era imposible evitar las matemáticas hasta tercero de BUP), sólo uno o dos de los mejores amigos se acercaban para ver qué quería la Espido. Aún queda, por lo tanto, esperanza.

(Por supuesto, me permito criticar los hábitos amorosos de la zona porque soy nacida en Bilbao y he residido toda mi vida en Álava: si algún foráneo se atreviera a objetar algo contra los sanos, honestos y tradicionales usos de cortejo vascos, los defendería a ultranza y el agresor sabría por qué las mujeres tenemos fama de fuertes.)

El Gato con Botas: el amigo del alma

Pero si a algunas norteñas les ha cabido en suerte, o en desgracia, salir no sólo con el elegido de su corazón, sino con toda su pandilla, muchas otras deben su fortuna, o su desdicha, a un inseparable amigo íntimo.

La relación amistosa entre hombres goza de mejor fama, en general, que la de las mujeres. Al parecer, se encuentra libre de rencillas nimias, resulta más incondicional, y resiste mejor el paso del tiempo. Por el contrario, los amigos íntimos no se prestan la ropa, no cotillean, no pasan horas hablando por teléfono, y por lo general todo lleva a pensar que no hablan mucho entre ellos. O al menos, no de lo esencial.

Comunicar sentimientos es algo que muy recientemente dejó de verse como una debilidad, y llorar resultaba inconcebible desde cierta edad. La inquebrantable lealtad masculina, que debía respetarse so pena de no pertenecer al grupo, vedaba esas veleidades sentimentaloides.

Al amigo se confiaba raras veces un enamoramiento. Por lo general, era él mismo quien lo descubría. Si obtenía la aprobación, es decir, si esa mujer no resultaba peligrosa para la unidad del grupo, o si no se rivalizaba por su afecto,

se mostraba tarjeta blanca. Otra de las ventajas del grupo, aparte de tener con quién ver los partidos, es que el objetivo general pasaba a ser esa conquista. Recuerdo cómo a veces se acercaban chicos a los que no conocíamos de nada, que a su vez eran amigos de otros que no conocíamos tampoco, pero que pedían en nombre del amigo que bailáramos, que saliéramos o que le presentáramos a nuestra amiga. El último caso daba un poco de rabia. Los otros movían más a la sorpresa.

Se suponía que un muchacho tímido confiaba en otro chico que lo era menos, o a quien le éramos más indiferentes, las palabras que su voz no se veía capaz de formular. Temía resultar ridículo, o ineficaz, o quizás arriesgarse demasiado. Por lo general, aquello no sentaba demasiado bien. Ya que a nosotras nos correspondía esperar, lo menos que podía exigírsele al maromo era que se la jugara preguntando y llevándose un *sí* o un *no*. En algunos casos el espabilado amigo, más locuaz y atrevido, gozaba de mayor estima entre las chicas, y era así cómo el Gato con Botas le robaba la novia al marqués de Carabás.

De los amigos, en principio, es más difícil librarse que de un nublado. La misma afirmación vale para amigas, cuñadas y demás satélites femeninos. Invaden la casa sin previo aviso y piden cerveza mientras ocupan los sillones los miércoles por la noche. O bien pasan horas con la excusa de un café, contando penas y llevándose a la chica de compras para terminar de consolarse. Las lealtades para con el mismo sexo compiten a veces fuertemente con las debidas a la nueva unión.

Es necesario ceder, llegar a acuerdos. Los chicos pueden venir a cenar si antes avisan, y si no arrasan con la nevera. No hay problemas con tu hermana si de vez en cuando «me dedicas una tarde entera a mí». Las negociaciones pueden ser duras, y el éxito de la misión depende en gran medida de la madurez de las partes, pero el resultado merece la pena.

A menudo un amigo vive a la sombra del otro, del que recoge sus migajas. Estudian juntos, salen juntos, se casan a

parecida edad con novias similares, pero uno de ellos ostenta una dictadura sutil sobre el otro: ese ascendente, que en ocasiones se prolonga durante toda la vida, puede revelar unas inseguridades básicas: hace falta otro, un cómplice incondicional con el que compartir experiencias y en el que apoyarse.

La vida no es fácil, y no siempre resulta sencillo, ni justo, elegir entre dos afectos. Al fin y al cabo, el marqués de Carabás debe parte de lo que es a su animalito, y el gato obtuvo sus botas porque el pobre molinero se las compró cuando no le quedaba dinero. Las lealtades se fraguan en esas circunstancias, y si evolucionan, si no se estancan, son una prueba más de desarrollo y enriquecimiento.

Pulgarcita: la casamentera

Antes, las tías casamenteras eran casi imprescindibles: traían informes sobre los posibles candidatos, aportaban datos esenciales y salvaban las apariencias. La novia en ciernes y su familia se ahorraban parecer demasiado interesadas en el muchacho y el regateo de la dote, si lo hubiera.

La madre de Eugenia de Montijo tuvo fama en su época de dedicar sus fuerzas a casar bien a sus hijas, y a fe que lo logró. Una, Paca, llegó a duquesa de Alba, aunque murió joven, de tuberculosis, y la otra fue más que reina: emperatriz de los franceses. Esta formidable casamentera no se recataba de alabar a sus hijas en público y sin sonrojo, incluso aunque ellas estuvieran delante. y aunque es cierto que las dos chicas eran guapas y pizpiretas, la famosa técnica del *ten con ten* y ciertas dosis de atrevimiento hicieron que la abnegada mamá coronara con éxito su empresa.

En la actualidad, y por norma general, de las tías casamenteras se huye como de la mala fama, y según la edad de la sobrina casadera aumenta, como de la peste. Las funciones de seleccionadora y *sherpa* en el complicado mundo de la elección de chico recaen antes en las amigas

que en las parientes experimentadas..., pese a que ya hemos visto cuán fácilmente se equivocan las Hadas de las Lilas.

Por supuesto, las madres o tías ya no llevan en su cesto los listados de mozos casaderos. Habitualmente, los criterios están mucho mejor perfilados: el hijo de la mejor amiga, tan buen chico, abogado, y un poco timidillo. Tan sólo con un empujoncito... El vecino, recién divorciado, sin hijos, con tan mala suerte en el amor. O se inclina sutilmente la balanza a favor del chico que conviene, un poco más convencional y aprovechable que el otro.

La relación de las madres con las hijas en lo que se refiere a los hombres oscila de la complicidad a la abierta rivalidad; a ojos de la sociedad la madre ha perdido, por edad, su puesto en la carrera sexual y amorosa, y su obligación es pasar el testigo a la hija, joven, disponible e inexperta. Eso puede ser así si la madre acepta continuar el rol tradicional femenino de seducción, sumisión y pasividad. Si la madre valora sobre todas las cosas la seguridad que su hija puede lograr mediante un matrimonio, sin duda transmitirá todos los conocimientos que crea necesarios, y no escatimará esfuerzos para que cuaje esa relación.

Por otro lado, a una muchacha desconcertada porque no sabe cómo enfrentarse a las idas y venidas de un primer novio le serían preciosos los consejos de una mujer cercana, adulta, experimentada, que la ame incondicionalmente y que desee lo mejor para ella. Pero una gran parte de las madres modernas no se conforman con que sus niñas basen su vida en lo sentimental, en la caza de un hombre. ¿Dónde se encuentra el punto medio?

Una gran parte de las hijas rechazan con horror parecerse a sus madres. No perdonan su docilidad frente a los requerimientos de los hombres, su papel secundario en la familia, su debilidad, la evidencia, visible en las madres, de que con la edad perderán atractivo o influencia. Desprecian su defensa de los valores femeninos tradicionales, su victimismo, las continuas humillaciones sufridas: el silencioso trabajo doméstico nunca reconocido.

Pese a la cantinela continua que se ha transmitido durante años, durante siglos, acerca de las glorias de las madres y las amas de casa, el papel de éstas no parece demasiado envidiable en la sociedad actual.

Esa relación se ha suavizado en los últimos años. Se han reivindicado con fuerza los valores femeninos, la ternura, la comprensión. Por primera vez se escuchan voces que defienden que la inteligencia se transmite, genéticamente, por vía materna. Se cuestionan características masculinas, como la rigidez o la reserva emocional. Proliferan las mujeres que deciden llevar una familia en solitario, que afrontan los papeles de padre, madre, sostén económico y tantos otros sin que sea una vergüenza.

Además, una muchacha tímida no tiene tantos problemas a la hora de conseguir pareja, razonan, con cierta coherencia, los mayores, como un chico. Resultará encantadora si se sonroja, le dará aspecto de buena chica. Y de las mejores virtudes que puede tener una buena esposa tradicional es que no hable mucho. Sin duda, cuando se la conoce mejor no resulta tan tímida.

Hamlet: dudo, luego existo

Quizás hago mal en incluir entre «Los tímidos» a Hamlet. Por sus actos, por el tipo de amor que despierta, tal vez encajara igualmente en el capítulo «Los imposibles». No hay espacio aquí para analizar si Hamlet finge o no su locura: si presenta una dolencia mental, podría recalar entre los que no son como todos, por su inmadurez podría ser un segundo Peter Pan, y por el sufrimiento que causa podría hacer las delicias (es un decir) de la Sirenita. Por otro lado, la facilidad con la que maneja el acero le enclavarían entre «Los siniestros». La tragedia de Shakespeare presenta demasiadas aristas, demasiadas facetas como para banalizarle. Ha terminado aquí, sin embargo, entre los tímidos, entre los aterrorizados por las mujeres.

Hamlet es, en apariencia, un mirlo blanco. Treintañero, soltero, guapo, heredero de la corona de Dinamarca, hijo único, inteligente… Hoy en día, miles de jovencitas cubrirían con sus fotos las carpetas y las paredes de sus habitaciones. Su ligue oficial, Ofelia, podía darse por más que satisfecha.

Las cosas no son siempre como parecen; una crisis depresiva y una temporada vestido de luto revelan la cara oculta del bombón: violento, indeciso, hipócrita, egocéntrico, manipulador, machista, radical, inmaduro, con complejo de Edipo y un retorcido sentido de la justicia. Será capaz de saltar sobre su madre y su novia con tal de vengar a un padre adorado, de asesinar y comprometer a sus amigos por esa misma causa.

Sin duda amó a Ofelia. Es posible que incluso la ame hasta su muerte, aunque durante la representación de teatro su cariño parece haberse diluido, pero eso no justifica el trato que le reserva. El resentimiento de Hamlet es para con su madre, a la que acusa de indecencia e inmoralidad, pero Ofelia lo paga. Ya que una mujer le ha herido, y le ha decepcionado, ha perdido la confianza en todas ellas.

Sabe, además, que el padre de Ofelia la maneja a su antojo, y no duda en maltratarla con tal de herir a Polonio. Amó a Ofelia como se esperaba de él que la amara: como a un lindo objeto, una muñequita adorable. Si las convenciones sociales lo hubieran permitido (Gertrude apoyaba decisivamente el romance, tal vez no hubiera sido tan complicado), Ofelia no hubiera demandado demasiada atención, ni hubiera ocupado gran espacio en la corte. Ni tampoco su esposo se lo hubiera permitido.

Los Hamlets actuales dudan y se debaten, por lo habitual, por razones mucho menos trágicas que el asesinato de un padre. Tampoco han sido educados en la mitificación del carácter masculino que sufrió Hamlet, ni rechazan su *femenina* debilidad. Los Hamlets del siglo XXI continúan centrados en sí mismos, en sus logros y en las oportunidades que han perdido, y a las que no se atreven a aspirar. Al mismo tiempo que se muestran imposibles con

las mujeres, necesitan desesperadamente su amor y su atención. Cuando dicen: «Soy arrogante, vengativo, ambicioso, con más faltas a mi alcance de las que puedan nombrar mis palabras o pueda dar forma mi imaginación, o tenga yo tiempo para ejecutar. (…) Somos todos unos canallas. No te fíes de la gente como yo. Ea, vete a un convento», buscan que les conforten, que les hagan creer que no son cobardes, ni malvados, sino personas normales a las que la tensión está superando. Buscan, sobre todo, que alguien les diga que no son como todos los otros, los canallas.

El primer amor con un Hamlet puede ser muy complicado: más que una novia buscan, como Peter Pan, otra madre, otra oportunidad para reconciliarse con lo que fueron de niños y las equivocaciones pasadas. Hace falta ser muy dúctil para convertirse en su Ofelia, y muy paciente. Si no, se corre el riesgo de correr al agua, como ella, porque tanta sequedad puede matar.

El agua es el elemento inestable, transitorio por excelencia. La muerte en el agua nunca resulta definitiva. Es el más poderoso de los cuatro elementos, pero al mismo tiempo el más dúctil. La literatura y el mito le han dado siempre carácter femenino: la mujer se encuentra en su elemento en el agua, sea del mar, de ríos, lagos, aguas móviles o estancadas. El hombre, en cambio, aparece como intruso, marinero que sobrevive en la superficie o atraído por las sirenas.

Y el agua es fecunda: en ella se origina la vida, e incluso cuando pudre lo hace para dar lugar a nuevos organismos. Las damas del agua, ninfas, nereidas, sirenas, *nixies*, *korrigans,* lamias o *gwagged anndws*, esperan junto a su reino acuático por hombres que las fecunden, peinando sus largos cabellos. Esta cabellera les servía de red para atraer enamorados.

Ofelia, sin embargo, no es una ninfa, por más que Hamlet la llame así cuando suplica que se acuerde de él en sus oraciones. Es una muchacha enamorada que espera en vano que el príncipe le dirija un gesto de cariño. Cuando se

ha hartado de esperar, cuando decide que ni la vida ni la cordura merecen la pena, termina en el río. Tal vez allí encuentre un nuevo poder, una nueva fuerza que en otra vida la convierta en un ser afortunado.

Ofelia lleva una vida miserable. Pierde a su madre a edad muy temprana, más adelante a su padre, a manos del príncipe a quien debe obediencia y al que ama; este amor se ve censurado por ese mismo padre. Por linaje, noble, pero no real, sólo podría ser la concubina de Hamlet, no su esposa. Y el deshonor, en la corte danesa, es un monstruo que acecha a las dulces doncellas inocentes. Su campo de acción es tan reducido, al menos mientras aún conserva la cordura, que es casi una muerta en vida.

Lo que es más, muere por los pecados de otros: de su hermano, que ha querido conservarla como una niña eterna. De su amado, que no ha sabido convertirla en una mujer auténtica. De ese modo, adolescente perpetua, su memoria hechizará a quienes la recuerden. Muda y pálida, asiste a la pelea de los dos hombres sobre su tumba. Viva, era un instrumento que los hombres utilizaban; muerta, se ha transformado en una excusa para la venganza.

¿Se hubieran solucionado los problemas de esta pareja, hubieran evitado sus muertes y conjurado la desgracia si hubieran roto su silencio y hubieran confiado el uno en el otro? Nada hacía pensar a Hamlet que ni Ofelia ni su familia hubieran tomado parte en el asesinato del rey Hamlet. Sin duda, ella hubiera sido su aliada, como lo es Horacio.

Cuando estudiamos *Hamlet* en la carrera, en mi grupo de estudio mantuvimos grandes discusiones sobre este personaje: yo defendía la falta de inocencia de Ofelia. Hamlet no cuenta ninguna mentira en sus aparentes locuras, y quizás las alusiones sexuales no fueran tan desatinadas como pudiera parecer. Por otro lado, me negaba a considerar que Ofelia fuera tonta; quizás fingiera su locura, quizás había descubierto el juego de Hamlet y al no poder vengarse personalmente dejara el testigo en manos de su hermano, al que facilita la información

esencial.

Sin embargo, llegamos a una conclusión común: el problema de Hamlet, o al menos, uno de ellos, es que era un estudiante. La racionalidad enturbiaba un instinto de guerrero que sin duda su padre aún conservaba, y que Fortimbrás posee. Macbeth no hubiera dudado ni por un instante: hubiera liquidado el asunto, y al rey Claudio, de paso, de un plumazo, fuera por traición o por desafío, y problema resuelto.

Cobarde, reflexivo o simplemente demasiado tímido como para resolverse, Hamlet, convertido en cantante o actor vestido de negro, con jeans o pantalón de cuero y ademán de cabreo y resentimiento perpetuo con el mundo, continúa hechizando jovencitas. Es la misión de los fantasmas que se pasean por las murallas.

Los imposibles

La otra cara del amor, se ha dicho siempre, ha sido el sufrimiento. Enamorarse es comprar boletos para el dolor: duelen las distancias, pero también las malas palabras. Los celos, la indiferencia, aunque sea momentánea. Las discusiones y los desacuerdos. Duele esperar un gesto de cariño y saber que quien deseamos no es capaz de dárnoslo. Aun correspondido, existe un ansia de fusión, una nostalgia por la unión completa en la pareja que jamás podrá lograrse. Si existe pasión se sufre. No hay amor sin dolor, separación o miedos.

Duele tanto que hay gente que decide enamorarse de gente que no existe: de esa manera pueden volcar sus emociones y sus inquietudes en alguien perfecto, idealizado, que jamás les dedicará una mala palabra, que no envejecerá ni apretará el tubo del dentífrico por la mitad, que no mirará a otro rival, que murmurará al oído exactamente las palabras que uno sueña, con el tono de voz exacto.

Sin embargo, esa misma sensación de dolor resulta a veces purificante. Sufrir puede ser una demostración de amor: «Te amo, luego soporto esto por ti». Del mismo modo que se ofrecían las penas al Corazón de Jesús, pueden inmolarse en el altar del amante.

Los amores imposibles son típicos de la adolescencia, cuando la mayor parte de las relaciones son aún de prueba, y se definen o se desechan perfiles deseados para los compañeros futuros. Incluso las inclinaciones al misticismo, tan propias de esa edad, se ven exacerbadas por una relación imposible. Dios, o su hijo, ese Jesús joven y apuesto, cruel e injustamente asesinado, quedan muy lejos, y no parecen escuchar las plegarias de sus criaturas. La

poesía mística incluye en ocasiones imaginería erótica. Dios, como el amado, espera un comportamiento perfecto, y promete las más dulces recompensas.

Por lo normal, para las chicas los ídolos son actores, cantantes, modelos; héroes hermosos, pulidos, muchas veces más parecidos a jovencitas que a hombres. Los deportistas, o los famosos de las revistas del corazón, despiertan también pasiones. Si se fijan en un hombre real, son hombres de prestigio, a quienes no ven demasiado; si la relación llega a ser factible, cambian rápidamente de objeto. Lo esencial en ese momento es, precisamente, que nunca pueda concretarse, que no haya posibilidad de un amor. De otro modo, ella perdería el control de la situación. En apariencia, sin embargo, el sufrimiento proviene porque ese amor no puede completarse. Estos amores son una muralla defensiva contra el dolor real que puede surgir en una experiencia real.

En el caso de los muchachos, se idealiza un tipo de mujer que claramente no existe, bien sean modelos o actrices, casi siempre muy bellas, alejadas de la adolescente media y real. Son perfectas, maquilladas, ataviadas, en situaciones imposibles, con una perfección física fruto de cirugía estética o de largas horas de estilismo. Mujeres que, en la realidad, tal vez no les atrajeran, pero con las que sueñan. Es el prototipo de mujer atractiva. Si en sueños las poseen, se apropian también de su estatus, su poder. Obtienen belleza por ósmosis.

Otras veces es el carácter de la figura amada o las circunstancias las que impiden que ese amor llegue a culminarse. Por mucho que se ame, no se logra cambiar la opinión de la otra persona, o simplemente, llega el momento en que el orgullo propio exige salvar los barcos, ya que no la honra.

Existen tantas condiciones para que el amor se dé que cada vez que surge ocurre un milagro. Cada vez que se inicia un romance se están quebrando las leyes de la estadística.

La Sirenita: el sufrimiento sin recompensa

Hay cuentos claramente injustos, y entre ellos, *La Sirenita* se lleva la palma. Frente a la dulzura, la delicadeza de la pobre Sirenita, los rigores del mundo parecen aún más crudos y desconsiderados. Existe en las princesas que se arriesgan a buscar chico un componente de suerte que ha pasado por alto hasta ahora. Todas ellas logran lo que ansiaban, con mayor o menor dificultad, y en todas sus historias se comen perdices en las bodas.

Existe gente menos afortunada, sin saberse por qué. Gente con las mismas dotes, incluso con las mismas oportunidades de base a las que el infortunio persigue. Con la Sirenita se rompe una ley básica que rige el amor: la existencia de una media naranja para cada individuo.

¿Qué ocurriría si Cenicienta apareciera en el baile, radiante, hermosísima, con sus zapatos de cristal *made in hada madrina* y se encontrara con que el príncipe que le está destinado se ha enamorado de su hermanastra mayor? ¿Para qué entonces lavar los platos, fregar los suelos, dormir entre las cenizas? Posiblemente se diera media vuelta y regresara a casa mucho antes de la medianoche. Se podría aducir que el baile está lleno de caballeros deseosos de conocerla mejor, pero ¿qué importa eso? Sólo existía un hombre en el mundo, y ese hombre ha elegido ya.

La Sirenita comete varios errores básicos: uno de ellos es desobedecer una ley natural, involucrarse en un mundo que no le acoge al salvar al príncipe. Otro, cambiar su hermosa voz por un par de piernas, es decir, dar por sentado que jamás nadie la querría tal y como era. El último, no conocer la norma no escrita de las princesas: lo que se entrega con facilidad, carece de mérito. Debiera haberse mostrado esquiva y menos amistosa, *haberse hecho valer* con el príncipe. La sinceridad y las cartas sobre la mesa no sirven de mucho en determinados casos.

Hay otro error, pero éste roza temas morales, tan ajenos a los cuentos: la Sirenita es incapaz de crueldad, o al menos, de llevar a cabo un mal pensamiento. Aunque ha

dejado atrás su parte pisciforme, se ha dejado cazar por un seductor amable, pero inflexible. Ese hombre, por mucho que se empeñe, no va a ser para ella.

Esta historia nos recuerda a la de *La dama de Shalot*. Esta leyenda, basada en otra más humillante para la chica, *La dama de Ascalot*, fue popularizada por Tennyson; ha perdido parte de su poder y llega a nosotros bajo unos versos más sentimentales, pero es interesante porque presenta el amor desde el punto de vista de los perdedores de una historia muy conocida: los amores de la reina Ginebra y Lancelot.

En una torre vive una dama, sobre la que pesa una maldición: no puede mirar por la ventana de su cuarto, de modo que ocupa las horas bordando lo que ve reflejado en un espejo frente a la ventana. Pero un día acierta a pasar por los alrededores Lancelot, el galante caballero, y a la dama le da un vuelco el corazón y corre a la ventana para poder seguirlo con la vista. El espejo se raja de parte a parte, y ella descubre la magnitud de su error: por descubrir el amor, debe morir.

Baja hasta el río, ricamente ataviada, y se tumba en una barca. Muere. El río la lleva hasta Camelot, y una vez allí, su barca y la hermosa doncella despiertan la admiración de quienes la ven. La corte en pleno se reúne, y el rey Arturo da órdenes de que se disponga su entierro. Y Lancelot, el causante de la tragedia sin saberlo, se limita a mirarla y decir: «Pues sí que era guapa. Que Dios la tenga en su gloria».

Ahí se cubre de, precisamente, gloria, el bueno de Lancelot. Tanto amor por Ginebra y tanta hazaña por el honor de las damas para terminar con un comentario superficial sobre esta pobre niña y arruinando la vida de su esposa, Elena de Cornualles. Para que una se fíe de los caballeros de brillante armadura.

El príncipe de *La Sirenita* ni siquiera llega a eso. Sus actos le revelan como una persona antes débil que malvado, de afectos inconstantes, voluble. Un chico normal, en definitiva, que no supo apreciar a una persona excepcional.

Es un caso que se da también a la inversa, por supuesto, tal y como se ha visto en *El porquerizo.* En ese cuento, al menos, la indiferente princesa es castigada, pero en este caso no queda posibilidad de consuelo. Como el amor de Petrarca por Laura una vez muerta, el hombre enamorado de la mujer que no le corresponde, la no adecuada, la que sin más gesto que una sonrisa deja pasar a alguien que la adora, vive un calvario.

Conozco a pocos sirenos, porque por suerte, los que han vivido esa solución se recuperan pronto, pero hace tiempo conocí a una sirenita. Tenía diecinueve años, unos ojos muy bonitos y un amor recién estrenado. Él era extranjero y apuesto, inteligente y cortés, y en los labios de ella se convertía en el espejo de todos los hombres que en el mundo habían sido. Los veíamos pasear por la universidad, inseparables, con una compenetración envidiable. Se entendían a todos los niveles, e incluso se habían involucrado en un proyecto común con una ONG.

De pronto, algo cambió. Aquel príncipe extranjero marchó a su país durante unos meses, aunque prometió regresar. Mientras tanto, ella se dedicó en cuerpo y alma a olvidar su pena, a estudiar para que sus notas no bajaran y a sacar adelante la ONG. Asumió su trabajo y el de él. Aún le alcanzaba el tiempo para escribirle largas cartas, a las que él no contestaba. «Ya se sabe —le disculpaba ella—, le cuesta tanto escribir...»

Según avanzaba el tiempo, el carácter de la sirenita se agrió. Únicamente sabía hablar del ausente, mañana, tarde y noche, y eso le costó perder alguna amistad muy querida para ella. Las que la tratábamos procurábamos, como sus hermanitas sirenas, que regresara al mar y se olvidara del ingrato, pero ella no reaccionaba. Estaba convencida de que su amor regresaría.

Regresó, efectivamente. Tardó una semana en llamarla desde su vuelta y, después, anunció brevemente que había regresado con una antigua novia en su país y que, básicamente, no le quedaba nada que hacer en España. Atónita, la sirena recogió como pudo su orgullo, le deseó

suerte y abandonó el café donde habían quedado. En el metro que la llevaba a casa rompió a llorar. Las bases que conformaban su mundo, el amor verdadero, la recompensa del sufrimiento y la espera, la promesa de una vida común y feliz, se estaban derrumbando por momentos. Durante todo el verano se encerró en casa y se hundió en la depresión. Luego, poco a poco, logró superarla.

No intentó asesinar a su antiguo príncipe, pero se suicidó simbólicamente. Comenzó a salir con un muchacho que no le gustaba, pero que bebía los vientos por ella. Se dejó mimar, recuperó su dolido ego, fueron pasando los años. La última vez que la vi, manipulaba al mismo novio a su antojo, preparaba la boda sin un ápice de ilusión, sin confianza en la posibilidad de romper con él y buscar una nueva brasa. Sus ojos seguían siendo hermosos, pero habían perdido todo su encanto.

Así es como una dulce princesa se convierte en una bruja.

El soldadito de plomo: cuando no se es como todos

Se les ocultaba con saña, porque un hijo imperfecto atraía tanto la vergüenza como una mujer que no pudiera concebir. Existían enfermedades o minusvalías más o menos tolerables, que podían hacerse públicas: la ceguera, la sordera, la cojera. Las mutilaciones, si procedían de acciones bélicas o accidentes domésticos, eran toleradas. Había tontos del pueblo, inválidos, deficientes mentales con mayor o menor dificultad. Algunos encontrarían pareja; otros estaban condenados al celibato.

Sociedades tan civilizadas como la griega y la romana se deshacían mediante el infanticidio y la exposición de los recién nacidos con malformaciones sin más remordimientos de conciencia, pese al alto grado de refinamiento filosófico y moral al que llegaron, y esta situación no varió durante los siglos posteriores. Incluso en la actualidad se dan casos escalofriantes de seres humanos que han permanecido gran parte de su vida ocultos o recluidos en cuchitriles; sus

familias no llegaron a matarlos, pero les condenaban a una prisión vitalicia.

Frente a una tolerancia mayor de la sociedad hacia los enfermos de todo tipo, se ha agravado el rechazo a la persona distinta. El soldadito de plomo pudo atraer la atención de la linda bailarina por su valor, cuya prueba era su pierna cercenada. A las muchachas destinadas a ser esposas de los samuráis se las educaba para sobrellevar con resignación las mutilaciones más espantosas. Hoy por hoy, el exceso de peso puede ser una de las razones por las que una persona no encuentre pareja. La dictadura de la imagen, más exigente con la mujer que con el hombre, se ha agravado hasta extremos casi ridículos.

Por supuesto, la apariencia física es un aspecto superficial y accesorio en una relación amorosa. En los comienzos del siglo XXI todo puede remediarse: narices, orejas, pelo, dientes, pechos, grasas sobrantes o siliconas que faltan. Absolutamente todo. Pero la gente continúa sufriendo por su aspecto, gastando ingentes cantidades de dinero en variarlo, en convertirse en otras personas, o en partes de otras personas.

Ocurre algo similar cuando nos enfrentamos al racismo que, enmascarado, se encuentra firmemente infiltrado en la sociedad. Hace unos años hubiera sobrado hablar del amor interracial. Siempre hubo gitanos que se casaron con payos, pero ni otras etnias ni otras razas poseían una presencia importante en España como para que supusieran una amenaza. En todo caso, la invasión de europeos con sus cabellos rubios y sus billeteras repletas en los años sesenta abrió los ojos como platos a los lugareños, que creían vivir como un milagro aquella ojeada a una Europa próspera, libre y desinhibida.

Ahora conviven africanos, asiáticos, americanos, europeos y posiblemente algún australiano despistado en el mismo suelo, y la nueva mentalidad permite a los jóvenes enamorarse de quien les plazca. El famoso chiste de la pareja a la que les salía un hijo negro ha perdido su gracia. Los negros y los blancos se mezclan, y como se ve en otras

tierras, con excelentes resultados.

Sin embargo, los «otros», los de otro color, los de otra raza, continúan manteniendo un poso exótico del que no es fácil desprenderse. Los anuncios de relax explotan ese interés por el otro, siempre que el otro sea inferior y sometido, y gran parte del turismo que reciben determinados países viaja con el gancho sexual. No son personas con plenos derechos, ni que merezcan un trato que no sea el de mercancía. El distinto idioma, o la tez, o simplemente la nacionalidad puede convertir a una persona en un objeto.

Nabokov afirmaba que cuando escribió *Lolita* aún quedaban dos temas tabú en la literatura: el de un ateo que llevaba una vida fructífera y dichosa y moría tranquilo, y el de un negro que se casara con una blanca y que vivieran felices para siempre. Las cosas no han cambiado tanto.

Recurrimos de nuevo a *El último mohicano.* Para que el amor de Uncas y Cora pueda insinuarse, Fenimore Cooper obliga a Cora a llevar sangre negra en sus venas, aunque sea en mínima cantidad. De otro modo, ¿cómo relacionar a una honesta virgen inglesa con un indio salvaje, aunque de buen fondo?

Sea por raza, sea por discapacidad, queda demasiada gente que no es como los demás. Eso los convierte en únicos.

Cuando aún era una adolescente, solía cantar piezas clásicas en bodas. Presencié muchos enlaces desde el coro de las iglesias, la emoción de la novia, los vestidos de las invitadas, la expectación de una y otra familia, los cotilleos y comentarios malintencionados que se deslizaban entre la aparente tranquilidad y concordia. Aprendí a determinar de una ojeada quién lloraría durante el *Ave María* y quién no. Aquellas canciones destilaban azúcar, pero así debía ser: azúcar para endulzar la unión, almendras para propiciar la fertilidad. Me lo pasaba muy bien, y me alegraba participar, al menos en un detalle menudo, en la felicidad de un día grande.

Una de las bodas más emotivas que recuerdo fue la de

un chico ciego que se casaba con su novia de toda la vida: las dos hermanas mayores del novio se encargaron de gran parte de los preparativos de la ceremonia, entre ellos de contratarme a mí, y desde el principio hasta el fin el cariño volcado en aquel muchacho, las lágrimas de la novia, el carraspeo del novio, ya marido, me hicieron sentirme parte de un mundo menos estricto y menos escrupuloso, de un romance que cualquiera hubiera soñado por vivir. Ciertamente, para olvidar las diferencias no hace falta más que cerrar los ojos y olvidar todo aquello que nos hace perder el norte.

Los dos hermanos: los cuatro muleros

Si las relaciones entre amigos han sido complicadas, las relaciones de familia, las que mezclan vínculos de sangre con pasiones amorosas, rompen todo lo previsible. Por envidia mató Caín a Abel, aunque en el fondo latía la desesperación de no ser él el amado ante los caprichosos ojos de Dios.

Los dos hermanos de este cuento oriental podrían haber sido muy felices de no ceñirse de esa manera a las exigencias maternas. La chica amaba a uno de ellos, que hubiera tenido la oportunidad de encontrar la dicha. Las voluntades se domeñaron, y pese al comportamiento impecable de la esposa y el cuñado, el amor no tardó en asomar la cabeza... y en llevar de cabeza a los tres miembros de la familia.

Otra canción popular, la de *Los cuatro muleros*, hace que la narradora confunda a su marido con su cuñado. Maliciosas insinuaciones de infidelidad, que se cuelan ante los machos montando sus caballerías.

Una vez más, nos enfrentamos a un conflicto de lealtades: la familia de origen frente a la familia creada. El dilema ya no es más «¿A quién quieres más, a tu papá o a tu mamá?», sino «¿A quién quieres más, a tu mamá o a la mamá de tus hijos? ¿A tu hermano o a su hermosa mujer? ¿A tu esposa o a su apetecible hermana?».

El fantasma del incesto planea peligrosamente en estas discusiones. Lo prohibido, como la manzana de Eva, llama con sus cantos de sirena para que nos acerquemos. La hermana, sea política o de sangre, continúa siendo una mujer vedada. Por lo tanto, una mujer inquietante, misteriosa, por el único hecho de que no puede, no debe acceder a peticiones sexuales.

Ya hemos afirmado que la poligamia soluciona en determinadas sociedades el problema de la soltería de las mujeres; de hecho, las viudas recientes no suelen encontrar demasiados problemas a la hora de casarse de nuevo, siempre que lo hagan (o por el contrario, que no lo hagan, como en la tradición judía) con un pariente cercano de su marido. La viuda de Kassim es recibida con los brazos abiertos por el matrimonio Alí Babá. Sin duda, sobre la esposa de Alí Babá recaían demasiadas tareas domésticas, que le hacían suspirar por una segunda esposa. El incesto tenía sus ventajas.

Por lo general, en Occidente no nos andamos con tantas sutilezas. Hace muy poco, mientras seguía medio distraída una conversación en un bar, me llamó la atención la portada de una revista pornográfica. En su portada, dos mujeres gemelas, rubias, desnudas, fingían ser un espejo. El titular venía a decir, más o menos: «Son iguales y son perfectas», y por su actitud no se referían únicamente a su exquisitez física. La portada sugería que aquellas muñecas deseaban compartir el mismo hombre, o mejor dicho, deseaban que el mismo hombre las poseyera. El maquillaje y la ropa, más bien escasa, potenciaban la semejanza entre ambas, y jugaba con la idea de que no poseían personalidad propia ni diferenciada, y el modo en que se entrelazaban insinuaba una posible relación lésbica entre ambas.

Eran perfectas, es cierto, como icono de lo prohibido: resultaban inquietantes por su belleza y por su parecido, incitaban al hombre a pecar por partida doble, al fornicar y al hacerlo en trío, y entre ellas pecaban de nuevo doblemente al incurrir en lesbianismo y en incesto. Sin elementos prohibidos, la pornografía carecería de sentido.

La princesa y la sal: amar a papá

Del mismo modo que se exige que los niños se alejen de su madre cuando llegan a cierta edad, muchas niñas se ven privadas del afecto del padre cuando se acercan a la pubertad. Aunque negada siempre, cierta atracción sexual se da entre los miembros de la familia, y antes que enfrentarse a esa sospecha, a muchos padres les parece preferible alejarse de las hijas cuando dejan de ser niñas. Debe fingirse que esa relación no existe, que de hecho ni siquiera se piensa.

Gran parte de la decepción de las hijas por el padre nace, precisamente, del recuerdo de la época en la que existía mayor contacto afectivo, cuando los padres hacían cosquillas, y daban besos, y cargaban con ellas en brazos. A partir de determinado momento, ese contacto desaparece, y se pasa a otra fase; de abierto resentimiento o de asumir que el padre, aunque las quiere, no sabe demostrar ese afecto. Del amor primero pasa a la indiferencia (es la madre quien resuelve los problemas, salvo en casos de fuerza mayor) o a las críticas.

Poco a poco se forja la idea de que los hombres no hablan, no se expresan, no demuestran cariño. Los padres tradicionales cumplían con su deber al mantener a la familia, pero no se preocupaban de temas que consideraban femeninos: cuidar de los niños, encargarse de la casa, o mucho menos de las tareas domésticas. Sin embargo, pese a desempeñar su labor social, algunos de ellos no se sentían del todo satisfechos. Si bien no expresaban afecto, tampoco era mucho el que a ellos les llegaba de vuelta: respeto, consideración, miedo, pero muy poco amor.

Si eran afortunados, eso variaba con la llegada de los nietos. Muchas de las tensiones y responsabilidades se habían relajado, y la dictadura de mostrarse «masculino» ya no pesaba de la misma manera. Algunos padres severos han sido con posterioridad abuelos extraordinariamente afectuosos.

Esa distancia con los hijos, y las horas empleadas

trabajando lejos del hogar, hacen que muchas chicas no lleguen a conocer bien a su padre. La relación, como en este punto se puede deducir, presenta un buen número de dificultades.

Algunos padres no saben en realidad cómo comportarse con sus hijas: la única relación que conocen con las mujeres es la de seducción y conquista, y es también la que emplean con las niñas. Y a su vez, algunas niñas necesitan del amor de sus padres, y para ello tratan de ocupar el lugar de su madre imitando su conducta.

Por otro lado, la sociedad no censura las relaciones entre mujeres jóvenes y hombres mayores, mientras que a la inversa la crítica es mayor y más cruel. Los hombres pueden salir con chicas que podrían ser sus hijas, las chicas se relacionan con hombres maduros, quizás en busca del afecto, la seguridad o el poder de esos varones, sin que nada salte por los aires. De alguna manera, se diría que la sociedad consiente esas relaciones ambiguas, del mismo modo que revela la fascinación que provoca la figura de las *nínfulas*, las lolitas.

Esas niñas, coquetas a su manera inocente, perturbadoras imágenes de lo prohibido, no tienen un paralelo masculino, no al menos en el campo heterosexual. No es casual que Lolita mantenga relaciones sexuales con su padrastro: una gran cantidad de los abusos a menores se producen dentro del ámbito familiar, y muchos de ellos son irreparables. La psicología del menor queda dañada de modo irreversible. La pauta marcada rige en el futuro, y parece comprobado que una persona maltratada reproduce una y otra vez la situación de maltrato.

Al menos, cuando alguien les pega, mantiene un contacto con ellos. Al menos, demuestra alguna emoción.

El abuso a menores es, a todas luces, una práctica repugnante, aún más reprobable cuando el agresor forma parte de su entorno más íntimo, en el que más debiera confiar el niño. Era tabú. El tabú, entre determinados pueblos, debía de ser respetado por una razón muy simple: si los dioses se enfurecían, podrían dejar morir de hambre a

sus fieles. El incesto entre padre-hija, y en cierta medida, entre hermanos, no sólo rompe el tabú sexual, según el cual las mujeres de su familia le están negadas al varón; quiebra también un tabú social, según el cual no se debe mantener relaciones sexuales con menores. Quien se arriesga a ello no sólo provoca la furia de los dioses: atrae también la de los hombres.

Peter Pan: el niño mimado

Si hasta ahora nos ocupábamos de impedimentos físicos o convenciones sociales, ha llegado la hora de centrarse en amores imposibles por defecto: relaciones viciadas desde un principio no tanto por una enfermedad física o psíquica, sino por una actitud.

Resulta casi un tópico hablar de los hombres con Síndrome de Peter Pan, y de las mujeres con Síndrome de Wendy. Dan Kiley ha popularizado esos términos, que se aplican a parejas con unas relaciones cruzadas muy particulares. El hombre, un niño grande, toma a su esposa como una especie de madre que le sirve al mismo tiempo de freno y de acicate para su conducta.

Peter Pan es adorable, con su carga de sueños, de mundos nuevos, su capacidad para volar y hacer volar, y su falta de responsabilidad. Pero resulta también inaguantable, cambiante e inmaduro. De hecho, parece no tener la menor sensibilidad frente al sufrimiento ajeno, confiado en que alguien vendrá a arreglar lo que él ha destrozado.

Wendy, por el contrario, se comporta como una adulta diminuta: cose, cuida de sus hermanitos, juega a las muñecas, y se siente fascinada por la figura de Peter. Al fin y al cabo, ella abandonó su niñez, esa infancia perpetua de su pareja, olvidada en algún lejano paragüero, y Peter le ayuda a recuperarla.

Pero, por mucho que se atraigan y se seduzcan mutuamente, su relación promete más espinas que rosas. Para comenzar, Peter pertenece a otro mundo, del que se ha traído a Campanilla. Para continuar, no está del todo claro

que Wendy desee ser la madre de Peter Pan: si cumple con ese papel es porque alguien debe hacerlo, pero encaja en él a regañadientes, y de los niños que marchan al País de Nunca Jamás, su estancia resulta la más accidentada e incómoda.

Según Kiley, un Peter Pan reúne en diferentes cantidades las siguientes actitudes: no es de fiar, monta en cólera continuamente, aparenta estar indefenso y ser digno de compasión, se muestra rebelde, es narcisista, tiene sentimientos de culpa, es dependiente, manipulador, reservado e insensible.

Una perita en dulce, vaya. Una Wendy, por su parte, reacciona ante ese comportamiento con quejas, recriminaciones, sobreprotección, llanto, críticas, impotencia, sentimiento de inferioridad, miedo, inseguridad y dolor. No parecen las mejores bases para iniciar una relación.

El consejo de Kiley es que toda Wendy se convierta en Campanilla: es decir, que acumule su energía, que se divierta y no se convierta en madre de Peter Pan, sino en una mujer capaz de sentir por sí misma y de hacer que los demás resuelvan sus propios problemas. Y, con un tirón de orejas, insta a los Peters a hacerse cargo de su vida, a madurar y tener en consideración los sentimientos y gustos de otras personas, a despojarse de su egoísmo y enfrentarse con naturalidad a los grandes terrores de la vida. Al fin y al cabo, la mayor parte de las cosas son muy sencillas. Son los comportamientos y las mentiras humanas las que las complican.

Los siniestros

Los amores imposibles son sólo la parte amable de lo que el sentimiento más noble del ser humano puede conseguir, si se ha viciado. Eros y Tanatos, Amor y Muerte, son compañeros más íntimos de lo que cualquiera podría imaginar. No únicamente por el destino trágico de la pasión, la desolación que queda tras ella, sabiendo que nada puede superar esa sensación incomparable: no en vano el orgasmo ha sido conocido como «la muerte chica» en la poesía francesa. Una muerte en la que se llega a un vacío en el que se reconoce el origen.

Extraña esta vida en la que se ansía un momento que recuerda a la muerte, y se busca y se persigue a lo largo de toda la existencia. Los seres humanos no han sido nunca capaces de reconciliarse con la idea de la muerte, y de ella han huido y a ella han tendido desde toda su historia. Por eso inventaron el amor, la impotencia suma de convertirse en otro, de vivir a través de otro.

Pero el amor y la muerte se relacionan también porque, aunque todos los seres humanos merecen ser amados, hay algunos que interpretan de un modo muy extraño ese derecho. Maltratan, abusan, destrozan lo que tocan, y se excusan en que aman demasiado como para comportarse de otro modo. Quien no siente celos no ama. Quien bien te quiere te hará llorar. En el amor y en la guerra todo vale. Las técnicas de Maquiavelo aplicadas al amor.

Existe la creencia de que las mujeres se enamoran únicamente de los hombres que las tratan mal. He escuchado decir a muchos chicos que si se hubieran portado un poco peor, si hubieran sido algo más canallas, sin duda no hubieran perdido a su amor. Tal vez haya algo de cierto en ello, y ansiemos lo que no podemos controlar del todo,

lo que no podemos conseguir o comprender. Tal vez no sea una idea infundada la de que es imposible el amor sin ciertas dosis de sufrimiento, pero sería recomendable encontrar un punto límite a ese padecimiento antes de que se convierta en patológico.

Shere Hite defiende que la educación de los muchachos les hace aprender que su lealtad primera ha de ser para con los hombres. Llega un momento en que se les fuerza a que abandonen el mundo femenino y de afectos que cultivaban con su madre, por el miedo a que un contacto demasiado estrecho con ella, con sus hermanas o amigas, los convierta en afeminados o en homosexuales. Los lazos de unión con otros hombres (esencialmente el deporte) refuerzan la ausencia de emociones y la necesidad de mantener el control sobre todas las cosas, y esas características se plasman en su relación con las mujeres.

Una de las pruebas que el grupo exige es, precisamente, que demuestren su desapego o su desprecio por las mujeres y los valores tradicionalmente femeninos: como consecuencia, muchos hijos, en su etapa más rebelde, se propasan y tratan desconsideradamente a su madre. Ella acepta su progresiva lejanía y sus salidas de tono, y continúa mostrando un amor incondicional, incluso acrecentado porque conoce las dificultades por las que el hijo pasa, o lo achaca a manías de la edad. Puede que creer que cuanto peor traten a su madre, más les quiere, y extender eso al resto de las mujeres sea una de las claves de esa certeza.

Por otro lado, se ha extendido toda una imaginería sobre la pasividad y el sufrimiento de la mujer, la languidez de la heroína que padece. La mártir. Aceptarse como mujer supone pertenecer al género perdedor, al que más sufre, y al que, por añadidura, más prejuicios se le destina. Se asume como algo natural que las mujeres llevan la peor parte en prácticamente todo. La pérdida de la virginidad está rodeada de mitos sobre la sangre y el dolor. Muchas mujeres sufren con sus reglas. La frase bíblica sentencia *Con dolor parirás a tus hijos*, frase que excluye al padre, como la

naturaleza le ha excluido de todas las molestias e incomodidades del embarazo. Y las madres antiguas no deseaban traer hijas al mundo porque valían menos que los hombres, y porque, para rematarlo, sufrirían más. A cambio, se les permitía ser más sentimentales, expansivas. Eso iba con la debilidad.

Eso era antes: ningún ser humano debiera tolerar que en nombre del amor o de su bienestar se le involucrara en una relación destructiva o que se le hiciera daño de alguna manera.

Barba Azul: la maté porque era mía

Barba Azul sigue vivo y con muy buena salud. Eso revelan al menos los periódicos todas las semanas, si seguimos el rastro de las mujeres maltratadas que terminan trágicamente a manos de maridos o compañeros sentimentales.

El maltrato no es, de ninguna manera, una novedad: a la mujer se le pegaba por tradición, por desahogo, porque «tú no lo sabrás pero ella sí». Las palizas no eran, ni son, propiedad de una única clase social, ni guardan relación con la cultura o el nivel económico de la pareja. El perfil del maltratador parece claro, y sin un tratamiento adecuado hay pocas posibilidades de que se corrija.

Las palizas no son los únicos malos tratos: existe la tortura psicológica, los crímenes pasionales o encubiertos bajo una posible causa sentimental. Y entre las muchas barbaridades y atrocidades que se cometen en el mundo bajo la excusa de la tradición y de preservar la castidad y el buen nombre de las mujeres, y por ende, de la familia, una de las más crueles es la ablación del clítoris: aun si no tuviéramos en cuenta el riesgo de infecciones que las niñas sufren, el alto índice de muertes que supone esa práctica, las supervivientes se ven marcadas para siempre. La noche de bodas se convierte en una carnicería, y con cada parto la herida ha de abrirse por completo. Las menstruaciones son muy dolorosas, y la mujer queda imposibilitada, o al menos

limitada para sentir placer.

No es únicamente un problema africano. Las autoridades francesas descubren cada cierto tiempo casos de ablaciones entre familias de inmigrantes que se resisten a que las niñas no pasen por esa prueba de honor dolorosa e innecesaria; el Corán no dice en ningún momento que sea necesaria, y cualquier rastro de sentido común se opone a ella.

Volvamos a las palizas: durante muchos años fueron consideradas un asunto exclusivamente de pareja, en el que ni policía ni jueces debían inmiscuirse. Aunque ese razonamiento va cambiando, las mujeres maltratadas se quejan de que no cuentan con el apoyo necesario. No se respetan las distancias fijadas por los jueces, ni se facilita protección a las mujeres en peligro.

El maltrato puede pasar desapercibido durante muchos años: el sujeto se muestra violento únicamente en el ámbito doméstico, y la mujer se esfuerza por que nadie conozca los hechos. Se maquilla con cuidado, usa prendas de manga larga, o es especialmente torpe y se cae y tropieza con cualquier cosa.

La pareja puede haberse conocido joven, en el inicio de un cuento de hadas. Quizás el novio bebiera, aunque no más que los otros chicos de la pandilla, y le había puesto la mano encima en un par de ocasiones, pero ella estaba convencida de que el cariño, y sobre todo, el trato continuado del matrimonio, le cambiarían.

Sin embargo, los malos tratos continuaron durante años. Muy posiblemente, él trabajara y ella se encargara de la casa y cuidara de los tres niños. Después de cada paliza, él se mostraría arrepentido, y durante las semanas en las que todo marchaba bien, la cubría de regalos y pequeñas atenciones. No dejaría de asegurar en público que sin ella no hubiera llegado a nada, pero en privado socavaría la seguridad de su mujer.

Algún día, quizás harta, o llena de miedo, o tras haber visto cómo uno de sus hijos era golpeado, ella se marcha y le denuncia. A partir de ahí, la historia puede tomar

muchos caminos. Él puede localizarla y propinarle una paliza brutal. Puede matarla. O puede que la justicia siga su curso y que una orden le impida tener contacto con sus hijos y mujer. Puede terminar en prisión, o puede que escape por cualquier razón.

Sea como sea, es demasiado común, demasiado sórdido.

Hace muy poco presencié el intento de reconciliación de un hombre separado con su mujer, una persona muy querida para mí. Habían estado quince años casados, y tenían tres hijos en común. El hombre no había maltratado nunca físicamente a su familia, aunque las vejaciones verbales eran continuas, y en su momento no pudo probarse que esos comentarios formaran parte de los malos tratos. Se desentendió de sus hijos, incumplió el pago de las pensiones y procuró, manejando sus influencias, que su mujer no encontrara trabajo. Al cabo de los años se hallaba solo y enfermo, y regresaba con buenas palabras. Ni la mujer ni los hijos se dejaron conmover. Habían crecido sin padre, y lo único que recordaban de él eran burlas, amenazas y mentiras. Se las habían arreglado por su cuenta, habían salido adelante y no le necesitaban. Ya no.

Imaginé el padecimiento que debía suponer para ellos regresar a esos tiempos, y no pude menos que compadecer a quien, además de los psicológicos, hubiera soportado malos tratos físicos. El ser humano es un terrible animal: olvida rápidamente las caricias, pero es incapaz de dejar atrás los latigazos. Y, cuando ha abandonado la infancia y se encuentra en posición de otorgar caricias o golpes, escoge los golpes.

Caperucita Roja: cuidado con el lobo feroz

Durante demasiado tiempo pareció que uno de los deberes del macho, del hombre que se preciaba de serlo, era seducir a toda mujer que se le pusiera a tiro. Se les advertía a las niñas de que no se fiaran, y a los mozos se les jaleaba para que las conquistaran. Había dichos que

reforzaban esa idea: «Si tienes yeguas, guárdalas. Si tienes potros, suéltalos».

Algunos coletazos de la imagen de la mujer como posesión que había que arrebatar a otro y disfrutar perdura en la actitud permisiva y tibia de algunos sectores respecto a la violación. Se encuentran atenuantes en detalles absurdos: el atuendo, la hora o la actitud. «Muchas mujeres parecen pedir que las violen. Si la violaron, es porque se lo andaba buscando.» Se les perdona la vida a tantos lobos, que las Caperucitas ya no se atreven a adentrarse en el bosque.

Pero en la mayor parte de los casos los resabios machistas se quedan en la actitud del *latin lover*, del conquistador perfecto. No podría ser de otra manera en la tierra de origen de don Juan Tenorio.

Cuando yo me encontraba en el instituto, se paseaban por los pasillos media docena de chicos aceptablemente atractivos. Fue una cosecha excelente la de aquellos años, porque por lo general, si encontraban dos perlas, las chicas se daban por satisfechas. Teníamos un don Juan, dos Casanovas y, como era de esperar a aquella edad y en aquellas latitudes, tres tímidos que descubrieron su belleza muy a su pesar.

Los Casanovas resultaban en cierta medida más amables, más cercanos; les fascinaban las chicas y parecían disfrutar enormemente en nuestra compañía. No se esforzaban demasiado en la conquista. Eran demasiado encantadores como para que ninguna se les resistiera durante mucho tiempo. Se estiraban regalando alguna rosa, procuraban complacer a las novias de turno y, cuando llegaban a la cama de alguna de ellas, guardaban un elegante silencio. Dado su éxito, guardaban silencio muy a menudo.

A don Juan, nuestro don Juan local, le rodeaba una fama mucho más siniestra. A diferencia de los Casanovas, siempre rodeados de un grupo de muchachos que les imitaban el método y les envidiaban el éxito, el don Juan actuaba en solitario. Los lobos machos no soportan la

manada por demasiado tiempo. Se sabía que jugaba con las chavalas, que mentía a destajo, que, como suele decirse, «iba a lo que iba». Las que caían en sus redes iban también a lo que iban, o confiaban en cambiarle. Era tosco, sin labia, sin más encanto que su atractivo físico. Ninguna lógica explicaba que gozara de los favores femeninos. Sin embargo, los dos Casanovas juntos nunca llegaron a igualar el número de conquistas de nuestro don Juan, y las chicas aguardaban a las seis de la tarde para hacerse las encontradizas con él por el parque, cuando regresaba del entrenamiento, dos veces por semana. Le gustaban especialmente las alumnas de los cursos inferiores, las chicas que aún no habían salido con nadie, las más sensibles a su malditismo y a su aura.

«Gozalla y dejalla sin honor» era el lema del auténtico don Juan. Disfrutó de muchas reinterpretaciones. Zorrilla le salvó del infierno, a fuerza de oraciones de doña Inés, y con ello implantó en muchas mentes masculinas la idea de que si la mujer perdonaba la ofensa, ésta desaparecía. Como sus antepasados literarios, la última interpretación de don Juan ha gozado de un éxito extraordinario: se llama Bond, James Bond. Las chicas Bond, más bellas e insinuantes a cada película, se le entregan sin resistencia, fascinadas únicamente por su presencia y su mirada.

Nuestro don Juan fracasó en lo que fracasan todos los que adoptan actitudes similares: necesitaba contarlo. No le bastaba seducir, no era suficiente la intensidad del momento, el placer del instante y reírse posteriormente de la mentira del «Te amo». Una conquista secreta no se consideraba propiamente una conquista. Lo redimió una doña Inés inasequible al desaliento, con demasiado carácter como para tolerar una infidelidad.

¿Qué necesidad hay de un don Juan en una sociedad que no condena la vida sexual? El placer de mancillar una honra, de seducir a una chica inexperta, o de entregarse en brazos de un fogoso seductor puede comprenderse cuando las restricciones afectivas lo convierten en un picante placer. ¿Por qué el don Juan no ha desaparecido por

completo?

Quizás porque mientras existan Caperucitas dispuestas a dejarse engañar, habrá lobos acechando sus pasos para devorarlas.

Por supuesto, no todas las Caperucitas llegan al bosque tan desprevenidas. No olvidemos que visten de rojo, el color de la pasión. A veces hay lobas sueltas, doñas Juanas que caen por sorpresa sobre el desprevenido lobito. Son las vampiresas.

No arrastran demasiada buena fama: se les ha llamado promiscuas, libertinas, desvergonzadas, adúlteras, ninfómanas, y nadie les perdonaba que humillaran y se burlaran del orgullo masculino. El cazador cazado: no eran ellas las capturadas, sino que con una falsa entrega conseguían lo que se proponían de los hombres. Han sido vampiresas grandes, reinas, prostitutas, espías, actrices, bailarinas, aristócratas; mujeres ambiciosas que han empleado el sexo como un arma para lograr sus propósitos y para satisfacer su ego. O que deseaban, como revancha, ganarle el pulso al hombre.

Cada vez es más frecuente el caso de la mujer que hace ostentación de su promiscuidad y la equipara al atractivo personal y la seguridad en sí misma. Bajo la bandera de la liberación feminista, de la igualdad, actúa de la misma manera que el don Juan: utiliza como medio a sus conquistas, huye y cuenta. Antiguamente, a las vampiresas las destrozaba la luz del día, el que se supiera que lo eran, el contar y revelar sus secretos. Ahora, a saber por qué misteriosa pócima, saben sobrevivir incluso a eso.

Rumpelstinkin: las amistades peligrosas

En ocasiones, los peligros que acechan a la pareja no proceden de ella. Las amenazas que rodean a los elegidos de los dioses son muchas y muy variadas, y van más allá de los rivales que quieren robarte el amor.

Nada atrae a las polillas más que la luz, y existe una conjura extraña, mezcla de resentimiento y amargura, que

rodea la felicidad de quienes se muestran enamorados.

Esta historia me la contaron en Madrid. Comenzó en el metro de Cuatro Caminos y finalizó frente a dos CocaColas, en un bar muy alejado del destino de las dos. Me había sentado, esperando por mi tren, y aún despistada con los colores de las líneas, y una mujer muy hermosa, mulata, se sentó a mi lado. Me pidió un autógrafo, «porque me había visto en la tele y era tan joven que le daba pena por mí», y yo le pregunté por su país de origen. Entonces me contó qué la había traído allí.

Como muchas otras latinoamericanas, Eunice se vino a España porque buscaba un refugio contra la miseria. En su ciudad no tenía agua, ni luz, y ninguna esperanza de llegar a eso algún día. Demasiado ambiciosa como para limitarse a fregar suelos, y sin titulación que le permitiera un empleo cualificado, decidió seguir los pasos de otra amiga, Felicidad, y trabajar en un club de alterne. A los cuatro meses, harta del trabajo, abandonó el club y tomó una tienda que se traspasaba.

Mientras tanto, se enamoró *como una becerra medio idiota* de Juan, un español quince años mayor que ella al que había conocido en la tienda. Vendía ropa de señora, y él frecuentaba tanto la tienda que Eunice comenzaba a sospechar que se vestía de mujer en la intimidad. Juan acababa de divorciarse, y cuando al fin se decidió a declararse (era de la modalidad tímida), estaba ansioso por reanudar una relación; le propuso que vivieran juntos.

Una tarde, Felicidad apareció en la tienda y le pidió trabajo. Eunice se lo negó: la tienda no daba lo bastante. Ella, entonces, le exigió dinero. Posibilidades tendría, ahora que se le juntaban dos sueldos. De lo contrario... de lo contrario le contaría a su novio que Eunice fue prostituta. Eunice pagó. Durante varios días miró fijamente a Luis a la hora de la cena, dudando si contarle todo o no, pero le faltó el valor. Había demasiadas cosas que perder, cosas que mientras pudieran conservarse con el dinero, pretendía preservar.

Al tercer pago, Felicidad desapareció, pero el miedo de

Eunice permanece. ¿Qué pasará con las otras personas que la conocen? ¿Cómo de grande tiene que ser una ciudad para no encontrarse nunca con alguien que conserve trocitos de pasado? ¿Cuánto tiempo se paga por las decisiones tomadas?

Otras veces, los Rumpelstinkin vienen enmascarados bajo el disfraz de otras amistades; las que llevan al alcohol, o al juego, o a un tren de vida imposible de conservar. Arrancar entonces a la pareja de sus redes es una empresa que puede destrozar todas las esperanzas. Hay demasiadas cosas entremezcladas, llenas de segundas intenciones: inseguridades, conflictos no resueltos, pánico al futuro, insatisfacción nunca manifestada... Hace falta pronunciar muchas veces el nombre del enano para que al fin éste desaparezca.

O las sectas, que bajo la promesa de una vida eterna o mejor destrozan concienzudamente la presente. No hay forma de conjurar el nombre de una secta: tienen demasiados, y demasiadas caras, y armas suficientes como para extenuar las fuerzas de una familia. Hace falta una decisión sobrenatural para vencerlas, y sin embargo, es tan fácil dejarse mecer por sus arrullos...

Hablábamos de la pasión como una *manía* exclusiva, como un paraíso particular en el que cualquier persona que no fueran los enamorados se encontraba a disgusto. Ojalá proliferaran esos paraísos, ojalá muchos intrusos fueran arrojados, ojalá Eros lograra, invocando su poder, conservar intactas las fronteras de la cordura y el buen juicio.

Los Nibelungos: niña mala, mujer perversa

Suele decirse, pese a que haya pocas pruebas que lo demuestren, que las mujeres son mucho peores que los hombres. Más malas, mucho más retorcidas, sin escrúpulos, capaces de emplear todo recurso a nuestro alcance con tal de lograr nuestro objetivo. Que los hombres, sin embargo, son más tontos, más elementales. No asesinan con veneno, sino a machetazos, y eso les da cierto toque franco y

cándido, de cierta nobleza.

Dudo de que exista demasiada nobleza en la brutalidad pura, pero una cosa es cierta: cuando durante siglos no se ha poseído más poder propio que la manipulación ajena, es lógico que hayan surgido mujeres intrigantes y ambiciosas, sin remordimientos. Y aquí nos encontramos con un par de ellas.

A la derecha, Krimilda, princesita rubia y mimada por sus tres hermanos y todo su pueblo, dispuesta a no amar nunca con tal de no sufrir. Su novio, Sigfrido, el mejor de los héroes, la adora.

A la izquierda, una vieja conocida, Brunilda, princesa y rubia, también, pero una guerrera temible que no desea casarse. El hermano mayor de Krimilda logra, mediante un engaño en el que toma parte Sigfrido, casarse con ella, pero Brunilda sabe. La imagen radiante de Sigfrido no abandona su mente, y se mezcla con la certeza de una ofensa.

De no mediar un hombre, las dos cuñadas estaban destinadas a odiarse: dos princesas hermosas en una misma historia siguen el mismo destino que las reinas del ajedrez: una de las dos ha de morir. No se trata únicamente del amor de Sigfrido: es la rivalidad por la belleza, por el poder, por la importancia social, por sentirse más amada o más deseada que la otra. Entre los dos cerebros de mujer, igualmente tortuosos e igualmente oscuros, se desata la guerra.

Brunilda hubiera matado directamente a Sigfrido. De hecho, en una lucha anterior ya se enfrentaron. Pero ahora es una mujer casada, una fiera domada, que no puede vestir armadura ni montar a caballo. Krimilda se encuentra en su elemento: la corte y sus tejemanejes, y para colmo, en una situación privilegiada. Ha actuado como primera dama durante muchos años.

La venganza es el motor que mueve la historia. Brunilda quiere vengar su honor. Krimilda, a su marido. Los hechos hacen que los hombres deban vengar a sus familiares o a sus feudos en Etzelnburg. Y la venganza necesita de la simulación y el engaño.

Hagen engaña a Sigfrido y engaña a Krimilda con la idea de una falsa invasión. La estratagema de Sigfrido para conquistar a Brunilda está compuesta de una mentira tras otra; finge la relación de vasallaje que traerá su muerte. Gunther, en su afán de conseguir lo que no le corresponde, está condenado a vivir en el engaño; así lo manifiesta la ridícula escena de su noche de bodas. Ni ante los hechos evidentes la verdad. Las heridas de Sigfrido muerto sangran frente a él, pero continúa defendiendo que lo mataron los bandidos.

También Krimilda miente cuando le interesa; finge ante Atila. Pero el problema de Krimilda no es tanto la mentira como su desinterés por indagar la verdad. Cuando Sigfrido le entregó el anillo y el ceñidor concluyó que le había sido infiel y no se preocupó más. El gran afán de Brunilda, sin embargo, es conocer la verdad. No accede a entregarse a su marido porque quiere descubrir el secreto que le hizo vencedor sobre ella. Después del ultraje de Krimilda decide indagar acerca del reproche que le ha hecho, y respecto a las relaciones entre Gunther y Sigfrido, ve algo que no encaja con la información que ella tiene. Brunilda vive en la oscuridad del engaño y Krimilda en la peligrosa interpretación personal de los síntomas.

El sentimiento de lealtad germánica, la *fides*, aparece por doquier en el cantar. Esta lealtad no era incompatible con el crimen, la traición, el engaño o el perjurio. Hagen se mantiene leal a su señor, cuya fama defiende celoso, y no espera que el destino se muestre piadoso con él. Las leyes que rigen su mundo son tan duras como sus hombres. Por otro lado, Krimilda representa un nuevo concepto de fidelidad: el vínculo cristiano del matrimonio resulta más fuerte que el vínculo pagano de la sangre o de la *fides*.

¿Dónde queda en todo esto el amor? La trama trágica arranca del doble matrimonio en Worms. Las dos parejas plantean maneras opuestas de entender el amor y el matrimonio. El de Sigfrido y Krimilda tiene un largo pasado. Desde la llegada de Sigfrido aún tardan un año en verse. Por otra parte, el enamoramiento es mutuo.

El matrimonio del rey se asienta en bases completamente distintas. No es amor lo que les une, sino la pasión del varón. El medio para alcanzarlo es la conquista, que sólo puede realizarse mediante el engaño. Hay una moraleja cruel: nos presenta el camino que recorre el hombre cuando se deja guiar por sus pasiones. El temor de Krimilda al tener que sufrir por causa del amor se hace realidad. El autor puede resumir el mensaje de su obra afirmando que así es, que el destino del amor es, irremediablemente, el dolor.

Sigfrido, el héroe invencible, aparece como un personaje carismático e irreemplazable: un ser perfecto. Guapo, con una valentía fuera de toda duda, una fuerza insuperable y una educación y nobleza sin par. Sigfrido encarna al hijo respetuoso, el pretendiente elegante, el amigo prudente. Más adelante será un rey justo y poderoso. Sin embargo, oculta un punto vulnerable, no sólo el de la hoja de tilo, sino en su carácter: su excesiva seguridad en sí mismo.

Consciente de que, gracias al poder adquirido, no ha de temer nunca que sus empresas fracasen, olvida que su invulnerabilidad no es total, y además se permite dar rienda suelta a su petulancia. Obra en ocasiones con increíble ligereza. Las faltas de Sigfrido parecen menores: parece orgulloso, y también seguro. Sabe del afecto que despierta en el pueblo, y de su fuerza física. Esos pequeños detalles, como el desplante a Brunilda en Isenstein, cuando le dice que era hora de que le quitaran la espada y le dieran la rueca, le pierden. Tampoco es avaricioso. Pero tantas dotes despiertan la envidia y desencadenan su muerte.

Los héroes deben morir jóvenes y en su plenitud. Sigfrido dejará un vacío irreemplazable en Worms y en su tierra. Privada del personaje amable y brillante de Sigfrido y con sólo figuras mediocres o depravadas para llenar su hueco, la corte iniciará su decadencia.

La muerte de Sigfrido resulta esencial para la historia; está condenado de antemano. El sentimiento trágico del mito hace imposible que la victoria del héroe sea total. En

cierto modo, Sigfrido cae víctima de unos odios que le son ajenos. Su propia celebridad le ha perdido. Si bien él no debió tomar parte en el engaño a Brunilda, se convierte en el juguete de las pasiones de las dos mujeres, la envidia de los reyes y la codicia de Hagen. Sigfrido introduce un elemento extraño en una corte que parece intachable. Los elementos foráneos (él mismo, Brunilda, Hagen, Atila) funcionan como los agentes de la destrucción. Ellos hacen ver que no todo es apacible en Worms.

A su vez, no será él quien se vengue. Ese papel sólo podría tomarlo Brunilda, y ella fue uno de los artífices de su muerte. Sigfrido actúa como eje de la historia. Actúa realmente en todo momento, porque las mujeres manejan y los reyes se valen de él. Le pertenece el tesoro y la gloria. Y, como el de todos los héroes, su ambiente nunca es el propicio.

Gunther goza de varias cualidades estimables; se nos describe educado, osado y valiente, y usa sus riquezas con generosidad. También destaca por su nobleza con sus enemigos. Pero las virtudes de Gunther no dejan de ser superficiales. La contradicción entre los recursos externos de que dispone y sus verdaderas facultades se ponen de manifiesto en la conquista de Brunilda. Gunther quiere quedar bien, quiere salvar su honor, pero le preocupa poco la verdad y deja que sea Sigfrido el que consiga el propósito para él. Es un hombre débil, de voluntad cambiante, sometido a la energía de espíritus más fuertes. Un hombre sin carácter que vive en la contradicción del querer y poder.

Hagen actúa como un hombre fuerte, realista, que infunde respeto y temor, con un profundo respeto a la palabra dada, pero la mayor parte de sus características lo definen como persona dura y temible, un hombre de mirada feroz y espíritu sombrío, temido y odiado. Altivo, jactancioso, desconfiado, frío, calculador, cínico y provocador. No teme al destino. Se presenta como la personificación del poder por el saber; no sólo está dotado de una finísima intuición, sino que conoce la manera de dominar su entorno. Es el verdadero cerebro de su país. Con

su inteligencia mueve los hilos de los que depende el funcionamiento del reino, y su fidelidad al rey resulta sólo la consecuencia lógica de esa circunstancia, porque sólo puede ejercer su poder a través de Gunther. Por ello, cuando Krimilda le invita a trasladarse a su nuevo reino, le contesta que su sitio está junto al rey, y cuando al final se ve ya acorralado, provoca la muerte del rey, porque en el fondo el verdadero señor de los burgundios, el que ha de morir en último lugar no es Gunther, sino él.

La acción de Hagen, instigador, se antoja aún más censurable porque Sigfrido, el héroe que le ayudaba, perece indefenso y a traición, por la espalda. Hagen cumple con su papel de instrumento del destino. A partir de entonces, asumirá todas las consecuencias de su acto. Confiesa impávido y sarcástico el asesinato de Sigfrido. Con toda crueldad, se lo deja a la reina a la puerta. Hagen no sólo es malo; es malísimo. La segunda parte aparece dominada por su titánica figura. Realmente, ha logrado lo que se proponía y ha suplantado a Sigfrido, no sólo porque la historia gira ahora en torno a él, sino porque posee el secreto de los Nibelungos. Su ambición se ha visto realizada. Hagen muere en cierto modo feliz. Había previsto su muerte. Es más de lo que le dejó hacer a Sigfrido.

Atila, el azote de Dios, el gran engañado de esta historia, era temido de forma instintiva incluso en el siglo XIII, como herencia de los tiempos legendarios: el rey más poderoso, generoso y noble, que se rige aún por las normas caballerescas cuando los burgundios y Krimilda siguen ya únicamente el espíritu de venganza. Atila ama de corazón a su hijo y a su esposa, y desea verla feliz. Intenta mostrarse amable y cordial con los parientes burgundios. Todo se escapa de sus manos, pero él no tiene ninguna culpa. Se inició como algo ajeno a él.

Krimilda en su torre, Brunilda en Isenstein, las doncellas en las ventanas, la mujer en el cantar cumple el requisito de ser lejana y omnipresente. Las doncellas están, pero no se las ve. El rango de sus esposos es su propio rango. De ahí el cuidado con que miran por éste. Las

mujeres no están libres de la maledicencia ni de la envidia. Hay una rivalidad constante entre las reinas, que sólo miran a Sigfrido. Las disputas pueriles no lo son tanto. Incapacitada para defenderse, a pesar de su pasado guerrero, Brunilda busca un paladín que mantenga su nombre. Y su venganza, primero la de Brunilda, luego la de Krimilda, será terrible. No hay sentimientos moderados en las mujeres. El amor, la pasión, el odio, todo les desborda.

Como el honor de una mujer quedaba supeditado al del marido, Brunilda se cree en situación de superioridad respecto a su cuñada, al decirle que Sigfrido es vasallo de su marido. Y Krimilda le responde con lo que más daño podía hacer a la reputación de una reina: diciendo que el responsable de la pérdida de su virginidad no fue Gunther, sino Sigfrido.

La mujer no tenía participación en el sexo; satisfacía los apetitos del varón y le daba hijos. Se debía ver honrada por unirse al hombre. Esta objetivización de la mujer se veía resaltada por el hecho de que lo más cotizado en ella, aún por encima de su belleza, era la virginidad. Ahí residía el honor de la mujer. Por tanto, Brunilda se ve dos veces humillada: primero, porque no fue entregada virgen a su esposo; después, porque cree que Sigfrido, el autor, es de clase inferior. Brunilda se defenderá de estas calumnias con todas sus fuerzas. No basta decir que no es cierto. Hace falta que el culpable, aunque sea inocente en este caso, purgue su pena.

Pobre Brunilda. Tanto empeño en las pruebas, para nada. Quería estar completamente segura de entregarse a un héroe sobresaliente. Sus pruebas fueron efectivas; realmente, sólo Sigfrido las superó. Con su amor a la verdad, Brunilda viene a ser la defensora del orden, tanto de la naturaleza como del derecho humano. Por ello, si no soporta el ultraje de Krimilda viene a ser porque en ningún modo puede avenirse a vivir en un mundo al revés en que no rigen los valores que se desprenden de la ley.

¿Ama Brunilda a Sigfrido? Parece probable que así sea. En principio, el destino los reserva el uno al otro. En su

petición de asesinato va implícito el despecho tanto como el ansia de honor. Se comporta como una esposa intachable, pero sin amor hacia su esposo, un hombre mediocre. Y Sigfrido, el brillante, está ahí, siempre misterioso y siempre presente. Su rival en rango y belleza lo tiene. Sus sentimientos resultan evidentes, a pesar de la defensa de su esposo en los torneos.

Brunilda es, junto con Sigfrido, la gran víctima. Sigfrido muere. A Brunilda la engañan desde el principio hasta el fin. Extranjera en la corte como Sigfrido, en su intento de honor y de verdad, es quizás la única figura realmente honesta y que actúa según su moral y sus convicciones.

Krimilda se presenta en un principio como el ideal femenino; una Rapunzel cruzada con una Bella Durmiente. Más tarde se convertirá en su antítesis. Con su nobleza de sentimientos, su generosidad, su educación y su modestia, su recato y, por supuesto, su fidelidad hasta la muerte para con su primer esposo… Sin embargo, ya en sus cualidades hay algo dudoso. Krimilda no defiende la virginidad por considerarla una virtud, sino por comodidad. Asegura que no desea casarse nunca porque así se ahorrará sufrimientos. No piensa cumplir con su papel social.

También en su fidelidad a Sigfrido hay algo turbio. La esposa más fiel que haya podido imaginarse acarrea la tragedia. Se comporta como una frívola. La culpable de la disensión con Brunilda es ella, provocándola con su comprensible pero indebida petulancia. Y también revela a Hagen el secreto de su marido, aun conociendo el carácter del favorito.

Tampoco después de la muerte de Sigfrido actúa claramente. Teniendo que elegir entre la familia de su esposo y la suya propia, prefiere quedarse con su madre y reconciliarse con su hermano a volver a ver a su hijo. La niña mimada por la corte, bonita y protegida, tiene una suerte inmerecida y se jacta de ello. Ya por el orgullo se destruyó la torre de Babel. También ella morirá, en castigo por sus intrigas y su maldad.

En la historia la certeza del final fatal se extiende como hilo conductor de la epopeya. Aparecen todos los registros alegres del mundo cortesano, pero estos momentos quedan ensombrecidos por el presentimiento del final trágico. Todo predispone al final. Al término de la primera parte, el furor demoniaco de Brunilda preludia lo que será la segunda parte. Este sentimiento de fatalidad, inevitable desde que Gunther conoce la existencia de Brunilda, marca el tono fundamental de la segunda parte. Hagen pasa entonces a primer plano, tan duro e inquietante como Krimilda. Ambos viven con una convicción dura e inhumana que les impulsa a las más radicales decisiones, aun a costa del propio desastre.

Ambición y amor, rivalidad y violencia... ¿hay algo más actual que esto? Basta hojear las páginas de las revistas femeninas y revisar los consejos que dan para triunfar en amor, belleza y negocios. Andemos con ojo. Quizás las mujeres no sean peores que los hombres, pero son tan fuertes como ellos. Y, cuando la presión acecha, tan decididas como el más arrojado de ellos.

Los convencionales

Las leyes humanas y divinas demuestran que el amor, en la mayor parte de los casos, desaparece con el tiempo, y, lo que es más grave, al poco tiempo. Desaparece la pasión, de modo que ¿por qué no adelantarse y asegurarse de que la unión, con pasión o sin ella, dure lo más posible? Al fin y al cabo, en eso se ha basado la familia occidental durante siglos, y con mayor o menor fortuna ha llegado hasta nuestros días.

Se dejan muchas cosas de lado, se abandonan muchas cosas por el camino en nombre de la seguridad. El ser humano, esa caña pensante, enclenque y temerosa, aborrece de tal manera los golpes que puede rebajar su dignidad hasta extremos inimaginables con tal de sentirse a salvo. El amor no supone, por supuesto, un descenso en la dignidad humana, ni mucho menos. Es una opción libre, y la manera de vivir en pareja merece todos los respetos.

Una actitud común frente a las relaciones convencionales parece la de considerarlas talleres de desguace del amor: con sus remiendos, los dos miembros de la pareja han decidido guarecerse contra el mal tiempo. No tiene por qué ser así. Durante siglos, ajenos a los avatares de la pasión, hubo matrimonios bien avenidos y desastres de pareja. A veces, con el tiempo... dicen que el roce hace el cariño...

El amor pasión, afirman, evoluciona hacia formas más civilizadas y menos apresuradas de afecto: surge el compromiso, la ternura y el apego. Pesan los días vividos y las experiencias compartidas. El sexo, aparte de una entrega extática, puede suponer una forma apacible de comunicación. Algunas personas prefieren comenzar desde el principio con una seguridad casi absoluta en las

relaciones amorosas.

Al fin y al cabo, hay pocas cosas que duelan más que un traspié emocional; y si las viejas recetas funcionaron para abuelas, madres, padres, abuelos, serán sin duda buenas y válidas para los hijos. Se trata de retoños satisfechos con la educación que han recibido, que pasarán como un legado a sus hijos, y que gozarán, socialmente, de una aprobación poco común ante los alocados comportamientos de los jóvenes enamorados.

Y así, se ahorrarán una buena cantidad de disgustos, y posiblemente parte de los gastos de la boda: la novia puede elegir casarse con el vestido de mamá.

La ratita presumida: un buen hombre que te mantenga

Si la ratita presumida se supiera «sacar partido», sin duda sería todo un espectáculo. No hay más que verlo: en el cuarto de hora, como mucho, que le puede llevar barrer la puerta de su casita, recibe tres peticiones de matrimonio, y eso sin tener casi que abandonar el hogar.

Sin embargo, o bien la criatura tiene el sueño muy ligero, o está obsesionada con un detalle en apariencia trivial. Ella no pregunta por la fortuna, el atractivo o el afecto de los pretendientes: quiere saber qué hacen por las noches, si se marchan de juerga, si se quedan hasta las tantas con los amigotes, si son hogareños, si se quedan dormidos frente a la televisión.

Sin duda, los mozos la malinterpretan, porque todos piensan en lo mismo. O, como dice un amigo mío, en lo único. Las descripciones de su conducta sexual aterran a la ratita, que les da puerta y continúa esperando a que acierte a pasar por allí su media naranja. Un ratón, qué casualidad, de buen aspecto, con brillantes bigotes y porte ratonil.

Que dedica las noches a dormir y a roncar. O a dormir y callar, según otras versiones.

«¡Bien! Contigo me he de casar.» (Imaginamos que después de una terapia del sueño, porque hay pocas cosas más insoportables y que predispongan tanto contra el

compañero de cama como que ronque. Y, tal vez, que demuestre demasiado apego a sus calcetines.)

Un ratón que duerme profundamente durante la noche ha trabajado muy duro durante el día (o padece apnea del sueño), y si además respeta rigurosamente sus horas de descanso, trabajará muy duro el día de mañana. Llevará una vida ordenada y decente, y será la garantía que un hogar honorable necesita. Asegurará el bienestar de su esposa, y también el de la prole.

Un ratón que duerme y ronca no asusta sexualmente. No la despertará con *guaus,* ni *miaus,* ni exigencias extrañas. Y posiblemente busque una buena chica que no dé problemas. Bien mirado, está claro que son el uno para el otro. Se casarán, serán felices y tendrán muchos ratoncitos adorables que educarán con esmero.

Hubo un tiempo en que no existía nada más angustioso para una muchacha que quedarse sola. Una mujer aislada, sin derecho a posesiones ni a una independencia propia, debía encontrar rápidamente un protector.

Eso debía tener en mente doña Jimena cuando se quedó huérfana y acudió a demandar justicia al rey: o encuentro un maromo que me mantenga, o me muero de hambre. De acuerdo, quizás en vez de maromo dijo zagal. Pero la idea es la misma.

Por la misma época Krimilda y Brunilda se tiraban de los pelos por el rubio Sigfrido, doña Alda moría de infarto al saber de la muerte de Roldán, y las incitantes judías tentaban a los reyes con sus encantos. Castilla vivía un poco aparte de todas esas tonterías.

En primer lugar, destaca la ausencia de elementos fantásticos en torno al Cid. Ni dragones, ni enanos de un pueblo maldito, ni anillos encantados ni olifantes más efectivos que un equipo estéreo. El héroe castellano combate sin cesar con los hombres que le siguen fieles hasta la muerte, y ni siquiera el milagro de ganar una batalla después de muerto puede atribuirse a un gesto fantástico, sino al pavor inspirado entre los moros malos malísimos.

Rodrigo Díaz de Vivar era un héroe como Dios manda,

con la cabeza bien amueblada, y no podía permitirse veleidades que le apartaran de la espada. Un ratón con todas las de la ley, que sin duda roncaba por las noches, tras la satisfacción del deber cumplido. Quién sabe si Jimena no le tenía echado el ojo de antemano, aunque el hecho de que fuera el Cid precisamente quien había matado a su padre no parecía que augurara muy buenos presagios a la pareja.

Sin embargo, cuando la muchacha acude al rey en busca de justicia, al poderoso monarca no se le ocurre otra cosa que casarlos. El Cid acepta. A él no se le caían los anillos por reparar una ofensa de nada. Si había que casarse con Jimena, se casa uno con Jimena. Para colmo, parece que el muy sinvergüenza de Rodrigo Díaz de Vivar había tenido sus más y sus menos con la princesa doña Urraca, o en ello andaba. Menudo papelón el de Jimena.

Por cierto, doña Urraca no volvió a hablarse con Rodrigo. Parece que se tomó muy a mal el abandono y la posterior boda del héroe, y la siguiente vez que se encontraron, lo corrió a gorrazos, aunque la posteridad lo haya ocultado con versos mucho más refinados («Afuera, afuera, Rodrigo...»). No se sabe cómo reaccionó él, pero parece que continuó, polvo, sudor y hierro, por la estepa castellana, y que le fue bastante bien en el matrimonio, y en las luchas contra los moros.

El budín: el señor de la casa

A un hombre como el Cid nadie le negaría el puesto natural de *pater familias.* Había demostrado con sus actos y sus costumbres ser un hombre fuerte. Incluso había cumplido con la patria dejando en herencia varios hijos con su mismo material genético. Ese hombre podría vivir en paz en lo sucesivo.

O no.

Muy a diferencia de la ratita, que siempre encontrará algo que hacer en casa, sea barrer, fregar, coser las cortinas o los calcetines, ensayar una nueva receta, el señor de la

casa gobierna sobre ella, pero no reina. Su ambiente natural no es, precisamente, esas cuatro paredes. A veces ni siquiera las ha decorado él. El hombre de esas características pasa por su casa como de visita, y tiene miedo de colocar los dedos sobre los muebles, no vaya a recibir una bronca por dejar huellas.

Valorará a la mujer por sus cualidades domésticas, y en determinado momento farfullará, como el rey del cuento, de su hija: «No es muy espabilada... ni siquiera sabe cocinar».

Determinados días coge a la mujer («Ponte guapa, cariño, que te saco a cenar»), pero luego los niños son pequeños y no hay con quién dejarlos, o mañana el colegio comienza temprano, o la mujer no tiene nada que ponerse. Para poco en casa, y si lo hace, escoge sus rincones propios, que nadie debe arrebatarle: la biblioteca de papá, el sofá de papá. Marca su territorio, como tantos otros machos dominantes.

Conoce de manera tan superficial la casa que no sabe valorar el esfuerzo que conlleva mantenerla limpia, ordenada y en aparente calma. No desconfía de que la ratita trabaje, pero no le parece que eso sea comparable a un trabajo *de verdad.* Que vaya a la oficina todos los días si cree que pasar el polvo y fregar el suelo es duro. Tiene buen corazón, pero se muestra incapaz de apreciar lo que tiene en casa.

Sin embargo, se considera hogareño: al menos, no pasa todo el día fuera, como otros hombres que buscan en bares o en otros lugares lo que no han sabido construir en casa. Es un hombre que, por lo general, detesta estar lejos de su casa y su familia, pero que odia regresar a la rutina.

Buscaba la estabilidad en el amor, y ahora que goza de un matrimonio estable, de una familia firme y del plácet de la sociedad, se siente vacío. Ahora, a ver cómo los hijos crecen, a casarlos, a envejecer. ¿No hay más? Debe de haber más. Muchos otros han encontrado más. Hizo mal al comprometerse tan joven, y la hipoteca pesa, pesan las letras del coche, los plazos de la lavadora, las

mensualidades de inglés de la niña. Y una mujer tan oscura, tan indefectiblemente habilidosa, eficaz y formal.

Se comprará un coche deportivo, en el que descubrirá tarde que no hay sitio para equipaje ni para los niños, porque fue lo que siempre quiso hacer. Comenzará a retomar las amistades de la juventud y a buscar su propio espacio. Flirteará con compañeras de oficina, se cortará el pelo o se lo dejará largo, y regresará a los vaqueros. Las convenciones permiten que el padre no dedique demasiado tiempo a sus hijos, aunque censure a la madre si obra de manera similar, de modo que él goza de mayor libertad.

Si pueden más sus anteriores convicciones, la crisis será pasajera, y la pareja se beneficiará de ello. Si no es así, el fantasma del divorcio planeará peligrosamente. Nadie se explicará el proceso: eran una pareja normal, se llevaban bien, no tenían problemas, novios de toda la vida, buenos padres. La crisis de los cuarenta. La mujer se hará cargo de los niños, él pagará escrupulosamente la pensión.

Algunas tardes, cuando ella haga limpieza y encuentre las fotos de la boda, o cuando los chicos hayan terminado la visita semanal a su padre, los dos se sentarán, frente a la ventana, y se preguntarán por el tiempo robado, por los engaños mutuos, las mentiras, el lento fallecimiento de la ilusión común que les mantenía unidos, una ilusión tan modesta: ser como los demás, hacer lo que los demás, sentir lo que los demás.

La princesa del guisante: la chica-florero

¿Quién puede resistirse a una muchachita desvalida que precisa de la hospitalidad de un fornido príncipe, y con una piel de seda capaz de detectar un guisante bajo doce colchones? ¿Quién podría cerrarle la puerta y el corazón a tan desvalida flor?

A diferencia de las mosquitas muertas, también llamadas Rapunzel, las princesas del guisante no han de superar ninguna prueba. Ni ninguna espera. Aparecen en el momento justo en el sitio indicado, parpadean y consiguen

su objetivo. O tienen mucha suerte, o son diabólicamente listas.

Posiblemente esta chica supiera que el príncipe buscaba esposa, y que estaba obsesionado con que su elegida fuera una auténtica princesa. Siendo un caballero *comme il faut*, no iba a retarla a algo tan violento y sudoroso como el lanzamiento de piedra y espada, y el salto de longitud; eso queda para las brutas de las Brunildas. Fuera cual fuera la prueba, pondría en tela de juicio su delicadeza y buen gusto, y es de ingenuos pensar que ella no estaría preparada para eso.

La imagino, ya en el castillo, cepillándose cien veces el pelo y puliendo su manicura, dándole vueltas a la cabeza antes de acostarse. ¿Cuál podría ser la prueba? Revisa todos los trucos que su abuela y su madre le enseñaron: el zapatito de cristal, la prueba del baile… pero no, nada de eso. Al final, su vista se fija en la montaña de colchones que se alza en mitad de la alcoba. Pasa la mano por debajo de ellos y encuentra el guisante. Sonríe. Lo deja de nuevo en su sitio, saca el colchón superior, lo tiende en el suelo y queda plácidamente dormida. Al día siguiente se queja de cardenales y dolores… debía de haber algo en su cama. Automáticamente, boda.

La chica-forero no es tonta; simplemente, juega sus bazas. Ella no consigue marido por tener la piel sensible; lo logra porque dice lo que él y su madre esperan de ella. Una princesa menos cauta hubiera sonreído y hubiera dicho que no se encontraba muy bien, sin dar más detalles, por miedo a que la consideraran una quejica. La chicaforero hace de sus quejas un arma, y espera a que alguien tienda los brazos antes de desmayarse.

Otras juegan a *ser femeninas*; ella juega a convertir los deseos del otro en realidad. No es una *miss* princesa: ni siquiera tiene que ser bella, como las anteriores. Le basta con encajar en el perfil que el príncipe desea.

Se las ve como azafatas en los concursos, como bailarinas, como guías o en puestos de poca o nula relevancia. De pronto, alguien repara en ella. ¿Cómo podría

haber pasado tanto tiempo oculta? La convierten en una estrella, o la elevan al matrimonio o ambas cosas. Sonríen y se atusan el pelo. ¿Cómo lo han logrado? Oh, el secreto es ser una misma.

Cuando se cansan de ser una misma, cambian y se transforman en otra.

¿Quién puede resistirse a la personificación de los sueños?

La ratita: obedece a tus mayores

Antes de la revolución del 68, antes de que la juventud fuera considerada no sólo un tesoro divino sino una clara ventaja social, la idea de que los jóvenes rigieran el mundo movía más a la risa que a otra cosa. Por supuesto, de los jóvenes y los niños sería el futuro... algún día... cuando llegara... muy muy en el futuro. Las muchachas le pedían prestado el collar de perlas y la barra de labios a sus madres, y hacían pequeñas incursiones en el futuro encargándose de la casa, o de los hermanitos pequeños. Los chicos fumaban el primer cigarrillo y se tomaban la primera cerveza cuando algún acto de iniciación social, o cuando su propia rebeldía, les hacía tomar conciencia de que ya habían dejado de ser niños.

En la actualidad, las madres sueñan con que las tomen por hermanas de sus hijas, y los padres disimulan las canas, o se compran coches deportivos para que el fantasma de la juventud les acompañe. Aunque ellos no lo sepan, el mundo ha ido a parar a las manos de los jóvenes. O, mejor dicho, el mundo continúa siendo de quien fue, pero se les ha hecho creer a los jóvenes que en realidad es suyo, que todas las oportunidades están abiertas, que tienen el ancho panorama de la tierra para desbrozar. Y los adultos que poseen el poder se desviven por parecer menores.

Esta idea, por supuesto, se extendía a las relaciones amorosas, y ha variado, en consecuencia. Desde *El sí de las niñas*, los padres que condicionan los matrimonios de sus hijos han sido censurados en mayor o menor medida. Estas

uniones partían de un principio ya anticuado: que el amor no aportaba nada al matrimonio. Es más, que estorbaba abiertamente en una relación de ese tipo. Se unían dos intereses, dos capitales. Se fundían dos familias. A los jóvenes se les daba esa responsabilidad con la esperanza de que estuvieran a la altura.

El amor pasión ha terminado con esa mentalidad, al menos en parte. Las uniones instigadas por la familia en bien del prestigio del clan continúan dándose, pero se enmascaran bajo la cubierta del enamoramiento. Ya vimos en *Pulgarcita* que las maneras de provocar un noviazgo son múltiples y muy variadas. Cuando me encontraba en la universidad, en Deusto, era fama de que los estudiantes de Derecho, Empresariales e Ingenieros se veían acosados por niñas locas por salir con un buen partido, y por padres ilusionados con la idea de tener un yerno fiscal o notario. Al llegar la primavera, coincidiendo con los cambios de vestuario, los pasillos de Filología se llenaban de abogados que venían de caza. No por los encantos de las filólogas, todo hay que decirlo, sino porque allí estaban también las clases de Secretariado y Turismo, y sus estudiantes, prácticamente chicas en su totalidad, arrastraban la fama de mostrar mucho más interés por la moda, el estilo y el coqueteo que cualesquier otras de la universidad.

Dudo que gran parte de esos romances perduren en la actualidad, pero muestran, una vez más, un patrón generalizado. Las muchachas que pueden escoger, eligen hombres con prestigio y poder. Los hombres a los que su posición permite decidir, escogen muchachas hermosas, sin reparar en su estrato social.

¿En qué punto afecta esto al primer amor, que se supone limpio de prejuicios? Bien, es tan fácil enamorarse de un botones como del dueño del hotel. y resulta infinitamente más práctico hacerlo del dueño del hotel. La fantasía rodea la idealización del amor como la gasa los vestidos de novia. En la lista del hombre ideal suele haber champán y rosas, diamantes y cruceros románticos, *collages* hechos a partir de revistas, novelas y teleseries. Hace falta

mucho tiempo libre y mucho dinero para ello. Y en el caso de los varones, la fantasía del mecánico rudo y machote que hace perder el sentido a la niña de buena familia continúa siendo un icono poderoso.

Por lo general, los padres se oponen radicalmente a las relaciones de sus hijas con hombres de una clase social inferior a la que ellos ocupan: puede hacerse una excepción en caso de que el pretendiente posea más dinero, como se acostumbró desde siempre entre familias nobles pero arruinadas. Aun así, las hijas de pasado confortable raras veces se casaban con plebeyos; acostumbradas a una vida relativamente fácil, las responsabilidades que adquirían con ese amor echarían para atrás a la más pintada.

Por lo tanto, muchas veces son los deseos de los jóvenes, sabiamente encauzados por las ideas de los mayores, lo que puede conducir a ese tipo de relaciones. A las muchachas de otros tiempos no les cabía tanta suerte. La mayor parte de las princesas y reinas escucharon a sus mayores, y dieron su consentimiento. Algunas de ellas se quejaban amargamente de no haber nacido campesinas, y poder así escoger el rumbo de su vida libremente.

Ha habido un caso histórico curioso, la transformación en cuento de hadas de una vida y un matrimonio que no lo fue, pero que generaciones de mujeres transformaron, por influencia del cine, en un idilio perpetuo: el de Elisabeth de Austria, *Sissi*, y Francisco José.

La historia en sí, como la de Diana de Gales, guiña el ojo a la de Cenicienta. Sissi de Baviera tiene dieciséis años, ha sido criada en un ambiente relajado, en contacto con la naturaleza, y es poco más que una duquesita empobrecida con parientes ilustres. Sobrinas y nietas de reyes, su hermana mayor, Elena, atrae la atención de la emperatriz madre de Austria; es hermosa, dócil y bien educada. Las dos hermanas son invitadas a la fiesta de cumpleaños del emperador, pero la presencia de Sissi se limita a la de una carabina. De pronto, en la cena de pedida, la muchacha entra en el salón, tarde, como acostumbra, y Francisco José cae fulminado. Desaira a su otra prima, y pide en

matrimonio a Sissi. Decepción de las damas que tramaban la boda, lágrimas de Elena, desconcierto de Elisabeth, pero el emperador se sale con la suya. La chiquilla regresa a su casa en espera del consentimiento no tanto de su padre, que se opone («Te lo desaconsejo —llega a escribir a su esposa —; es un bobo»), como del rey de Baviera. En pocos meses, que se marchan preparando un ajuar fastuoso que no satisfará a la exigente corte de Viena, la chica desconocida se convierte en emperatriz; su boda pondría punto y final a un auténtico sueño rosa.

La realidad se aleja bastante de esa quimera romántica. Sissi no deseaba casarse, y menos con el emperador, a quien apreciaba, pero cuyo carácter débil no comprendía. Era de por sí una mujer complicada, hipersensible, rebelde, que se llevaba a matar con su dominante suegra. Sus hábitos no encajan con los de la conservadora corte vienesa, y las críticas se suceden sin piedad. Se la aparta de sus hijos, que han de recibir una educación acorde con su posición. Vive los compromisos reales, que no permiten la menor intimidad, como una carga inaguantable. A la culpa de haber arruinado la vida de su hermana Elena se le une la muerte de su hija mayor, Sofía, y las acusaciones de no estar a la altura de las circunstancias.

Cae enferma y la envían a Madeira. Ya recuperada, un mes en la corte la pone al borde de la muerte de nuevo. Recala en Corfú. En adelante, no regresará a Viena más que de vacaciones. Vive por y para su salud y su belleza, sufre trastornos alimenticios y se somete a regímenes severísimos y ejercicios exhaustivos (incluso, lo nunca visto, con anillas y aparatos gimnásticos), lo que le da una fama de excéntrica que no le abandonará en lo sucesivo. Sola, ajena a las infidelidades de su esposo, que sin embargo continúa fascinado por ella, aprende húngaro y griego, simpatiza con la causa republicana, escribe poemas y huye del protocolo, los nobles y las fotografías para visitar manicomios. Mientras tanto, asiste impávida a la desintegración de un imperio y a la desmembración de su familia: mueren tantos, y en causas tan trágicas, que se cree perseguida por la

Dama Blanca, un espectro infernal. Su propio hijo, el heredero, se suicida en circunstancias escandalosas. Es una reina moderna en un reino casi medieval.

Morirá asesinada por un anarquista, que deseaba matar a otro rey al que no encontró. A partir de entonces, su nombre se modificará, su historia se transformará en un cuento rosa y sentimental. Ni siquiera muerta pareció lograr su objetivo de escapar de las convenciones.

¿Hubiera sido Elisabeth más feliz de haber podido elegir su matrimonio? Sus hermanas Matilde y María no lo fueron; pero las brillantes bodas de las dos pudieron deberse a su parentesco con la emperatriz. Tampoco Francisco José, ese funcionario tan poco vistoso, pareció serlo con ella, salvo quizás durante los primeros meses, en los que aguardaba que la muchacha cambiara. Era un hombre convencional, atractivo, consciente de sus obligaciones, juguete primero de su madre, influido luego por su esposa. Malcrió y consintió a Elisabeth todo lo que su conciencia le permitía, pero sin duda la distancia era demasiado grande.

El carácter de Sissi quizás no le hubiera permitido la felicidad. Era joven, tímida, soñadora, en una corte en la que el chambelán le entregó un cofrecito con monedas de oro en pago de su virginidad, en la que debía pasearse por los jardines con vestidos ajustados para mostrar su embarazo, en la que era seguida por varias damas cada vez que cambiaba de habitación. Una vida envidiada por muchas que ella despreció y de la que huyó. Cuando supo lo que deseaban vivió como quiso y pensó en ella en primer lugar, sin dejarse sobornar por chantajes emocionales, sin amedrentarse porque la consideraran loca, desnaturalizada, mala madre o una pésima emperatriz. Despreció todo lo que no hubiera elegido ella misma. En una época en la que los emperadores sólo abandonaban su poder bajo amenaza de muerte, su actitud no deja de tener mérito.

Griselda: la recompensa del sufrimiento

A Griselda, sin embargo, no se le pasa por la cabeza la idea de huir en ningún momento. Si Elena, la educada y adorable hermana de *Sissi*, se hubiera casado con Francisco José, hubiera sido sin duda una discreta Griselda, abnegada, entregadísima, excelente ama de casa y madre devota. Así educaron, durante generaciones, a las mujeres de toda clase y condición.

Era la que correspondía al *pater familias.* Posiblemente, una ratita presumida en sus tiempos, con varios pretendientes, lo que, cada vez que vuelve la vista atrás, le hace pensar:

«¿Y yo por qué no me casaría con Fulanito, con lo majo que era y lo mucho que me quería? Además me había prometido decir *guau* por las noches.»

No hay vuelta atrás. Ahora es una Griselda, casada, envidiada y sufrida. Algunos la acusan de ser demasiado sensible, de tomarse todo demasiado a pecho. No sabe olvidar y dejar atrás las nimiedades del pasado. Cuando se es ama de casa y todo el día transcurre entre cuatro paredes, con un alto en el camino para bajar al súper a por naranjas y lechugas, sobran horas para rumiar las frases, buscarles dobles y triples sentidos, y sufrir como una condenada.

Cuando el marido llega o recoge a los niños del colegio, desarruga la frente y sonríe. Es preferible que nadie sepa lo que siente. Las considerarían cosas de mujeres, tonterías. Cierto que cada vez son menos considerados con ella, pero tal vez no se den cuenta, o están en una edad muy difícil, o tienen mucho trabajo. Ser mujer, ya lo dijimos antes, supone pertenecer al bando de los perdedores, y ésta en concreto ha cursado varios másters en resistencia al dolor.

Pero cuando los hijos se van de casa, comienza a recibir alabanzas: nadie cocina como tú, mamá. Mamá, no hay modo de planchar una falda de tablas, ¿cómo lo haces? O la hermana, de la que es eterna confidente, le trae un esqueje de un geranio que llevaba mucho tiempo buscando. Y un día, de pronto, descubre que el marido se siente celoso

porque el pescadero (aunque él no sabe que es el pescadero) le ha saludado con una sonrisa por la calle, y durante todo el trayecto a casa le toma con más fuerza la mano.

Tal vez al día siguiente le toque el mismo trabajo, la misma atención distraída de los suyos, pero le ha bastado: se siente querida, es necesaria, quién sabe qué harían sin ella. La felicidad, a veces, reside en gestos tan pequeños como ésos.

Mantengo una apuesta conmigo misma desde hace unas semanas, desde que me enteré de esta historia de una Griselda en ciernes. Aún permanece soltera, y posiblemente continuará así toda la vida, pero eso no quita que sea un perfecto ejemplar de sufridora.

Tiene mi edad, y está enamorada de un poeta joven. En un principio, las cosas parecían maravillosas, el poeta es más que razonablemente guapo, la llenaba de hermosos poemas y frases devastadoras, se dedicaban al sexo durante días, y únicamente su trabajo (es azafata) la alejaba de un cariño que cultivaba con el esmero imaginable.

Entonces, cuando la relación parecía al fin consolidada, él comenzó a relajarse: se sucedieron las tardes junto al teléfono mudo, y muchas lágrimas, pero las guardaba para ella. No quería ser acusada de posesiva, celosa o dependiente. Los celos le hacían imaginar que había alguna otra (los celos y las amigas, menos ciegas y más escépticas), pero temía deshacer el encanto si mencionaba la palabra «infidelidad».

Una tarde le pidió permiso al amado para usar su ordenador y escribir su *curriculum*: con su característica torpeza para la informática, abrió otro documento, que resultó ser el diario del poeta en cuestión. En él expresaba, en términos muy crudos, su opinión sobre ella, y sólo dejaba en el aire una pregunta: ¿Por qué seguía con ella?

Eso fue, exactamente, lo que ella le preguntó, deshecha en lágrimas, y él, violento ante su reacción, trató de negarlo todo. Luego se disculpó. Más tarde, reiteró su amor por ella. Griselda se marchó de su casa, en parte confortada por las

contradicciones del chico: mientras se mostrara tan confuso, el terreno no estaba del todo perdido. Él prometió cambiar. No ha cambiado. Ella prometió no llamarle ni volver a hacerle caso. No lo ha cumplido.

Yo apuesto a que ella no romperá esa relación. Tendrá que ser él, con mayor brutalidad aún que la expuesta en el diario y en su desatención, quien la abandone. Ella está aún segura de vencer, y ojalá yo me equivoque, pero me temo que esta historia de sufrimiento no tendrá su recompensa. Sospecho que nuestra Griselda se convertirá pronto en una Sirenita.

Alí Babá y los cuarenta ladrones: la secretaria

Si todas las secretarias del mundo fueran tan eficaces como la astuta criada de Alí Babá, hace tiempo que los jefes se hubieran batido en retirada y hubieran entregado el poder en manos de estas mujeres discretas y eficientes.

En los tiempos en los que ser secretaria era algo que se le permitía a regañadientes a las chicas de buena familia, y únicamente mientras se mantenían solteras, las mujeres temblaban ante estas intrépidas jovencitas. Incluso cuando no eran ni tan jovencitas ni tan intrépidas, la secretaria era «la otra», la que le cuidaba en la oficina, la que se ocupaba de detalles privados y públicos, la que compartía un mundo muy distinto al de las Griseldas o las ratitas presumidas. A una secretaria se le añadía el plus de inteligencia, un toque de mundanidad y tantas horas junto al jefe como su familia.

Por otro lado, no es de extrañar que un hombre al que conocían bien, su superior, al que en muchas ocasiones admiraban y con el que se sentían a gusto, despertara pasiones. Las fugas de los jefes con sus secretarias continúan dándose con menos escándalo, pero con igual empeño: escapar de lo cotidiano y refugiarse en algo conocido, pero no tanto.

La devoción entre subordinado y jefe da en ocasiones lugar a situaciones confusas. La criadita de Alí Babá actúa movida únicamente por lealtad a su amo, y en cierta

medida, para salvar la vida. Una mujer sin hombre resultaba en aquel ambiente algo tan aciago como lo era en la Castilla medieval, y aquella familia contaba ya con demasiadas mujeres: la de Alí Babá, su cuñada-segunda esposa, y la criada, como mínimo. De todas, la que se encontraba en situación más precaria era ella. Su lealtad, no obstante, encuentra un premio: se casa con el heredero de Alí Babá, entra en la familia como miembro de pleno derecho y ello le proporciona vivir con una gran fortuna.

Otros no fueron tan afortunados. Siempre hubo, por supuesto, jefes que despertaban pasiones, y alguna que otra reina que trajo de cabeza a sus vasallos. Olvidémonos de Ginebra o de Isolda y quedémonos en algo más cercano, en Isabel de Portugal, esposa de Carlos V.

Quedan de ella retratos que la describen como una bellísima mujer a la que no se le caían los anillos por gobernar el país en ausencia del emperador. Los palaciegos la adoraban, pero ella, como cualquier reina que se precie, se mostraba cortés y amable con todos, pero con todos de igual manera. Murió joven, de sobreparto, creo recordar, y fue enviado el duque de Gandía, que la amaba locamente, a custodiar el féretro mientras lo trasladaban a Granada. O bien Carlos V no lo sabía, o bien pasó por alto el detalle, y a ello se le unió el hecho de que era uno de los nobles más eficientes y de mejor fama de la época.

Hubo que abrir el ataúd al llegar a Granada, para dar fe de la persona fallecida; el calor y el viaje habían causado tales estragos que el duque, al descubrir descompuesto el bello rostro de la reina, exclamó, al borde de la histeria: «¡Nunca más servir a señor que se me pueda morir!».

Renunció a títulos y honores, y se hizo jesuita. Se ve que este señor cuando hacía las cosas las hacía bien, porque fue canonizado, ya ven las vueltas que da la vida, como San Francisco de Borja.

Dicen que no hay ningún gran hombre para su mayordomo, pero tal vez habría que revisar el dicho. Cuando el amor anda por medio, a cualquiera le parece un gran hombre su amado, incluso aunque sea el mayordomo.

Los invisibles

El amor es de por sí escandaloso. El enamorado desea gritar su amor a los cuatro vientos y hacer partícipe al mundo de su felicidad. De hecho, los enamorados se ponen bastante inaguantables y durante el tiempo que les dura el virus no saben hablar de otra cosa que no sea su objeto amado, sus virtudes, sus defectos, sus gestos más nimios. Cuando no están con él, le traen en la memoria, y de paso, lo traen a la memoria de los demás,

Por ello debe de ser especialmente duro ocultar un sentimiento tan fuerte: enamorarse del hombre invisible y hablar de él, o con él, en susurros.

Los amores furtivos, los que no se toleran o resultan vergonzosos por alguna razón, tienen un elemento de interés que puede asegurar su duración en el tiempo: los enamorados se convierten en héroes luchando contra el destino, contra leyes injustas o comportamientos prohibidos. Nada sabe mejor que el amor con salsa de clandestinidad. Y nada frustra más a la larga que comerlo con esa salsa mañana, tarde y noche.

Otra de las características del amor, de todas maneras, es la arrogancia y el valor. Frente a los amores invisibles y acallados siempre queda la opción de enfrentarse cara a cara y resistir contra viento y marea los comentarios, las pullas y las presiones. Sólo de esa manera se demuestra que se lucha por algo que merece la pena. Sólo de esa manera se baña de oro un afecto de hojalata.

Apolo y Jacinto: salir del armario

A Apolo, dios del sol, insigne poeta, músico delicado,

atractivo mozo, rubio con pocas posibilidades de quedarse calvo, arquero de pulso firme, hijo del rey del cielo, mejor le hubiera sido dedicarse a la jardinería. Enamoradizo e inconstante, empedernido soltero, le dieron calabazas las dos veces que decidió enamorarse en serio: la primera, de Dafne, que no podía verle ni en pintura y que prefirió convertirse en laurel antes que consentir que le pusiera un dedo encima; la segunda, de Jacinto, un encantador muchacho a quien el propio Apolo se cargó de un leñazo en la cabeza, o, hablando con mayor propiedad, en una desafortunada competición de lanzamiento de disco. Posteriormente, Jacinto se transformó en la flor que lleva su nombre. A Apolo no le quedaba más consuelo que coronarse con guirnaldas de sus amados vegetales.

Zeus había tenido también sus más y sus menos con Ganímedes, el copero real, y los griegos seguían con toda naturalidad el ejemplo dado por sus dioses. En ningún momento se consideró, ni en Atenas ni en Esparta, menos dados a los placeres terrenales, que la bisexualidad o la homosexualidad fuera una tara o un pecado.

Las civilizaciones posteriores fueron menos comprensivas que los griegos: no había nada peor para un hombre que ser tachado de homosexual, y ni digamos en una mujer. Se convirtió en una falta, un pecado, un acto contranatura. Los homosexuales eran enfermos, pervertidos, tarados o cosas peores.

Eso obligaba a muchas personas a llevar una doble vida: se casaban, tal y como dictaban las leyes heterosexuales, y al mismo tiempo se las arreglaban para mantener contactos homosexuales. La clandestinidad no arreglaba precisamente sus problemas. Ellos no eran felices, tampoco podrían serlo sus amantes, relegados a un segundo plano, y mucho menos las familias impuestas, mujeres e hijos.

Pese a una mayor tolerancia aparente, la incomprensión y las burlas, la censura continua hacen difícil a una gran cantidad de homosexuales reconocer públicamente su tendencia: es decir, *salir del armario*. Por

otra parte, nadie tendría por qué aclarar o difundir sus preferencias sexuales, pero los homosexuales resultan demasiado visibles y, en muchos casos, las actitudes privadas toman el carácter de oficiales.

Ciertos mitos, como los del afeminamiento o «pluma» del *gay*, el reparto de roles masculino-femenino en la pareja homosexual, la fealdad o resentimiento contra los hombres de las lesbianas, la exquisita sensibilidad, la mayor promiscuidad o la falta de fidelidad impiden un acercamiento entre dos tendencias, la *homo* y la *hetero*, que jamás debieron alejarse.

Las dificultades que posee un adolescente heterosexual para conseguir una pareja se intensifican en el caso del homosexual. Si bien puede pasar desapercibido durante algún tiempo, porque las amistades con miembros del mismo sexo suelen ser torrenciales a esa edad, el rechazo y las posibilidades de que un secreto no siempre bien asumido se difunda añaden mayores miedos e inseguridades. Las posibilidades de atinar aumentan en los locales «de ambiente» o bares *gays*. Eso lleva a pensar a cierta parte de la sociedad, no sin recelo, que los *gays* tratan de crear sus propios guetos en los que sentirse más seguros.

Es lógico que entre la comunidad *gay* se den estrechos vínculos: las experiencias comunes, una actitud similar frente a la vida y, sobre todo, el ansia por revindicar un modo de amar serían suficientes para tender puentes.

Apolo y Jacinto, y las Safos, han decidido que no desean esconderse y se visten con los colores del arco iris. No es fácil apartar la vista de ellos y fingir que no se les ha visto. Al fin y al cabo, a todo el mundo le gusta el arco iris, el punto intermedio entre el sol y la lluvia.

Las mil y una noches: casarse con una bruja

La inteligencia de Sherezade no tiene igual en ninguna de sus compañeras de cuentos: ni siquiera la intrépida criada de Alí Babá hubiera sido capaz de urdir, durante tres años, un plan para encandilar al sultán y salvarse así de la

muerte. Dos historias todas las noches, una inacabada, así cayeran chuzos de punta; ni resfriados, ni embarazos ni partos que valieran (Sherezade termina con tres niños; el momento de la concepción es un punto que no se aclara muy bien en el cuento). Las que vivimos del cuento, pero de una manera un poco menos desesperada, no podemos menos que sacarnos el sombrero ante esta embaucadora de campeonato.

Existe sin embargo un matiz curioso en todo el relato. Cuando Sherezade, podemos imaginar que ya hasta el gorro de inventar historias, se da por vencida, el sultán le viene a decir, poco más o menos: «Bueno, cariño, no pasa nada. Hace mucho tiempo que decidí perdonarte la vida. Si no, te hubiera matado. No, no, ya he recuperado la confianza en las mujeres, y ahora, anda, cuéntame otra historia».

Es curioso que durante tres años Sherezade viva sin el reconocimiento oficial de la corte. Es de suponer que a la marcha a la que se sucedían las esposas reales, los cortesanos ni les prestaran atención. Y es de esperar que tras las amables palabras del sultán, Sherezade no se dedique a nada más que a continuar inventando historias y deleitando a su señor. Como esposa, resulta invisible. Tiene demasiado cerebro, es demasiado prolífica e ingeniosa, y ese rasgo, en una esposa real, podría ser visto como poco femenino.

Hace muy poco leí en un periódico, en la sección de *Contactos*, el siguiente anuncio:

> Hombre alto, de 34 años, busca amistad y posible relación con una chica entre 19 y 30 años, atractiva, inteligente antes que culta, dulce, con las cosas claras pero no arrogante ni orgullosa, que sepa valorar a un chico sencillo y los placeres cotidianos de la vida.

Que un hombre de treinta y cuatro años considere características esenciales para la mujer con la que, en principio, quisiera compartir su vida, que no sea arrogante ni orgullosa, puede resultar lógico, hasta cierto punto, aunque revela bastantes cosas sobre su autoestima. Que

considere ser culta perfectamente prescindible cuando se es inteligente revela mucho más sobre su lío mental. De este anuncio podría deducirse que una mujer dulce, atractiva, joven, sin demasiados estudios, dispuesta a aceptar las limitaciones de un chico sencillo que no puede ofrecerle placeres extraordinarios, sería la candidata ideal para un hombre en plena madurez.

Ese caballero no busca una mujer real: busca a Marge Simpson, pero con menos moño y mejor color: una mujer sensible e inteligente casada con un patán, y sin otras aspiraciones. Por supuesto es muy libre de soñar con la mujer que le plazca, pero ¿qué ocurre con las mujeres con una cultura superior a la media, con logros profesionales para los que ha debido desarrollar, o acentuar, un carácter seguro, con una buena dosis de aplomo y arrogancia? Sin duda, esa mujer no publicaría en el periódico un anuncio similar a éste:

> Mujer de 34 años, talla 38, busca amistad y posible relación con chico entre 19 y 30 años, atractivo, inteligente pero no demasiado culto, dulce, con las cosas claras pero no arrogante ni prepotente, que sepa valorar a una chica insegura y contradictoria y que no monopolice el mando de la tele.

Y no lo haría por muchas razones: porque para ello podría muy bien comprarse un cachorro, contratar a un gigoló o solicitar la acogida temporal de un niño con problemas. Una mujer arrogante y orgullosa no está dispuesta a amoldarse ni a someterse: son Brunilda o la princesa del sastre las que dictan las normas, y frente a ellas recordemos que la actitud tradicional ha sido la de domar a la fierecilla.

A la mujer se le reconoce astucia, mañas e insidias, pero en raras ocasiones inteligencia. Las «preciosas ridículas», las «mujeres sabias», las marimachos, eran objeto de una censura social feroz: y si una muchacha quería alejar novios, no tenía más que aparentar ínfulas intelectuales. O, simplemente, demostrar su auténtico carácter. La charla entre Mamita y Escarlata O’Hara, una jovencita a la que le

sobraban los trucos para atraer hombres, ilustra muy claramente esa idea. Comienza Escarlata:

> —Estoy harta de decir «eres extraordinario» a unos imbéciles que no tienen ni la mitad de inteligencia que yo, y de fingir que no sé nada, para que los hombres puedan decir majaderías y se crean importantes (…). ¿Por qué una muchacha tendrá que pasar tantas fatigas para encontrar marido?
>
> —Creo que los jóvenes no saben lo que quieren. Saben sólo lo que creen querer. Y, si les dan lo que creen querer, se evitan una porción de malos ratos y el peligro de quedarse solteros. Creen querer a señoritas estúpidas que tienen gustos de pajarillo. Yo pienso que un caballero no escogería por esposa a una mujer que tuviera más inteligencia que él.
>
> —¿No crees que muchos hombres se quedan sorprendidos después de casarse al darse cuenta de que sus mujeres son más listas que ellos?
>
> —Entonces es demasiado tarde. Ya están casados. (…)
>
> —No creo que las mujeres yanquis hagan tales tonterías. Cuando estuvimos en Saratoga, el año pasado, vi que muchas de ellas se portaban como si fueran inteligentes, aun delante de los hombres. (…) Pero las yanquis se casan —arguyó Escarlata—. Se casan y tienen hijos.
>
> —Los hombres se casan con ellas por el dinero —replicó Mamita resueltamente.
>
> (…) Debía ser así, porque Elena decía lo mismo, aunque con palabras más delicadas. En realidad, las madres de todas sus amigas inculcaban a sus hijas la necesidad de ser unas criaturas frágiles, mimosas, con ojos de cierva, y muchas cultivaban con cierta inteligencia semejante actitud. Quizás ella fuera demasiado impetuosa. En varias ocasiones había discutido con Ashley, sosteniendo con franqueza sus opiniones. (…) Un hombre que se dejaba impresionar por una sonrisa tonta y seducir por un «¡oh, eres extraordinario», no podía ser respetado. Aunque parecía que a todos les gustaba eso.

Escarlata seducirá a dos de sus tres maridos con esas técnicas, probando así que las ciervas mimosas gozan de cierto aprecio en la subasta.

Sin duda, no merece la pena atraer a un hombre que se deja seducir por truquitos pasivos; pero cuando la alternativa se reduce a no atraer a ninguno, a estar sola,

muchas mujeres se ven capaces de comulgar con ruedas de molino. Un hombre que menosprecie la inteligencia es mejor que ninguno. Para ello, mejor parecer invisible, o al menos, mejor ocultar bajo profundas capas la inteligencia. Al fin y al cabo, Sherezade escapó de la muerte y logró un marido. Más que como una dulce muchacha contadora de cuentos, actuó como una auténtica bruja. La distancia entre una mujer y una bruja radicaba en el poder sobre la naturaleza y los elementos: en el conocimiento.

Entre las tribus de pastores keniatas, los parientes de una bruja habitual eran forzados a darle muerte. Sin embargo, resultaba necesario el consentimiento de esos mismos parientes para llevar a cabo su ejecución. Por lo habitual, se les ahorcaba. En Europa y América del Norte, las cazas de brujas llevaron a la hoguera, o a la horca, a varios cientos de mujeres. La bruja echaba males de ojo, provocaba enfermedades en niños y animales, impotencia en los varones, arruinaba las cosechas y atraía la furia de Dios sobre toda la comunidad.

Por otro lado, y para quienes se atrevían a desafiar todos esos terrores, la hechicera vencía enfermedades, confeccionaba amuletos para atraer la suerte, bebedizos amorosos, pócimas para deshacerse de indeseables; atendía partos, facilitaba menstruaciones, aliviaba menopausias, provocaba abortos, falseaba virginidades... es decir, se encontraba en estrecho contacto con los ritos femeninos esenciales. Y, sobre todo, contaba historias.

Ser bruja no implicaba únicamente liberarse de las ataduras del bien y el mal, enfrentarse al atávico miedo al infierno: las brujas solían ser viudas, o solteras, mujeres solas que se negaban a morirse de hambre, y subsistían vendiendo remedios más o menos acertados. En unas sociedades controladas por el principio masculino, y que no aceptaban más papel en la mujer que el de subordinada, demostraban que la independencia era posible.

Existían principalmente dos tipos de brujas: la bruja báquica, desatada, que participaba en aquelarres, fascinada por la figura del demonio, con quien copulaba o a quien se

entregaba en cuerpo y alma, una bruja más ocupada en el poder sexual, en salir de un cuerpo y una sociedad opresiva, la típica *sorgiña* vasco-navarra, en la que se cebó la Inquisición; y la bruja doméstica, apacible, la curandera que trataba con demonios menores a los que amenazaba, si llegaba el caso, para que le hicieran los mandados, la *meiga* gallega, que empleaba la magia simpática para sus trabajos y que ha persistido hasta nuestros días bajo la denominación de «bruja blanca». Su poder se ha matizado, ya no asusta, no es tenebroso. De alguna manera, se ha trivializado la magia como un juego de trucos y consejitos milagrosos.

Una de las acusaciones más brutales que se le hacían a las brujas era la de emplear carne humana o grasa de niño en sus afeites y pomadas: o arrancaban muelas de los ahorcados o empleaban partes desenterradas de los difuntos recientes. Con ello, se arrojaba sobre ellas la sombra de otro temible pecado: el canibalismo, que en las sociedades que lo practicaban quedaba limitado a los hombres, a los guerreros o al rey y sus mujeres. La carne que se consumía procedía de caídos en combate, enemigos y prisioneros de guerra, criminales o seres que se encontraban al borde de la muerte: ancianos…

Se devoraba al otro, al enemigo, con la intención de apropiarse de su fuerza y su valor. En el fondo, latía cierto miedo a la falta de virilidad. El miedo, siempre al acecho, de la homosexualidad.

La mujer sobre la que pesara la sospecha de ansiar convertirse en hombre era una aberración. Un desafío más de las brujas que, como las alimañas, sólo salían de noche. Ellas sabían de las ventajas y la independencia que brinda la invisibilidad.

Narciso: espejo, espejito mágico

En Berlín se organizan cada poco tiempo fiestas únicamente para solteros. La publicidad canta las excelencias de mantenerse soltero siempre que se consuma

tal producto y nos aseguremos con ello conseguir pareja cuando lo deseemos. La televisión nos bombardea con series en las que alegres pandillas de jóvenes se emparejan y desemparejan, deshacen y rehacen su vida impávidos, sin parpadear.

Son jóvenes, son guapos, son inteligentes, poseen más dinero y más tiempo para dedicar al ocio del que nunca tuvieron otras generaciones. Y aun así no quieren compartirse. No les complace el papel femenino y rechazan el masculino. Oscilan, dudan, se contemplan los unos a los otros, cada vez más iguales.

No desean casarse. Se consideran desengañados de los modelos familiares tradicionales y, como la adolescencia se ha alargado considerablemente, se huye de las responsabilidades y de las cargas que puedan evitarse.

Los afectos familiares se han sustituido, en muchos casos, por relaciones de pandillas: muchos de los noviazgos adolescentes buscan más alianzas, modos similares de ver la vida, o simplemente aliados de generación. Una vez roto el mito de la media naranja, una vez asumido que el amor no es para toda la vida, o incluso que puede que jamás se encuentre a la persona adecuada, quedan pocas opciones, aparte de la desesperación. Una de ellas es negarse a entregar el afecto. Antes que sufrir, es preferible no sentir nada. Otra es disfrazar esas relaciones de compañerismo de una entrega que nunca es total y sentimental, sino sexual y afectuosa. Ya que no puedes estar con quien amas, ama a la persona con quien estás. Ya que no es posible alcanzar el paraíso, busquemos alternativas al purgatorio. Todas esas explicaciones remiten a la misma imagen: a Narciso, antes de ahogarse, absorto con su propia belleza.

Cuando Narciso se mira en las aguas, su reflejo no es el real. El agua suele mostrarse más clemente que el espejo, más pálida, temblorosa, plateada. El espejo muestra, crudo y sin clemencia, pero el agua invita a soñar, a idealizarse.

Resulta como no salir de uno mismo, permanecer como crisálida eterna. Crecer duele, y a lo largo de todas estas páginas hemos relacionado insistentemente el amor con el

dolor, la vida y la experiencia con el sufrimiento. Narciso muere en el estanque porque es incapaz de despegar la vista de sí mismo, porque desdeña a Eco sin más razón que el capricho, porque jamás conocerá la entrega, ni la pasión ni, por lo tanto, será correspondido.

Conclusión

Cuentan que la Bella Durmiente
nunca despertó de su sueño.
LEOPOLDO MARÍA PANERO

Ricitos de Oro: de nuevo en el bosque

No hay cuento más inquietante, más desconcertante, más desolador que *Ricitos de Oro.* Ni siquiera la extraña historia de *Alicia en el País de las Maravillas* finaliza tan abruptamente y sin el menor consuelo. La heroína surge del bosque, de la nada, y a la nada regresa, a esa oscuridad de los árboles, a ese miedo que surge siempre en la mente de los niños al oír que pueden perderse en el bosque.

Ricitos de Oro, que en el cuento es niña, pero podría haber sido niño perfectamente, está condenada a la insatisfacción: demasiadas cosas entre las que escoger, sillas de varios tamaños, platos de distintos sabores y temperaturas, camas diversas. Duda entre una y otra, prueba, duda de nuevo, y cuando al fin elige, es expulsada del mundo que acababa de considerar suyo, dominado. Tal vez cuando recupere el aliento tras la carrera por el bosque encuentre ánimos para comenzar de nuevo la búsqueda.

Gran parte de los tabúes que dominaban las relaciones interpersonales en el pasado han desaparecido. En teoría, un número mucho mayor de personas es elegible como pareja. Se ha dado carta blanca a los homosexuales para manifestar su opción, el divorcio o la nulidad disuelven vínculos anteriores, las parejas de hecho han obtenido un respeto que antes no se les mostraba: en apariencia, todo el

mundo tiene posibilidades de encontrar un amor.

Entre los adolescentes, la educación sexual, mucho más permisiva, espanta miedos, enfermedades y embarazos. Las películas, la televisión, el arte y la literatura, la publicidad, muestran amores y romances continuos, modelos a imitar o a mejorar. Pero la gente se encuentra cada vez más sola. Se habla cada cierto tiempo de la grave crisis de la familia y el matrimonio convencional, de los graves problemas que conlleva no sentirse amado y respaldado, de las presiones sobre las mujeres que han rebasado la treintena para encontrar pareja y tener hijos; de la crisis de los cuarenta, de las amargas recuperaciones de las rupturas amorosas, del escepticismo que araña tras haberlas superado. En un mundo ansioso por amar, por enamorarse, las cuentas no salen. Algo está fallando.

Se revisa entonces el papel de la mujer, el del varón, la educación sentimental recibida, los patrones familiares, los roles paternos... pero la gente continúa sola, con tantos deseos de enamorarse, de vivir las historias de los grandes romances que sólo pueden obtener decepciones. Las expectativas son demasiado altas. Cada nueva pasión se vive como un primer amor; y como un primer amor se rompen, están condenadas a un final trágico, el de la muerte de la pasión, el de la muerte de las personas.

Los amores que perduran han sabido modificar sabiamente su esencia: se ha llegado a un compromiso, a una cesión que respeta los territorios del otro, aunando madurez e independencia. ¿Cómo pedir contención y sensatez en el tembloroso primer amor, en el que se suponen las acciones heroicas de los protagonistas de las películas? Hábilmente, estas historias se interrumpen al pie del altar, ni un paso más allá. Pero en la actualidad, ese procedimiento no es válido: el matrimonio no aporta soluciones, es quebradizo, no se vive como la recompensa del cuento para la doncella y el príncipe. Y cada cierto tiempo hay que regresar al bosque, hay que comenzar de nuevo, hay que saltar de cuento. A buscar osos nuevos y camas que se adapten perfectamente a nuestras exigencias,

a nuestros sueños.

Tal vez esa búsqueda se facilitaría si, desde la infancia, se proporcionase a los niños, en las familias y en los colegios, una educación sentimental y afectiva coherente, respetuosa y libre. Curiosamente, se nos enseña matemáticas y lenguaje, se nos da armas para valernos por nosotros mismos y convertirnos en personas autónomas y poderosas, pero no se nos enseña a tratar con las personas, a establecer y mantener afectos.

Algunos seres luminosos y afortunados nacen con la facultad de despertar cariño y las habilidades naturales para rodearse de amor. La mayor parte de nosotros, sin embargo, no sabemos sino caminar a tumbos, tantear y equivocarnos, y sentirnos culpables por no haber estado a la altura.

O si se dejara de considerar el amor como un logro social; si no se ostentara la belleza o el dinero del compañero como un éxito propio; si no se despreciara a las personas que, por una razón u otra, han elegido permanecer solos, o no han sido lo suficientemente afortunados como para encontrar una persona que les haga felices.

O si se viviera la soledad como un estado dichoso, sereno, no como un abandono o una situación irremediable. Si se disipara ese pánico a quedarse solo, si se potenciara la seguridad en uno mismo y se disfrutara de los momentos en los que podemos gozar de la compañía de otras personas sin que nos presione la idea de conseguir pareja.

O si, por último, desapareciera el concepto de «caza y conquista» en el plano amoroso, los términos en los que se da por supuesto que una voluntad ha de ceder ante otra más fuerte, que una personalidad ha de ser doblegada, que es preciso vencer una batalla para conseguir el amor del otro. Si el amado dejara de ser un enemigo o una plaza a asediar, para convertirse en una persona cercana; si no hiciera falta enmascararse y fingir…

Quién sabe si no hemos de crear nuevos cuentos, historias en las que los finales felices sean distintos: quizás la Bella Durmiente fuera feliz en su letargo, sin pesadillas ni responsabilidades; quizás al príncipe le hizo maldita la

gracia abandonar sus torneos y su caza de altanería para besar a una niña a la que no conocía. Tal vez hubiera sido mejor para ellos dejar las cosas como estaban.

Y tal vez hubiera sido mejor para nosotros no haber escuchado nunca esas historias y haber creado las nuestras propias.

Lista de cuentos citados
(por orden de aparición)

La Bella Durmiente del bosque

Cuando nació la princesita, sus padres invitaron a las doce hadas del reino. Cada una de ellas le otorgó un don: la belleza, la bondad..., pero las hadas eran trece, y la que no fue invitada dictaminó que la princesita se pincharía con un huso y moriría a los quince años. Las otras hadas atenuaron el hechizo: a los quince años quedaría dormida por cien años. Aunque los reyes destrozaron todos los husos del reino, la princesa se pinchó y cayó dormida. Y con ella, todo su palacio, que quedó oculto bajo una espesa capa de zarzas. Cien años más tarde, un príncipe se abrió paso entre las zarzas y llegó al palacio dormido. Encontró a la princesa y la despertó con un beso. La boda se celebró y fueron felices por algún tiempo. Los príncipes tuvieron una niña y un niño.

Pero la madre del príncipe era una ogresa y un día quiso comerse a su nieto con salsa amarilla. El cazador a quien se lo encomendó le sirvió un cordero y llevó al niño al bosque. Luego pidió a su nieta en la misma salsa amarilla, y el cazador le cocinó un cabrito. Por fin, exigió comerse a su nuera, y el cazador lo resolvió con una corza jovencita. Entonces el príncipe regresó de un largo viaje, descubrió los desmanes de su madre y la ordenó ajusticiar. A partir de entonces, todos vivieron felices.

El porquerizo

Un príncipe pobre deseaba casarse con la hija del emperador, y como obsequio le llevó la rosa más perfecta y

el ruiseñor más melodioso del mundo. Pero cuando descubrió que eran naturales y no máquinas, ella le rechazó, de modo que el príncipe se disfrazó y comenzó a trabajar de porquerizo en el palacio. Inventó una olla mágica y se la vendió a la princesa a cambio de diez besos. Luego creó una carraca mágica y pidió cien besos por ella. La princesa accedió, aunque reacia, y comenzó a besarle, pero el rey los sorprendió y desterró a la princesa. Llorando, ella lamentó no haber elegido al príncipe. El porquerizo la llevó a su palacio, pero se negó a casarse con ella, la que no era capaz de apreciar los dones naturales y que sin embargo se vendía por chucherías baratas.

La cajita de yesca

Un soldado retirado se encontró con una bruja que le pidió que le trajera una cajita de yesca de una cueva. En ella se encontró varios montones de monedas (cobre, plata y oro) custodiados por tres perros. Pero la bruja se negó a revelarle el sentido de la cajita de yesca, y él la mató. Ahora era un hombre rico, y cuando oyó hablar de la princesa quiso conocerla. Agotó su dinero sin lograrlo, porque la mantenían encerrada en un castillo de cobre, pero un día descubrió que la cajita era mágica: los perros cumplían sus deseos sólo con frotarla. Entonces pidió ver a la princesa, y uno de los perros se la trajo y pasaron la noche juntos. La reina sospechó algo y cosió al vestido de su hija un saquito de sémola agujereado. Así supieron dónde vivía el soldado y lo apresaron. Cuando iban a colgarlo, los perros vinieron en su ayuda, destrozaron a los miembros del consejo y a los reyes, de modo que él fue nombrado rey, y vivieron felices para siempre.

El sastre

Una princesa no quería casarse y proponía a sus pretendientes acertijos imposibles. Un sastre adivinó el color de un cabello de su cabeza, que era de oro y plata, pero antes de casarse con él le pidió que pasara una noche

con su oso en las cuadras. El sastre logró romperle los dientes al oso cascando nueces, y le cortó las uñas con la excusa de enseñarle a tocar el violín. Al día siguiente, a la princesa no le quedó más remedio que casarse con el sastre, pero cuando iban a la iglesia el oso les persiguió. El sastre le amenazó, el oso huyó, espantado, y, desde entonces, el matrimonio fue feliz.

Riquet el del copete

A unos reyes les nació un hijo feísimo y con un copete rojo, pero las hadas le concedieron el don de la inteligencia y la agudeza, y que pudiera compartirlo con quien amara. Al mismo tiempo, los reyes del país vecino tuvieron dos hijitas gemelas, una fea y otra hermosa. Las hadas le concedieron a la primera la virtud de la inteligencia, y a la segunda el defecto de la estupidez, pero a cambio podría convertir en hermoso a quien deseara.

Con el tiempo, todo el mundo prefería a la princesa fea, con la que, al menos, se podía hablar. La princesa guapa se desesperaba, pero un día conoció a Riquet el del copete, que le ofreció la inteligencia a cambio de que se casara con él. La princesa le pidió un año de prueba y, al cabo de ese periodo, le dijo que pensaba casarse con otro más hermoso. Pero Riquet le reveló su poder y ella, tras convertirlo en un apuesto mozo, accedió a la boda.

Rapunzel

Una pareja muy pobre que esperaba un hijo robó las nabizas de una bruja y ésta les condenó a entregarle el bebé que naciera. Fue una niña a la que llamaron Rapunzel, y que la bruja encerró en una almena sin entrada. Para entrar y salir, la bruja trepaba por la melena dorada de Rapunzel. Un día, el hijo del rey presenció la escena y subió por los cabellos de Rapunzel. Los dos jóvenes se enamoraron, pero un día Rapunzel se fue de la lengua y la bruja le cortó el cabello y la llevó a un desierto. Luego se colocó la melena y, cuando el príncipe vino a verla, subió por ella sin

sospechar nada. La malvada bruja le arrancó los ojos y el pobre príncipe tuvo que sobrevivir comiendo raíces. Pero un día los dos enamorados se encontraron y dos lágrimas de Rapunzel devolvieron la vista al príncipe. A partir de ahí fueron felices para siempre.

El retrato

Gombei era el imbécil del pueblo, y nadie quería casarse con él; pero un día una hermosa dama se le apareció y le ofreció ser su esposa. Gombei era tan feliz con su mujer que sólo quería mirarla todo el día, de modo que ella se fue al pueblo a que le hicieran un retrato. Así podría colgarlo de una rama y trabajar un poco más en el campo. Pero el señor de la zona vio el retrato y se enamoró de ella. La raptó y le prohibió que viera a su marido. Gombei fue al castillo con una contraseña: anunciaba que vendía pinos. El señor vio que la dama se alegraba tanto que salió a por los pinos. La dama aprovechó para meter en las murallas a Gombei y cerrar las puertas, de modo que el señor no pudiera entrar más. Y en el castillo vivieron los dos felices para siempre.

Cenicienta

Un viudo que tenía una hija se casó con una viuda con dos hijas. Inmediatamente, las dos chicas comenzaron a martirizar a la otra niña, a la que empleaban como criada; y como dormía en las cenizas la llamaban Cenicienta. El príncipe organizó un baile para encontrar esposa, e invitó a todas las damas del reino, pero las hermanastras no le permitieron acudir. Entonces apareció su hada madrina, que convirtió las ratas en caballos, una calabaza en carroza y sus harapos en hermosos vestidos. Le dio dos zapatitos de cristal y le advirtió que regresara del baile antes de las doce de la noche.

Cenicienta fue la pareja del príncipe en el baile, pero a las doce salió huyendo y perdió un zapatito. El príncipe decidió casarse con la chica a la que le valiera el zapato. Al

llegar a la casa de Cenicienta, la hermanastra mayor se cortó un dedo para que el zapato le entrara, y la hermanastra menor el talón. Pero el príncipe descubrió el engaño y las devolvió a casa, hasta que le probó el zapato a Cenicienta y la reconoció. Se casaron y fueron felices para siempre.

Las hadas

Una viuda tenía dos hijas: una hermosa y obediente, y la otra, su preferida, fea y descarada. Un día envió a su hija la hermosa a la fuente a por agua, y allí se encontró con una viejecita que le pidió un favor. La chica lo hizo con una sonrisa, y la vieja se transformó en un hada que le otorgó el don de que a cada palabra que dijera cayera de su boca una rosa, una perla y un diamante. La madre, al ver aquello, envió a la otra hija a la fuente, pero cuando la viejecita se le acercó ella la rechazó con malos modos. En castigo, a cada palabra escupía serpientes y sapos. La madre y la hija fea persiguieron furiosas a la otra hija; querían matarla, pero acertó a salvarla un príncipe que pasaba por allí, que se casó con la hija hermosa y castigó a su malvada familia.

Piel de Asno

En un lejano reino, la reina agonizaba. Dejaba un marido desconsolado y una hijita pequeña. La reina le hizo prometer a su marido que no casaría a la niña hasta que encontrara a alguien digno de ella; lo sabría porque ese hombre enfermaría de amor por ella. La niña creció, y un criado egoísta y horrible que había escuchado las palabras de la reina se fingió enfermo. Para evitar casarse con él, la niña acudió a su hada madrina, que le sugirió que pidiera a su padre, antes de la boda, un vestido del color del cielo, otro del color de la luna y otro del color del sol. Pero el rey logró que se los hicieran. Entonces, pidió la piel de un asno del rey, que tenía la facultad de no producir excrementos, sino monedas de oro, pero también eso se lo concedió el rey. Con ayuda del hada, la princesa huyó al reino vecino y

se dedicó a cuidar ocas y pavos, tiznada y cubierta por la piel de asno.

Los domingos se arreglaba dentro de su choza y se probaba sus hermosos vestidos. Un día, el hijo del rey pasó por allí y la vio por el ojo de la cerradura. Se enamoró de tal modo que cayó enfermo, pero todos le decían que en la choza sólo vivía una joven espantosa y sucia. Pidió que le horneara un pastel y la princesa dejó caer su sortija de oro en ella. Cuando el príncipe la encontró, ordenó que todas las chicas del reino se probaran la sortija, hasta que dio con la auténtica princesa. Se casaron, avisaron al padre de la dama, desenmascararon al criado sin escrúpulos y desde entonces vivieron felices para siempre.

Robin Hood

Por luchar contra la injusticia del *sheriff* de Nottingham, Robin de Locksley huyó al bosque de Sherwood y vivió como un proscrito con sus amigos, Will Scarlet, Little John, Much y fray Tuck. Se enamoró de una noble dama, Marian at Lea, que por amor a él marchó a los bosques. Juntos corrieron muchas aventuras. El rey Ricardo Corazón de León les perdonó, pero a su muerte las felonías continuaron, y ellos volvieron a Sherwood. Marian murió, y Robin fue asesinado a traición, desangrado por la abadesa de Kirkless. Pidió a Little John que le enterrara junto a Marian donde su flecha cayera: al pie de un roble.

La princesa y la rana

A una princesa se le cayó en un pozo la pelota de oro con la que jugaba, y una rana se ofreció a devolvérsela si le permitía jugar con ella, comer en su plato, beber en su vaso y dormir en su cama. La princesa accedió, pero cuando recuperó su pelota se marchó corriendo. El rey le obligó a cumplir su promesa y la rana comió en su plato, bebió en su vaso y durmió en su cama. Al día siguiente, cuando despertó, se encontró con que la rana se había convertido en un apuesto príncipe; y la boda no tardó.

La Bella y la Bestia

Un padre con tres hijas invade sin pretenderlo el jardín de una Bestia, que le deja marchar con vida a condición de que le entregue el primer ser vivo que le salga al encuentro en su casa. Resulta ser su hija preferida, Bella. Bella accede a vivir una temporada con la Bestia y descubre que no es un monstruo atroz, como todos creen. Después de una serie de vicisitudes, la Bestia deja marchar a su casa a Bella, pero ella regresa y la encuentra agonizando. Cuando le da un beso, se transforma en un hermoso príncipe. La paciencia de Bella rompe el hechizo que pesaba sobre él.

El Gato con Botas

Un molinero recibió de su padre como toda herencia un gato que le pidió que, si quería tener suerte, le comprara unas botas. El gato cazó unas perdices y se las llevó al rey, que se perdía por ellas, de parte de su señor el marqués de Carabás. Varias veces repitió el regalo, y por último, durante un paseo del rey y la princesa, metió al molinero desnudo en un arroyo. Corrió donde el rey diciéndole que a su señor el marqués le habían robado la ropa. Cuando el rey le cedió regios ropajes, el gato le invitó a cenar al castillo; se adelantó al cortejo real, y a todos los campesinos y leñadores que veía les ordenaba que dijesen que trabajaban para el marqués de Carabás. Las tierras pertenecían en realidad a un mago al que el gato fue a ver. Le retó a que cambiara de forma, y cuando se convirtió en un ratón, se lo comió. El rey, impresionado por las tierras y el castillo del mago, que creía del molinero, le otorgó la mano de su hija, y el gato fue nombrado primer ministro.

Pulgarcita

Una mujer deseaba tener una hijita: plantó un grano de cebada y nació una niña diminuta llamada Pulgarcita, que cantaba de modo maravilloso y dormía en una cáscara de nuez. Un sapo la robó para dársela como esposa a su hijo,

pero ella logró escapar. Tras pasar hambre y frío, llegó a la casita de una rata, que la adoptó y quiso casarla con un topo insensible y duro de corazón. Antes de la boda, una golondrina a la que Pulgarcita había salvado de morir de frío la rescata, y la lleva a un país mágico con gente de su tamaño, donde se casó con el príncipe.

Hamlet

El rey ha muerto, y su sucesor, su hermano Claudio, ha heredado el trono al casarse con su viuda. Eso hace sospechar al hijo del rey, Hamlet, que algo turbio ha ocurrido. El espectro de su padre se le aparece y le confirma que Claudio le asesinó, y le pide que le vengue. Hamlet se finge loco, y desaira a su amada Ofelia mientras prepara su venganza. Sólo se confía a su amigo Horacio. Por equivocación, mata al padre de Ofelia, y ella enloquece y muere ahogada en un arroyo. El hermano de Ofelia, Laertes, le reta a duelo, y Claudio, que teme a Hamlet, envenena la espada y una copa. La madre de Hamlet bebe la copa y muere. Hamlet y Laertes quedan heridos, Hamlet asesina a Claudio y finalmente muere. El reino pasará a manos del rey Fortimbrás.

La Sirenita

Cuando la hija favorita del rey del mar cumplió quince años, se le permitió salir a la superficie y ver el mundo terrestre. Hubo una tormenta, y ella salvó a un príncipe de morir ahogado. Se enamoró de él y le pidió a una bruja que le concediera piernas. A cambio, ella perdió su voz. El príncipe la trató con cariño y durante algún tiempo fueron inseparables, pero él no podía casarse con una muda, de modo que arregló su matrimonio con una princesa. Las hermanas de la Sirenita le regalaron un puñal con el que matar a los dos amantes, pero ella no tuvo valor. Como el hechizo no podía revocarse, murió destrozada por el amor, después de haber ganado su alma.

El soldadito de plomo

Había una vez en un cuarto de juguetes un soldadito de plomo con una sola pierna, enamorado de una hermosa bailarina de su mismo tamaño. Por la noche los juguetes tomaban vida y se divertían. Una ráfaga de aire arrojó al soldadito por la ventana; dos niños en la calle lo colocaron en un barco de papel y le hicieron navegar por el arroyo. Se lo tragó una perca, que fue pescada y llevada a la mesa de los mismos niños que poseían el cuarto de juguetes. El soldadito y la bailarina renovaron su amor, pero entonces, por un descuido de uno de los niños, el soldadito cayó en la chimenea y se fundió. La bailarina, aterrada, saltó al fuego y se consumió en llamas con su amado. Sólo encontraron sus corazones.

Los dos hermanos

Cao Tang y Cao Lang eran hermanos gemelos, fuertes, hermosos y buenos. Cao Lang estaba enamorado de la bella Xuan Phu, que le correspondía, pero la mala suerte hizo que la casaran con Cao Tang. Xuan Phu debía obediencia a su familia, y Cao Lang a su hermano, de modo que no se resistieron. Vivieron en paz y disimulando sus sentimientos durante varios meses, hasta que Cao Tang descubrió su amor. Avergonzado, Cao Lang abandonó a su hermano y a su amada, y se fue lejos. Murió junto a un río, agotado, y se convirtió en una piedra blanca. Cao Tang fue a buscarle, y murió también, muy cerca de su hermano, y se transformó en una palmera. Xuan Phu, sola y desesperada, siguió sus pasos, y fue a morir también junto al río: su cuerpo se convirtió en una vid trepadora, que se enredó en torno a la palmera que había sido su marido.

La princesa y la sal

Un rey tenía tres hijas, y les pidió un regalo por su cumpleaños que demostrara el amor que le tenían. Una de ellas le regaló un cofre de oro, la otra un cofre de

diamantes, y la menor, un montoncito de sal. El rey se enfureció tanto con ella que la expulsó de palacio.

Al año siguiente, en la fiesta de cumpleaños, al rey se le sirvió la comida sin sal, y él montó en cólera. Nada le gustaba. Mandó llamar a la cocinera para amonestarla, y ella le dijo:

—¿Ahora entendéis lo importante que es la sal?

El rey reconoció entonces a su hija, disfrazada de cocinera, y la abrazó disculpándose por su error. Y desde entonces vivieron felices y en paz.

Peter Pan

Peter Pan, un niño eterno, ha perdido su sombra en el cuarto de una niña llamada Wendy. Se lleva a ella y a sus hermanitos al País de Nunca Jamás, ante el disgusto del hada Campanilla, que está enamorada de él. Huyen de las acechanzas del Capitán Garfio, rescatan a la princesa Tigridia, juegan a ser papás y mamás, y a luchar con los piratas, hasta que llega el momento en que los niños deben regresar. Wendy elige crecer, pero Peter Pan viene a por su hija, y luego su nieta, hasta el final de los tiempos.

Barba Azul

En un hermoso castillo vivía un hombre muy temido, llamado Barba Azul por su extraño color de pelo, que quería casarse; pero todas las damas le aborrecían, pese a sus riquezas, porque se había casado ya varias veces y no se sabía nada de sus esposas. Al fin, una jovencita accedió a casarse con él, y todo fue felicidad hasta que él debió ausentarse, y le dio permiso para que visitara todas las habitaciones del castillo menos una. Pero la curiosidad pudo más, y ella abrió la habitación, donde encontró a todas las esposas anteriores convertidas en piedra. La llave quedó manchada de sangre y no pudo limpiarla, de modo que Barba Azul supo de su desobediencia y le anunció que debía morir. Ella le pidió permiso para rezar, y mientras tanto sus dos hermanos llegaron al castillo y la rescataron.

Mataron a Barba Azul y ella heredó todas sus posesiones.

Caperucita Roja

Había una niña a la que llamaban Caperucita Roja, porque siempre vestía una capita con gorro colorado. Su madre la envió a que llevara una cesta con la merienda a su abuelita, y por el camino le salió un lobo que le dijo que si tomaba otro camino llegaría antes. Mientras tanto, el lobo llegó a la casa de la abuelita y la devoró. Se disfrazó con su ropa y se metió en la cama. Entonces llegó Caperucita, que encontró algo raro en su «abuela»: tenía las orejas demasiado grandes, los ojos, las manos… y cuando llegó a los dientes el lobo se tragó a Caperucita. Pero un cazador escuchó los gritos y mató al lobo. Después le abrió la tripa y de allí salieron la abuelita y su nieta, sanas y salvas.

Rumpelstinkin

Un pobre molinero se jactó ante el rey de que su hija convertía la paja en oro. El rey encerró a la chica en un cuarto lleno de paja, con la amenaza de que moriría si por la mañana no se había transformado en oro. Un enanito se ofreció a hacerlo por él si le daba, en pago, a su primer hijo. El rey se casó con la molinera, y un año más tarde tuvieron un bebé, de modo que el enano vino para reclamar su deuda. La reina estaba tan desesperada, que el enano le dijo que podría conservar a su hijo si adivinaba su nombre. Durante tres días la reina envió varios emisarios en busca de nombres, hasta que descubrieron que se llamaba Rumpelstinkin.

Los Nibelungos

Krimilda, hermana de tres reyes, Gunther, Gernot y Giselher, es la más hermosa de las doncellas y vive en Worms. Sigfrido, el más valiente de los caballeros, ha ganado el tesoro de los Nibelungos, la espada Balmung y la Tarnkappe, capa que hace invisible a quien la lleva. Le

llegan noticias de la hermosura de Krimilda y se encamina a Worms con su séquito. Pasa un año sin ver a la doncella. Gunther ofrece a Sigfrido la mano de Krimilda a condición de que éste le ayude a conquistar a Brunilda, reina de Islandia, que somete a sus pretendientes a difíciles pruebas.

Al cabo de doce días de navegación, Sigfrido y Gunther arriban al castillo de Isenstein. Invisible por la Tarnkappe, Sigfrido ejecuta las proezas que el rey simula hacer. Brunilda se confiesa vencida. En Worms, las dos bodas se celebran el mismo día. La indómita Brunilda rechaza el amor de Gunther y éste, para conquistarla, debe recurrir de nuevo a Sigfrido y la Tarnkappe. Sigfrido guarda de la aventura un anillo de Brunilda, que luego regala a su esposa, refiriéndole lo acaecido.

Sigfrido lleva a Krimilda a su país. Al cabo de diez años regresan. Brunilda y Krimilda disputan sobre quién entrará primero en la catedral. Krimilda, airada, revela a la reina que fue Sigfrido quien verdaderamente la conquistó, y confirma sus palabras con el anillo. Brunilda, para vengarse del engaño y del desdén de Sigfrido, decide que éste debe morir. Hagen se encarga de la muerte del héroe, que era invulnerable por haberse bañado en sangre del dragón, que mojó y fortaleció todo su cuerpo, excepto un lugar entre los hombros donde había caído una hoja de tilo. Poco después hay una cacería. Al inclinarse para beber en un arroyo, Hagen lo apuñala entre los hombros. Krimilda va todos los días a la primera misa. Hagen deposita en la puerta el cadáver ensangrentado para que ella lo encuentre al amanecer. Tres días y tres noches velan a Sigfrido.

Gernot y Giselher entregan el tesoro a Krimilda. Para granjearse la voluntad de la gente ella comienza a repartirlo entre los pobres y los ricos. Hagen, temeroso de que Krimilda logre muchos adeptos, se apodera del tesoro y, de acuerdo con Gunther, lo hunde en el Rhin.

Trece años después, el margrave Rudiger llega a Worms y pide la mano de Krimilda para su señor Atila. Krimilda acepta, con el propósito de vengar la muerte de Sigfrido. Se casa con el rey de los hunos y le da un hijo,

Ortlieb. Otros trece años pasan, y Krimilda invita a sus hermanos a Etzelnburg. Hagen procura disuadirlos, pero éstos se empeñan en ir. En Etzelnburg, Krimilda pregunta a Hagen si ha traído el tesoro. Hagen responde que ha traído su escudo y su espada. Mil guerreros han acompañado a los reyes burgundios. Miles de hunos ponen cerco a la casa en que están alojados. Combaten todo el día y, a la noche, los sitiadores prenden fuego a la casa. Los guerreros, atormentados por la sed, beben la sangre de los muertos. De los burgundios sólo quedan, al fin, Gunther y Hagen. Teodorico de Verona los acomete, los vence y entrega atados a Krimilda. Hagen dice que no revelará el lugar del tesoro mientras viva su rey. Krimilda hace matar a Gunther. Entonces Hagen dice que ya sólo él y Dios saben del lugar. Krimilda, iracunda, le corta la cabeza con Balmung. Hildebrando, caballero de Teodorico, la mata, horrorizado.

La ratita presumida

Una ratita estrenaba lazo en el pelo mientras barría la puerta de su casa. Un perro que pasó por allí le pidió que se casara con él, y ella le preguntó qué haría por las noches. Él dijo que *guau*, y ella le rechazó, asustada. Pasó un gato, le pidió en matrimonio y ella le repitió la pregunta. *«Miau»*, dijo, y ella se negó de nuevo. Al final acertó a pasar un ratón, que le prometió que sólo dormiría y roncaría por la noche, y ella le aceptó.

El budín

Un rey, padre de una princesa golosa y aficionada a la cocina, odiaba el budín. Su hija, entristecida porque el rey no pudiera disfrutar de ese placer, buscó recetas por todas partes, sin mucho resultado. Agotada de caminar, se echó a llorar en el bosque cercano al palacio y acertó a pasar por allí un leñador que le preguntó qué le afligía.

—No te preocupes, princesa —le dijo—. Yo conozco la receta de un budín irresistible.

El leñador cocinó un budín maravilloso y lo presentó

en la mesa real. El monarca cerró los ojos, paladeó y rompió a reír.

—¡Nunca he probado nada tan sabroso! A partir de ahora, te ordeno que enseñes esta receta a mi hija, para que pueda cocinarlo siempre que yo quiera.

Como resultado, el leñador y la princesa pasaban juntos la mayor parte del tiempo en la cocina, y no tardaron en enamorarse. Pero ella temía decírselo a su padre, porque sospechaba que la obligaría a casarse con un príncipe.

—No te preocupes —la tranquilizó el leñador—. Haz lo que yo te diga.

Al día siguiente no hubo budín en la mesa del rey.

—¿Dónde está el leñador?

—Ha vuelto al bosque. Pero no te preocupes, padre. Yo cocinaré para ti.

Pero una vez faltaban las moras del budín, otra le sobraba azúcar y, en otra ocasión, la princesa olvidó hornearlo. El rey ordenó que trajeran al leñador a su presencia y le suplicó que regresara; a cambio podría pedirle cualquier cosa.

—Entonces, pido la mano de vuestra hija.

—¿Seguro que la quieres? No es muy inteligente... ni siquiera sabe hacer budines.

—Ella no; pero yo sí.

Y se casaron, fueron felices para siempre y jamás faltó el budín en su mesa.

La princesa del guisante

Una muchachita empapada llegó a un palacio en una noche de lluvia y dijo ser una princesa. El príncipe buscaba esposa, pero para asegurarse de su ascendencia real la reina le hizo una cama con veinte colchones. Bajo ellos colocó un guisante. Cuando al día siguiente la princesa se quejó de la mala noche pasada y de tener cardenales, supieron que una piel tan delicada sólo podía pertenecer a una princesa, y la boda se celebró.

La ratita

Un mago se encontró una vez con una preciosa ratita blanca y la convirtió en niña para que fuera su hija. Vivieron felices muchos años, hasta que a la niña le llegó la hora de casarse: hablaron del tema y ella le pidió que la casara con quien fuera más fuerte en el mundo. El mago fue a hablar con el sol, que le dijo que más fuerte que él eran las nubes que le ocultaban. Las nubes le dijeron que el viento, que las arrastraba, y el viento, que el monte, que se le resistía. El mago fue, por fin, a hablar con el monte y pedirle que se casara con su hija, pero el monte le dijo que había alguien más poderoso que él: un ratoncito que horadaba sus entrañas. De modo que el mago transformó a su hija de nuevo en ratita blanca y la casó con el ser más fuerte del universo.

Griselda

Un rey, particularmente desconfiado y receloso de las mujeres, se enamoró de una pastorcita con la que se casó. Pero al cabo del tiempo quiso probar su amor, y le arrebató la hija que habían tenido, la entregó a un convento y le dijo a su esposa que había muerto. Quince años más tarde, la expulsó de palacio diciendo que quería casarse con otra mujer más joven, pero luego la mandó llamar de nuevo para que organizara los festejos de la boda. Griselda lo soportó todo con humildad y cariño, y se permitió suplicar al rey que tratara mejor a su nueva esposa. El rey, ablandado, reveló que la jovencita era su hija, y que a partir de entonces todo sería felicidad y consideración con Griselda.

Alí Babá y los cuarenta ladrones

En una lejana ciudad de Oriente vivían dos hermanos: Kassim era rico, y Alí Babá, sólo un pobre leñador. Tenía un hijo y una criadita que les ayudaba. Un día estaba cortando leña en el bosque cuando vio que se acercaba toda una

banda de ladrones. Se detuvieron ante una roca y el jefe de ellos gritó:

—¡Ábrete, Sésamo!

Y la roca descubrió una cueva llena de tesoros. Cuando los ladrones se marcharon, Alí se acercó, gritó la frase mágica y se apresuró en cargar su borrico con tanto oro como pudo. Luego regresó a la ciudad y se lo contó a su mujer, que quiso contar el tesoro, de modo que envió a su criadita a casa de su cuñado, a pedirle una balanza. Su cuñada sintió curiosidad por saber qué pesaban, y puso un poco de manteca en uno de los platillos. Cuando vio que lo que la balanza traía pegado era una moneda de oro, Kassim interrogó a Alí, y éste le contó el secreto de la cueva.

Kassim llevó varios caballos y los cargó con joyas y tesoros de la cueva, con tan mala suerte que olvidó la frase mágica al salir. Los ladrones le sorprendieron y a su regreso lo descuartizaron. Como Alí sospechaba algo, fue en busca de su hermano y descubrió su asesinato. Cogió los caballos que llevaba y trajo sus restos.

Esa noche la criadita fue en busca de un viejo sastre, le vendó los ojos, le llevó a casa de Alí y le obligó a coser los miembros de Kassim. Corrió la voz de que éste había muerto de fiebres, y que Alí Babá le heredaba, de modo que a nadie extrañó que poco a poco se enriqueciera. Pero los ladrones sospecharon algo y fueron a la ciudad; el sastre les contó que había cosido el cadáver de Kassim, de modo que decidieron devolverle la jugada a Alí Babá.

El jefe de los bandidos se disfrazó de mercader de aceite y escondió a cada ladrón en una tinaja de aceite. Luego fue a pedirle hospitalidad a Alí Babá, que se la concedió. Esa noche la criadita fue a buscar aceite para una lámpara y descubrió que las tinajas ocultaban a 39 ladrones. Hizo hervir aceite, y escaldó a los ladrones antes de que se dieran cuenta. El jefe de los ladrones huyó, y pasaron varios años.

Mientras tanto, el hijo de Alí se encargaba del negocio de su difunto tío Kassim, y conoció a un mercader con el que pronto trabó amistad. Un día lo llevó a cenar a su casa

y la criadita le reconoció. Era el jefe de los ladrones. Con la excusa de bailar ante ellos, se las arregló para clavarle durante la danza un puñal en el pecho. Alí Babá le agradeció todo lo que había hecho por él, la casó con su hijo, y todos vivieron felices y prósperos para siempre.

Apolo y Jacinto

Apolo, dios del sol, se enamoró locamente de un joven llamado Jacinto, que le correspondía. Por desgracia, durante unos juegos, Apolo lanzó el disco y un golpe de viento lo arrojó contra Jacinto. Le golpeó en la cabeza y murió. Su cuerpo se convirtió en la flor que lleva su nombre.

Las mil y una noches

Un sultán al que traicionó su esposa decidió que a partir de entonces nadie más tendría ocasión de engañarle. Para ello, tomaba una esposa todas las noches y la decapitaba por las mañanas. Una astuta y bella joven, Sherezade, urdió una estratagema para escapar de la muerte. Comenzó a contarle una historia y, cuando terminó, comenzó otra que dejó a medias cuando llegó el alba. El sultán, intrigado, le perdonó la vida, y la escena se repitió durante tres años. Cuando Sherezade había contado mil y una historias, pidió clemencia al rey en nombre de los hijitos que había tenido mientras tanto. Él le reveló que hacía mucho tiempo que le había perdonado la vida, y que era, por derecho, la sultana.

Narciso

Narciso era un hermoso pastor, tan bello que la ninfa Eco se enamoró de él. Pero Eco había sido castigada por la diosa Juno, a quien había molestado con su charla incesante, a repetir únicamente la última palabra de la frase. Narciso se aburrió de ella y Eco murió de pena. Sus huesos se convirtieron en piedras, y su voz en eco.

Un día Narciso se inclinó sobre una fuente para beber y vio su imagen reflejada. Se enamoró de ella. Unos dicen que murió de hambre, porque no pudo apartar ya la vista de su imagen, y otros que al inclinarse para abrazarla murió ahogado.

Ricitos de Oro

Ricitos de Oro paseaba por el bosque cuando se encontró una casita. Entró a curiosear y vio que había una silla grande, otra mediana y otra pequeña. Se sentó en la pequeña, que era la más cómoda. Encontró tres platos de sopa, uno grande, otro mediano y otro pequeño, y comió del pequeño, que era el de la sopa más sabrosa. Encontró tres camas, una grande, otra mediana y otra pequeña, y se quedó dormidita en la pequeña. Entonces llegaron los tres osos que vivían en la casa, el padre, la madre y el hijo, y descubrieron a la niña dormida. Ricitos de Oro despertó, asustada, y echó a correr por el bosque, alejándose para siempre de la casa.

Bibliografía

Amorós, Celia, *Tiempo de feminismo*, Cátedra, Madrid, 1997.

Arrowsmith, Nancy, *Guía de campo de las hadas y demás elfos*, Alejandría, Palma de Mallorca, 1997.

Bachelard, Gaston, *El agua y los sueños*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978.

Balansó, Juan, *Las alhajas exportadas*, Plaza y Janés, Barcelona, 1999.

Barthes, Roland, *Fragmentos de un discurso amoroso*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1983.

Beauvoir, Simone de, *El segundo sexo*, Cátedra, Madrid, 1999.

Bravo, Ángela, *El eterno masculino*, Alianza Editorial, Madrid, 1999.

Briggs, Katherine, *Diccionario de las hadas,* Alejandría, Palma de Mallorca, 1992.

Cantar de los Nibelungos, Cátedra, Madrid, 1994.

Caro Baroja, Julio, *Brujería vasca,* Txertoa, San Sebastián, 1992.

Caso, Ángeles, *Elisabeth de Austria-Hungría: álbum privado*, Planeta, Barcelona, 1999.

Cooper, J. C., *Cuentos de hadas,* Sirio, Buenos Aires, 1998.

Diego, Estrella de, *El andrógino sexuado*, Visor, Madrid, 1992.

Dueso, José, *Brujería en el País Vasco*, Roger Editor, San Sebastián, 1999.

Evans-Pritchard, E. E., *La mujer en las sociedades primitivas*, Península, Barcelona, 1971.

Gefaell, María Luisa, *Los Nibelungos*, Noguer, Barcelona, 1969.

Goldman, William, *La princesa prometida*, Martínez Roca, Barcelona, 1999.

Hite, Shere, *Informe Hite sobre la familia*, Paidós, Barcelona, 1994.

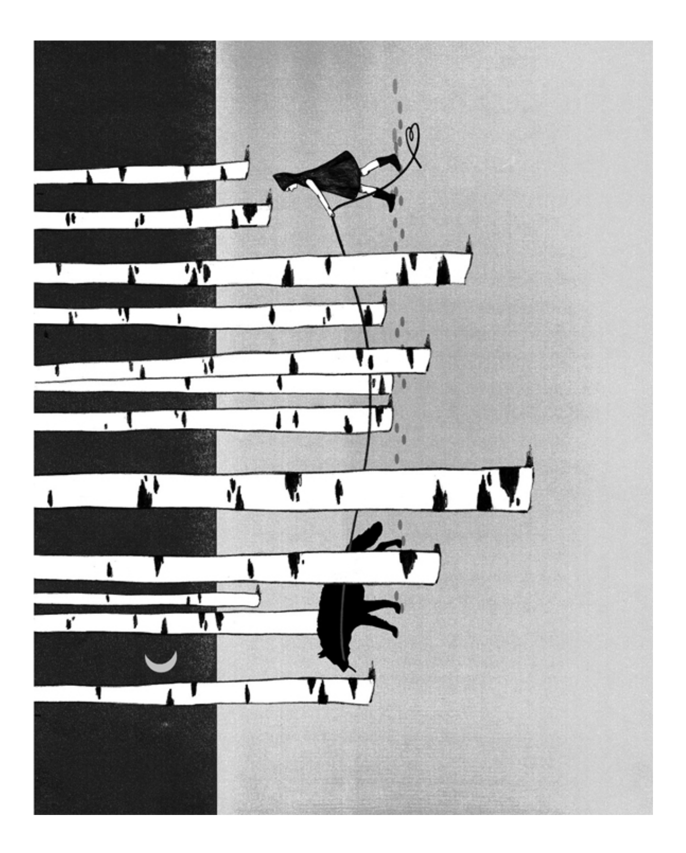
Kiley, Dan, *El complejo de Peter Pan. El complejo de Wendy*, Vergara, Buenos Aires, 1985.

Lecouteux, Claude, *Hadas, brujas y hombres lobo en la Edad Media*, Medievalia, Palma de Mallorca, 1999.

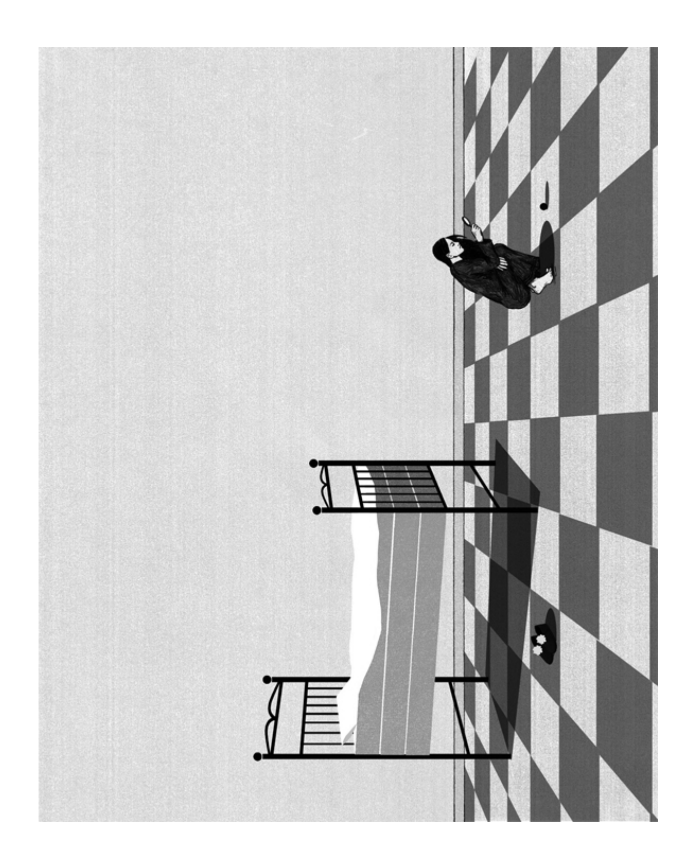
Markale, Jean, *El amor cortés* o *la pareja infernal*, Medievalia, Palma de Mallorca, 1998.

Posadas, Carmen, *Un veneno llamado amor*, Temas de Hoy, Madrid, 1999.

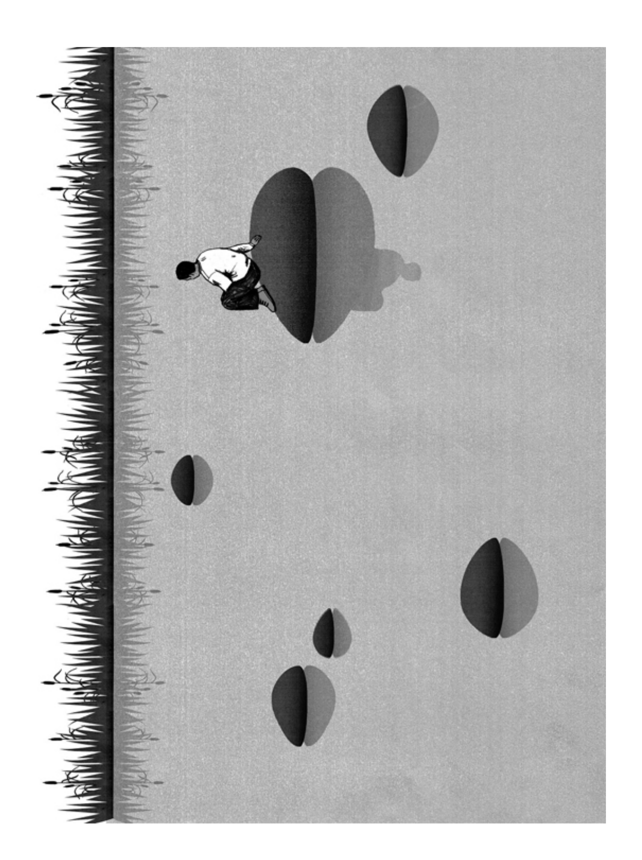
Preciado, Nativel, *El sentir de las mujeres*, Temas de Hoy, Madrid, 1996.
Propp, Vladimir, *Las raíces históricas del cuento*, Editorial Fundamentos, Madrid, 1998.
Rougemont, Denis, *El amor y Occidente*, Kairós, Barcelona, 1997.
Shakespeare, William, *Hamlet*, Cátedra, Madrid, 1999.
—, *Othello*, Cátedra, Madrid, 1997.
Soriano, Elena, *El donjuanismo femenino*, Planeta, Barcelona, 2000.



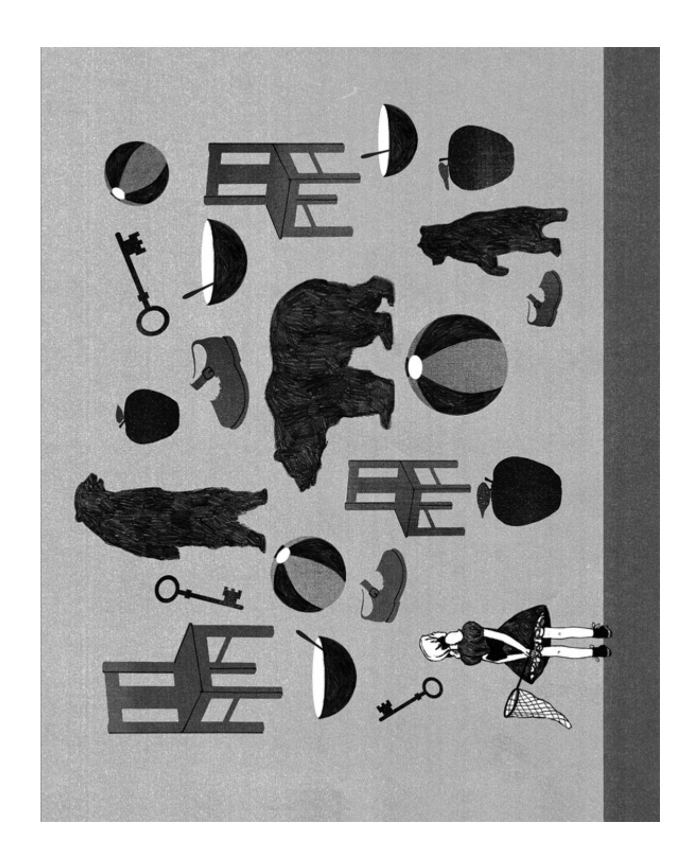
5. Caperucita Roja: cuidado con el lobo feroz



6. La princesa del guisante: la chica-florero



7. Narciso: espejo, espejito mágico



8. Conclusión. Ricitos de oro, de nuevo en el bosque

Primer amor
Espido Freire

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre 2013

ISBN: 978-84-344-1463-1

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L.
www.newcomlab.com